

Archivo Histórico de Revistas

AGOSTO 1984	BABCE	
AÑO 1 NUMERO 3	CIENCIA-FICCION REVIS	

DANIEL RUBEN MOURELLE

DIRECTOR EDITORIAL—SERGIO GAUT VEL HARTMAN

- COLABORADORES -

Pablo Ruina, Graciela Parini, Cecilia Polisena,
Alejandro Schwerdel, Pablo Román, Carlos A. Sánchez,
Norma Dangla, Mirta Rosenberg, Verónica Figueirido,
Tomás Mooney, Miguel Doreau, Esteban Paes, Omar Comin,
Elvio E. Gandolfo, Horacio Seto, Alejo Cuervo,
Agustín Jaureguízar, Joan Manel Ortiz, Miguel A. Martínez

-PRODUCCION Y DISEÑO GRAFICOS Taller de Ediciones Independientes 855-3472 / 854-9982

Impreso en el mes de julio de 1984

Dibujo de tapa: Omar Comin



Parsec Ciencia Ficción Revista es una publicación mensual de Ediciones Filofalsía (Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Buenos Aires, República Argentina). Distribuidor en Capital Federal: Mateo Cancellaro e hijo (Echeverría 2469 — 50. C). Suscripciones e informes: C.C. 200, Sucursal 53 (B), (1453) C.F. Queda hecho el depósito que marca la ley 11,723. (c) 1984, Filofalsía. Prohibida la reproducción total o parcial. Registro Nacional del Derecho de Autor Nro.: 265.514. Impreso en Argentina. Las menciones que se publican, incluidas marcas, ilustraciones y precios, tienen el carácter exclusivo de servicio y su publicación no implica responsabilidad o compromiso, excepto el informativo. PARSEC no recibe remuneración alguna por la información que publica. Los números atrasados pueden solicitarse al precio de tapa del último ejemplar en circulación.

Tercera entrega de Parsec y primera con una novedad digna de ser remarcada. Desde Más Allá que ninguna revista se atrevía a serializar una novela. Pero eso no es todo (es decir, la novedad viene con bonificación): la novela serializada pertenece a un argentino. Y eso sí que no se había hecho nunca...

Tendremos "Un paseo por Camarjali" en tres etapas. Por suerte la condición de revista mensual que ostenta Parsec minimizará

los efectos de la ansiedad.

Uno de los nuevos autores más admirados, George R. R. Martin, aporta un relato directamente referido a un tema religioso y más específicamente aún, el tema es una herejía.

"Una jaula para la muerte" es, como su nombre inequívocamente sugiere, una exploración intensiva de ese universo alternati-

vo que empieza a la vuelta de un paro cardíaco.

Fred Saberhagen es el creador de "los asesinos", las más perfectas máquinas de matar que mente (inhumana) alguna haya podido concebir. Sólo que éste relato de la serie tiene una curiosa vuelta de tuerca final.

No les adelanto por qué razón "Unos pocos espíritus afines" será el relato más polémico de este número de Parsec. Pero no cabe duda de que la sexualidad de los perros es todo un tema.

El renacido Pohl de Pórtico y un relato muy reciente con un tema casi inagotable: la segunda venida del Salvador. ¿Les parece

que soportará quedarse?

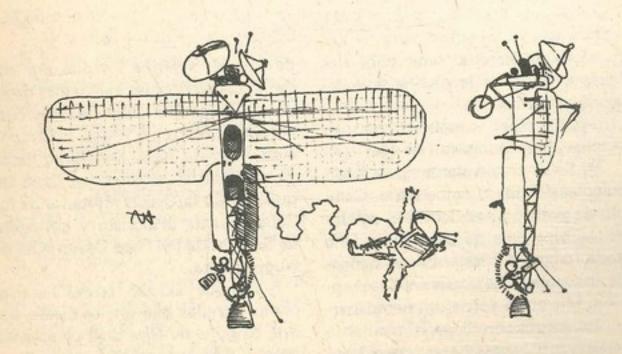
El resumen precedente sirve para poner una vez más sobre la mesa el propósito de Parsec de cubrir (dentro de sus posibilidades) un amplio espectro del género. No faltarán los rigurosos que sostengan que por tratar de cubrir un área muy vasta terminamos por trasponer los límites aceptados de la ciencia ficción. Sí, ya sé que todos los intentos por definir qué es ciencia ficción se han desmoronado y que a fin de cuentas el más ajustado y simpático es aquél que proponía considerar ciencia ficción a todo aquel material de ficción que se publica... en una revista de ciencia ficción. Un palazo y a la bolsa.

Lamentablemente en el momento en que este Editorial está siendo escrito es imposible evaluar la repercusión de Parsec y lo que proponemos desde sus páginas. Pero confiamos en que los lectores se harán oir para asentir o disentir más allá del parco "me gusta" o "no". Por ahora nos limitamos a hablar nosotros, presentándonos, exhibiéndonos, arriesgándonos. Pero no crean que segui-

rá siendo siempre así.

...Prepárense para el Editorial de Parsec/4.

Sergio Gaut vel Hartman



Una de las indiscutibles nuevas luminarias de la ciencia ficción. Luego de la notable novela Muerte de la luz y de la interesante colección de relatos Una canción para Lya, George R. R. Martin (1948) no ha parado de ganar premios. "La cruz y el dragón" se interna en la espesura de la especulación antropológica y se enfrenta al temible monstruo de la mutación religiosa.

### LA CRUZ Y EL DRAGON

George R.R. Martin

-Es una herejía -me dijo. Las aguas salobres de la piscina se agitaron suavemente.

-¿Otra más? -respondí con cansancio-. Hay tantas hoy en día.

Mi Señor Comandante no se sintió complacido por el comentario. Cambió de posición pesadamente, agitando la superficie de la piscina. Una onda rompió contra el borde, bañando los azulejos de la cámara de recepción. Mis botas volvieron a empaparse. Lo acepté con filosofía; me había puesto mis peores botas, consciente

de que el mojarme los pies era una de las consecuencias inevitables de visitar a Torgathon Nueve-Klariis Tûn, el mayor de los ka-Thane, y también Arzobispo de Vess, Santísimo Padre de los Cuatro Juramentos, Gran Inquisidor de la Orden Militante de los Caballeros de Jesucristo y consejero de Su Santidad el Papa Daryn XXI de Nueva Roma.

—Aunque existan tantas herejías como estrellas hay en los cielos, Padre, ninguna de ellas deja de ser peligrosa —dijo el arzobispo con solemnidad - Como Caballeros de Cristo, nuestro sagrado deber es luchar contra todas y cada una. Y debo agregar que esta herejía es particularmente maligna.

—Sí, Señor Comandante —repliqué—. No pretendí desestimarla; le ofrezco mis disculpas. La misión a Finnegan fue agotadora. Había esperado tener una licencia; necesito descanso, un tiempo para meditar y recobrarme.

—¿Descanso? —El arzobispo volvió a moverse en la piscina, apenas un estremecimiento de su inmenso cuerpo, pero bastó para enviar una nueva ola de agua por sobre el piso. Los ojos negros, sin pupila, parpadearon al mirarme—. No, Padre, me temo que eso está fuera de discusión. Su habilidad y experiencia son vitales para esta nueva misión. —La voz de bajo profundo se suavizó un poco—. No he tenido tiempo de revisar su informe sobre Finnegan —dijo—. ¿Cómo le fue?

—Muy mal —le dije— aunque creo que al fin prevalerecemos: la Iglesia es poderosa en Finnegan. Cuando nuestros intentos de reconciliación fueron rechazados, deposité unos cuantos estándards en las manos correctas y pudimos clausurar las imprentas y estaciones de radio de los herejes. Nuestros amigos también se aseguraron de que sus acciones legales no prosperaran.

-Eso no es mal -exclamó el arzobispo-. Ha ganado una victoria importante para el Señor y la Iglesia.

-Hubo revueltas, Señor Comandante -dije-. Murieron más de cien herejes y una docena de los nuestros. Temo que haya más violencia antes de que todo termine. Si nuestros sacerdotes se atreven a entrar en la ciudad donde se desarrolló la herejía los atacan. Los líderes arriesgan su vida si abandonan la ciudad. Había esperado evitar el odio y el derramamiento de sangre.

–Loable, pero poco realista –dijo el arzobispo Torgathon. Volvió a parpadear y recordé que el parpadear es un signo de impaciencia entre los de su raza—. A veces debe derramarse sangre de mártires, y de herejes también. ¿Qué importancia tiene que un ser pierda la vida si salva su alma?

-Es verdad -concordé. A pesar de su impaciencia, Torgathon se pasaría toda una hora sermoneándome si se lo permitía. La posibilidad me horrorizó. La cámara de recepción no estaba diseñada para confort de los seres humanos y no quería permanecer allí más de lo necesario. Las paredes estaban mojadas y mohosas, el aire caliente, húmedo y cargado con el característico olor a manteca rancia propio de los ka-Thane. El collar de mi sotana me estaba despellejando la nuca, transpiraba como loco, tenía los pies empapados y se me empezaba a revolver el estómago.

Proseguí, pues, con el asunto principal. —¿Dice usted que esta nueva herejía es especialmente maligna, Señor Comandante?

- -Lo es -respondió.
- -¿Dónde comenzó?
- -En Arion, un mundo a unas tres semanas de distancia de Vess. Un mundo enteramente humano. No

puedo entender por qué ustedes, los humanos, se corrompen con tanta facilidad. Una vez que ka-Thane ha alcanzado la fe, jamás la abandonará.

-Eso es bien sabido -repliqué cortésmente. No mencioné que el número de ka-Thane que alcanzaban la fe era insignificante. Eran unos seres lentos, solemnes y la gran mayoría no demostraba interés alguno en aprender otras costumbres que las propias o seguir un credo diferente de su antigua religión. Torgathon Nueve-Klariis Tûn era una anomalía. Figuró entre los primeros conversos. casi dos siglos atrás, cuando el Papa Vidas L decretó que los no-humanos podían servir como religiosos. Dada su larga vida y la certeza de hierro de sus creencias, no era extraño que Torgathon hubiera alcanzado el puesto que ocupaba, a pesar del hecho de que menos de un millar de los de su raza lo había seguido a la Iglesia. Todavía le quedaba un siglo de vida. No me cabía duda de que algún día llegaría a ser Torgathon Cardenal Tûn, si aplastaba las suficientes herejías. Los tiempos lo permitían.

-Tenemos una mínima influencia sobre Arion -me estaba diciendo el arzobispo. Movía los brazos mientras hablaba, cuatro pesados garrotes de carne moteada gris-verdosa batiendo el agua, y las cilias blanquecinas que rodeaban el agujero de respiración vibraban con cada palabra—. Unos cuantos sacerdotes, unas cuantas iglesias, algunos creyentes, pero carecemos de poder. Los herejes ya nos han sobrepasado en número en ese mundo. Confío en su intelecto, en su as-

tucia: transforme esta calamidad en una oportunidad. Esta herejía es tan evidentemente falsa que no será difícil desprestigiarla. En ese caso tal vez algunos de los engañados regresen al buen camino.

-Cierto -dijo-. ¿Y cuál es la naturaleza de la herejía? ¿Qué debo desprestigiar? -Como triste indicación de mi poca fe, debo agregar que en realidad no me importaba. He tratado con tantas hereiías, que sus creencias y dudas resuenan en mi cabeza y turban mis sueños. ¿Cómo puedo estar seguro de mi propia fe? El edicto que admitía a Torgathon en la Iglesia había provocado que media docena de mundos repudiaran al Obispo de Nueva Roma, y aquellos que habían elegido ese camino verían seguramente como una horrible herejía el creciente poder del macizo extraterrestre desnudo (excepto por su collar de clérigo), que flotaba ante mí y blandía la autoridad de la Iglesia con sus cuatro enormes manos palmeadas. El Cristianismo es la religión humana más difundida, pero eso no significa demasiado. Los no cristianos nos sobrepasan cinco a uno y existen más de setecientas sectas cristianas, algunas casi tan populosas como la Unica Verdadera Iglesia Católica Interestelar de la Tierra y los Mil Mundos, Incluso el mismo Darvn XXI, aunque poderoso, es sólo uno de los siete con derecho a reclamar el título de Papa. Mi propia fe había sido poderosa en otros tiempos, pero me he movido durante tanto tiempo entre herejes y no creyentes que ni siquiera las plegarias ahuyentan mis

dudas. Así que no sentí horror sino más bien un súbito interés intelectual cuando el arzobispo me explicó la naturaleza de la herejía de Arion.

—Han hecho un Santo —me dijo—, de Judas Iscariote.

Como miembro más antiguo de los Caballeros Inquisidores, comando mi propio navío, al que he bautizado La verdad de Cristo. Antes de que la nave me fuera asignada, se llamaba Santo Tomás, por el apóstol; pero yo creí que un santo notorio por sus muchas dudas no era el patrono más apropiado para una espacionave enrolada en la lucha contra la herejía. Yo carecía de tareas a bordo de la Verdad, pues estaba tripulada por seis hermanos y hermanas de la Orden de San Cristóbal el Que-Viaja-Lejos y capitaneada por una joven que contraté, arrebatándosela a un mercader.

Por lo tanto pude dedicar las tres semanas de viaje desde Vess a Arion a estudiar la Biblia herética, cuya copia me entregara el asesor administrativo del arzobispo. Era un hermoso volumen, grueso, pesado, forrado en cuero oscuro, con las páginas bordeadas de pátina dorada y espléndidas ilustraciones interiores a todo color con diseños holográficos. Un trabajo notable evidentemente realizado por alguien que amaba el arte casi olvidado de la edición artesanal. Los cuadros reproducidos en el interior -cuvos originales se hallaban en las paredesde de la Casa de Judas en Arion, supongo-- eran obras maestras, aunque blasfemos; con una calidad artística que no desmerecía la de los Tammerwens y RoHallidays que ador-



nan la Gran Catedral de San Juan en Nueva Roma.

En la carátula, el imprimátur del libro indicaba que había sido aprobado por Lukyan Judasson, Primer Académico de la Orden de San Judas Iscariote.

Se llamaba El Camino de la Cruz y el Dragón.

Lo leí mientras La Verdad de Cristo se deslizaba entre las estrellas; al principio tomé abundantes notas para entender mejor la herejía que debía combatir, pero más tarde me dejé sencillamente absorber por la historia extraña, grotesca y retorcida que narraba. Las palabras del texto poseían pasión, fuerza y poesía. Y así me encontré por primera vez con la figura sorprendente de San Judas Iscariote, un ser humano complejo, ambicioso, contradictorio y por encima de todo, extraordinario.

Nació de una prostituta en la vieja y fabulosa ciudad-estado de Babilonia el mismo día que el Salvador nació en Belén, y pasó su niñez entre callejones y albañales, vendiendo su cuerpo cuando fue necesario y viviendo de las prostitutas al hacerse mayor. De joven, comenzó a experimentar con la magia negra y antes de los veinte ya era un hábil nigromante. Fue entonces que se convirtió en Judas, el Domador de Dragones, el primer y único hombre que doblegó a su voluntad a la más terrible de las creaturas divinas: el enorme dragón alado de la Vieja Tierra. El libro tenía una maravillosa pintura de Judas en una inmensa y lóbrega caverna, con los ojos llameantes mientras blandía un látigo ardiente para mantener a distancia a un dragón verdedorado del tamaño de una montaña: Una canasta tejida le colgaba del brazo, y la tapa abierta a medias permitía apreciar las diminutas cabezas escamosas de tres pichones de dragón. Un cuarto bebé dragón le trepaba por la manga. Ese fue el primer capítulo de su vida.

En el segundo, era Judas el Conquistador, Judas el Rey-Dragón, Judas de Babilonia, el Gran Usurpador. Montado en el mayor de sus dragones, con una corona de hierro en la cabeza y una espada en la mano, hizo de Babilonia la capital del imperio más grande que jamás conociera la

Vieja Tierra, un reino que se extendía de España hasta la India. Gobernaba desde un trono con forma de dragón rodeado por los Jardines Colgantes que había hecho construir, y allí se hallaba sentado cuando juzgó a Jesús de Nazareth, el problemático profeta que habían arrastrado a su presencia maniatado y sangrante. Judas no era un hombre paciente, e hizo sangrar mucho más a Jesús antes de terminar con El. Y cuando Jesús se negó a responder a sus preguntas, Judas, con desprecio. Lo hizo arrojar nuevamente a las calles. Pero primero Judas ordenó a sus guardias que cercenaran las piernas de Cristo, -Curandero -dijo-. Cúrate a ti mismo.

Entonces le llegó el Arrepentimiento, las visiones en la noche; y Judas Iscariote renunció a su corona, a las artes mágicas y a sus riquezas para seguir al hombre al que había lisiado. Despreciado y escarnecido por aquellos que alguna vez tiranizó, Judas se transformó en las Piernas del Señor. y durante un año cargó a Jesús en su espalda llevándolo por todos los rincones del reino que una vez había gobernado. Cuando Jesús al fin se curó a Sí Mismo, Judas caminó a Su lado y desde ese momento se transformó en el fiel amigo y conseiero de Jesús, el primero y principal de los Doce. Finalmente, Jesús le dio a Judas el don de las lenguas, llamó y santificó a los dragones que Judas había expulsado, y envió a su discípulo en una misión solitaria a través del océano "para llevar Mi Palabra adonde Yo no puedo llegar".

Llegó un día en que el sol se oscu-

reció a mediodía y el suelo tembló, y Judas hizo girar a los dragones sobre las poderosas alas y voló de regreso por encima de los mares furiosos. Pero cuando llegó a la ciudad de Jerusa-lém, halló a Cristo muerto en la cruz.

En ese momento su fe tambaleó y durante los tres días siguientes la Gran Ira de Judas fue como una tempestad a través del mundo antiguo. Sus dragones arrasaron el Templo de Jerusalém y expulsaron a la gente de la ciudad y también atacaron los grandes centros de poder en Roma y Babilonia. Cuando halló a los Once restantes y los interrogó y supo cómo el llamado Simón-Pedro había traicionado tres veces al Señor, lo estranguló con sus propias manos y alimentó con su cuerpo a los dragones. Y después envió a esos dragones para que iniciaran incendios en todo el mundo, a modo de piras funerarias para Jesús de Nazareth.

Y Jesús resucitó al tercer día, y Judas Iloró, pero sus lágrimas no lograron conmover la ira de Cristo, porque en su furia asesina había traicionado todas las enseñanzas del Señor.

Así que Jesús hizo regresar a los dragones y apagó los fuegos en todas partes. De sus vientres hizo salir a Pedro y le devolvió la vida y le dio dominio sobre toda la Santa Iglesia.

Después los dragones murieron, todos los dragones en todos los rincones del mundo, porque eran la viva enseña del poder y la sabiduría de Judas Iscariote, que había pecado tanto. Y El le quitó el don de las lenguas y el poder de curar, e incluso la

vista, porque Judas había actuado como un hombre ciego (había una hermosa pintura de Judas ciego Ilorando amargamente sobre los cuerpos de los dragones). Y El le dijo a Judas que por milenios sería recordado sólo como el Traidor, y las gentes maldecirían su nombre y todo lo que había hecho sería borrado y olvidado.

Pero entonces Cristo, porque Judas Lo había amado tanto, le otorgó un don: la vida eterna, para que pudiera viajar, meditar sobre sus pecados, al fin ser perdonado y recién entonces, dejar de existir.

Y ese fue el comienzo del último capítulo en la vida de Judas Iscariote, un capítulo muy largo. El que una vez fuera Rey-Dragón y amigo de Cristo, ahora era tan sólo un viajero ciego, exiliado y sin amigos, vagando por los fríos caminos de la Tierra, viviendo incluso cuando las ciudades y las gentes y las cosas que había conocido ya habían muerto. Y Pedro, el primer Papa y su eterno enemigo, difundió a lo largo y ancho del mundo la historia de cómo Judas había vendido a Cristo por treinta monedas de plata, desprestigiándolo de tal manera que Judas no se atrevió a volver a usar su verdadero nombre. Por un tiempo se llamó a sí mismo el Judío Errante, y después de muchos otros modos más.

Vivió más de mil años, llegó a ser un sacerdote y un curandero y un amigo de los animales, y fue cazado y perseguido cuando la Iglesia fundada por Pedro se volvió abotagada y corrupta. Pero había vivido muchísimo tiempo y por fin alcanzó la sabiduría y un gran sentimiento de paz. Finalmente Jesús vino a él mientras yacía en su largamente postergado lecho de muerte; y se reconciliaron y Judas Iloró una vez más. Y antes de que muriera, Cristo le prometió que El permitiría a unos pocos recordar quién y qué había sido Judas; y que con el paso de los siglos, las nuevas se difundirían hasta que finalmente la Mentira de Pedro fuese destruida y olvidada.

Tal era la vida de San Judas Iscariote, narrada en El Camino de la
Cruz y el Dragón. Allí figuraban
también sus enseñanzas y los libros
apócrifos que supuestamente había
escrito.

Cuando concluí el volumen, se lo presté a Arla-k-Bau, capitana de La Verdad de Cristo. Arla era una mujer delgada, pragmática, que no profesaba ninguna fe en particular, aunque yo valoraba sus opiniones. Los otros miembros de la tripulación, los buenos hermanos y hermanas de San Cristóbal, sólo harían eco al horror religioso del arzobispo.

-Interesante -dijo Arla cuando me devolvió el libro.

Me reí entre dientes. -¿Eso es todo?

Se encogió de hombros. —En conjunto resulta una historia agradable. Más fácil de leer que tu Biblia, Damián, y también más dramática.

-Es verdad -admití-. Pero es absurda. Una maraña increíble de doctrina, escritos apócrifos, mitología, y superstición. Entretenida, sí, sin lugar a dudas. Imaginativa, incluso atrevida. Pero ridícula, ¿no te pa-

rece? ¿Cómo podemos creer en dragones? ¿En Cristo sin piernas? ¿En Pedro recompuesto de sus pedazos después de haber sido devorado por cuatro monstruos?

La sonrisa de Arla era burlona. -¿Acaso es más tonto que creer en el agua transformándose en vino, o Cristo caminando sobre las aguas, o un hombre viviendo en el estómago de una ballena? -Arla se divertía desafiándome. Fue un escándalo cuando seleccioné a un no creyente como capitán, pero era muy buena en su trabajo y me gustaba tenerla a mi alrededor para que me mantuviera con todos los sentidos alertas. Arla poseía una mente magnífica, y yo valoraba la inteligencia mucho más que la obediencia ciega. Tal vez, en mí, eso representaba un pecado.

-Hay una diferencia -dije.

-¿La hay? -respondió, cortante. Sabía ver detrás de mis máscaras-. Oh, Damián, admítelo. El libro te agradó.

Me aclaré la garganta. - Despertó mi interés -tuve que aceptar. Tenía que justificarme ante mí mismo-. Sabes bien la clase de material con el que lidio normalmente. Leves y aburridas desviaciones doctrinales, oscuras sutilezas teológicas llevadas más allá de toda proporción, obvias maniobras políticas emprendidas para establecer a un ambicioso obispo planetario como nuevo Santo Padre, o para obtener alguna que otra concesión de Nueva Roma o de Vess. La guerra es interminable, pero las batallas son sucias y aburridas. Me agotan, tanto espiritual, como emocional

y psíquicamente. Después me siento exhausto y culpable. —Di un golpecito sobre la cubierta de cuero del libro—. Esto es diferente. La herejía debe ser aplastada, por supuesto, pero admito que ansío enfrentarme con este Lukyan Judasson.

-Los trabajos artísticos también son adorables --dijo Arla, hojeando las págimas de El Camino de la Cruz y el Dragón y deteniéndose para estudiar una reproducción especialmente llamativa. Creo que era la de Judas Ilorando sobre sus dragones. Me hizo sonreír el pensar que la había impactado tanto como a mí. Pero entonces fruncí el ceño: ese fue el primer indicio de las dificultades que me acechaban.

Y así fue cómo La verdad de Cristo llegó a la ciudad de porcelana de Ammadon, en el planeta Arion, donde había sentado sus cuarteles la Orden de San Judas Iscariote.

Arion era un mundo agradable v gentil, habitado desde hacía tres siglos. Tenía una población de menos de nueve millones; Ammadon, la única verdadera ciudad, era el hogar de dos de esos millones. El nivel tecnológico era bastante alto, basado principalmente en las importaciones. Arion poseía muy pocas industrias y no era un mundo afecto a las innovaciones, excepto tal vez por sus actividades artísticas. Las artes eran muy importantes, florecientes y vitales. La libertad de cultos era un precepto básico de la comunidad, pero Arion no era exactamente un planeta religioso, y la mayoría de los habitantes vivían plácidas vidas seglares. La religión más popular era el Esteticismo, que no es precisamente una religión. Había también Taoístas, Erikanistas, Antiguos Cristianos Verdaderos, e Hijos del Soñador así como una docena o más de sectas menores.

Y finalmente había nueve iglesias de la Unica Verdadera Fe Católica Interesterlar. Había habido doce.

Las tres que faltaban eran ahora casas dedicadas a la Fe que estaba creciendo con mayor rapidez en Arion, la Orden de San Judas Iscariote, que también había erigido una docena de nuevas iglesias propias.

El obispo de Arion era un hombre oscuro y severo, de cortos cabellos negros, que no demostraba sentirse muy feliz de verme. — iDamián Har Veris! —exclamó asombrado cuando aparecí en su residencia—. Hemos oído hablar de usted, por supuesto, pero jamás se me ocurrió que lo conocería o lo tendría como huésped. Contamos con muy pocos fieles en este planeta...

—Y cada vez son menos —dije—. Un asunto que preocupa al Señor Comandante, el Arzobispo Torgathon. Aparentemente, usted no está tan preocupado, Excelencia, ya que no consideró adecuado informar sobre las actividades de esta secta de adoradores de Judas.

Se sintió ofendido ante mi reprimenda, pero se tragó la ira con rapidez: hasta un obispo tiene motivos para temer a un Caballero Inquisidor. —Estamos preocupados, por supuesto —dijo—. Hacemos lo que podemos para combatir la herejía. Si usted puede brindarnos consejos que nos ayuden, los escucharé agradecido.

-Soy un Inquisidor de la Orden Militante de los Caballeros de Jesucristo —le respondí bruscamente—. No doy consejos, Excelencia. Yo actúo. Por eso fui enviado a Arion, y eso es lo que haré. Ahora, dígame todo lo que sabe sobre esta herejía y su Primer Académico, el tal Lukyan Judasson.

-Por supuesto, Padre Damián -comenzó el obispo. Indicó a un sirviente que trajera una bandeja con vino y queso, y comenzó a resumir la corta pero explosiva historia del culto a Judas. Lo escuché mientras me lustraba las uñas en la solapa carmesí del chaleco hasta que la pintura negra relumbró con luz propia, interrumpiendo de tanto en tanto al obispo con alguna pregunta. Antes de que hubiera llegado a la mitad de su exposición, ya me había decidido a visitar personalmente a Lukyan. Me pareció el curso de acción más apropiado.

Y es lo que había deseado hacer desde un principio.

Las apariencias eran importantes en Arion, me dijeron, de modo que consideré necesario impresionar a Lukyen con mi presencia y mi jerarquía. Calcé mis mejores botas, elegantes botas hechas a mano de oscuro cuero Romano que nunca habían visto el interior de la cámara de recepción de Torgathon, y llevé un severo traje negro con solapas borgoña y collar almidonado. De mi cuello pendí un espléndido cru-

cifijo de oro puro; el alfiler de corbata era una espada también de oro, la enseña de los Caballeros Inquisidores. El Hermano Dennis me pintó las uñas con todo cuidado, de un negro semejantes al ébano, me oscureció los ojos y me cubrió el rostro con un fino polvo blanco. Cuando miré hacia el espejo, me asusté de mí mismo. Sonreí, pero brevemente: arruinaba el efecto.

Fui caminando hasta la Casa de San Judas Iscariote, Las calles de Ammadon, amplias, espaciosas, doradas, estaban flanqueadas por árboles escarlata llamados Susurros-Al-Viento, ya que las largas frondas colgantes parecían en efecto susurrar secretos a la gentil brisa. La hermana Judith me acompañaba. Es una mujer pequeña, de aspecto frágil incluso, vestida con las túnicas y capuchas de la Orden de San Cristóbal. Con su cara mansa y buena, los ojos grandes, jóvenes e inocentes, me es de gran ayuda. Ya ha matado cuatro veces a aquellos que intentaron asal-

La Casa propiamente dicha era de constucción reciente. Amplia y majestuosa, se erguía entre jardines de pequeñas flores brillantes y mares de césped dorado, y los jardines estaban rodeados por una elevada muralla. Tanto la pared que rodeaba la propiedad como el exterior del edificio mismo estaban cubiertos con murales. Reconocí unos pocos por haberlos visto en El Camino de la Cruz y el Dragón, y me detuve a admirarlos antes de cruzar la entrada principal. Nadie trató de detenernos. No había guardias,

ni siquiera una recepcionista. Dentro de las murallas, hombres y mujeres paseaban lánguidamente en medio de las flores, o se sentaban en bancos bajo los árboles llamados Corteza-de-Plata o los Susurros-Al-Viento.

La hermana Judith y yo nos detuvimos un instante, para luego dirigirnos directamente hacia la Casa propiamente dicha.

Apenas habíamos empezado a subir los escalones cuando un hombre apareció desde el interior; se quedó esperándonos en el umbral. Era gordo y rubio, con una inmensa barba hirsuta enmarcando una lenta sonrisa. Vestía una túnica liviana que le llegaba a los pies enfundados en sandalias. La túnica estaba bordada con las figuras de un dragón que transportaba la silueta de un hombre con una cruz en la mano.

Cuando llegué al tope de las escaleras, el hombre se inclinó ante mí.

-Padre Damián Har Veris de los Caballeros Inquisidores -dijo. La sonrisa se amplió-. Lo saludo en nombre de Jesús y San Judas. Yo soy Lukvan.

Tomé nota mentalmente de averiguar quién entre los empleados del obispo estaba pasando información al culto de Judas, pero mi compostura no se alteró. He sido un Caballero Inquisidor por mucho, mucho tiempo.

—Padre Lukyan Mo —dije, estrechándole la mano—. Tengo algunas preguntas que hacerle. — No sonreí.

El sí lo hizo. —Pensé que vendría para hacerlas —me contestó.

La oficina de Lukyan era amplia, pero espartana. Los herejes a menudo poseen una simplicidad que los dignatarios de la verdadera Iglesia parecen haber perdido. Sin embargo cabía una indulgencia.

Dominando la pared detrás de su escritorio/consola, campeaba el cuadro del que yo me había enamorado, el Judas ciego llorando sobre los dragones.

Lukyan tomó asiento con pesadez y me indicó una segunda silla. Habíamos dejado a la hermana Judith afuera, en la cámara de espera. —Prefiero quedarme de pie, Padre Lukyan —dije, sabiendo que eso me proporcionaba una indiscutible ventaja.

Llámeme simplemente Lukyan
 me dijo—. O si lo prefiere, Luke.
 Aquí no le damos importancia a los títulos.

-Usted es el Padre Lukyan Mo, nacido aquí, en Arion, educado en el seminario de Cathaday, un ex-sacerdote de la Unica y Verdadera Iglesia Católica Interestelar de la Tierra y los Mil Mundos -respondí-. Me dirigiré a usted tal y como corresponde a su rango, Padre. Espero que usted haga lo mismo. ¿Está claro?

-Oh, sí -me contestó amablemente.

—Tengo poderes para despojarlo de su derecho a administrar los sacramentos, para exilarlo y excomulgarlo por esta herejía que ha formulado. En ciertos mundos hasta podría ordenar su muerte.

-Pero no en Arion -dijo Lukyan con rapidez-. Aquí somos muy tolerantes. Además, los sobrepasamos en número. —Sonrió—. En cuanto al resto, bueno, ya no cumplo demasiado con los sacramentos, ya sabe. No lo he hecho en años. Ahora soy Primer Académico. Un maestro, un pensador. Señalo el camino a otros, les ayudo a encontrar la fe. Excomúlgueme, si eso lo hace feliz, Padre Damián. La felicidad es lo que todos buscamos.

-¿Entonces ha renunciado a su fe, Padre Lukyan? —dije, mientras depositaba mi copia de El Camino de la Cruz y el Dragón sobre el escritorio—. Sin embargo, veo que ha hallado una nueva. —Sonreí entonces, pero era todo hielo, amenaza, burla—. Todavía no he visto un credo más ridículo que éste. ¿Supongo que me dirá que ha hablado con Dios, que El le ha confiado esta nueva revelación para que usted pudiera limpiar el buen nombre, si puede llamársele así, de San Judas?

La sonrisa de Lukyan se hizo mucho más amplia. Levantó el libro y me miró con ojos brillantes.

-Oh, no -me dijo-. No, yo mismo lo inventé todo.

Eso me paró en seco. - ¿Qué?

Lo inventé todo —repitió. Sopesó el libro con aprecio—. Lo extraje de diversas fuentes. Por supuesto, principalmente de la Biblia; pero considero que la mayor parte de La Cruz y el Dragón es trabajo original mío. Es bastante bueno, ¿no cree? Por supuesto, yo no podía ponerle mi nombre, aunque estoy muy orgulloso de él, pero sí incluí mi imprimátur. ¿No lo ha notado? Es lo máximo

que me atreví a hacer, ya que no podía reconocer mi autoría.

Me quedé sin habla sólo por un instante; luego hice una mueca de disgusto. —Me sorprende —admití—. Esperaba hallar a un loco original, un pobre tonto firmemente convencido de que había hablado con Dios. Ya me he enfrentado antes con ese tipo de fanáticos. En cambio, me encuentro con un alegre cínico que ha inventado una religión para su provecho personal. Creo que prefiero a los fanáticos. Es usted despreciable, Padre Lukyan. Arderá en el Infierno por toda la eternidad.

-Lo dudo -dijo Lukyan-, pero en realidad se equivoca, Padre Damián. No soy un cínico, ni tampoco me beneficio con mi pobre San Judas. En serio, vivía con mucho más confort cuando era sacerdote de su Iglesia. Hago esto porque es mi vocación.

Me senté. - Estoy confundido - le dije-. Explíqueme.

—Ahora voy a contarle la verdad —me dijo. Lo dijo de un modo extraño, como si recitara una letanía—. Soy un Mentiroso —agregó.

 Quiere usted confundirme con paradojas infantiles —repliqué, impaciente.

-No, no --sonrió-. Un Mentiroso. Con mayúscula. Es una organización, Padre Damián. Una religión, si prefiere llamarla así. Una fe grande y poderosa. Yo soy sólo la más pequeña de sus partes.

-No conozco tal iglesia -dije.

-Oh, no. Por supuesto que no. Es secreta. Tiene que serlo. Puede enten-

derlo, ¿no es cierto? A la gente no le gusta que se le mienta.

-No me gusta que me mientan -dije.

Lukyan me miró dolorido. -Le dije que le contaría la verdad, ¿no es así? Cuando un Mentiroso asegura que dice la verdad, hay que creerle. De lo contrario, ¿cómo podríamos confiar los unos en los otros?

—Hay muchos como usted —dije. Empezaba a creer que Lukyan era un loco, después de todo, tan fanático como cualquier hereje, pero de un modo complejo. Aquí había herejías adentro de las herejías; sin embargo, mi deber estaba claro: descubrir la verdad y exponerla al mundo.

Muchos de nosotros —sonrió
 Lukyan—. Lo sorprendería, Padre
 Damián, realmente lo sorprendería.
 Pero aún hay otras cosas que no me atrevo a contarie.

-- Dígame cuanto pueda, entonces.

-Con placer -dijo Lukyan Judasson-. Nosotros, los Mentirosos, como todas las demás religiones, poseemos varias verdades que aceptamos como dogmas de fe. La fe es siempre necesaria. Hay muchas cosas que no pueden probarse. Creemos que la vida vale la pena de ser vivida. Eso es un dogma de fe. El propósito de la vida es vivir, resistir a la muerte, quizás desafiar la entropía.

-Continúe -le dije, sintiéndome cada vez más interesado a pesar de mí mismo.

-También creemos que la felicidad es buena, algo que debe buscarse.

 La Iglesia no se opone a la felicidad —dije con frialdad. —¿Está seguro? Pero no quiero discutir. Cualquiera que sea la posición de la Iglesia con respecto a la felicidad, Ella predica la creencia en la vida después de la muerte, en un ser superior, y un complejo código moral.

-Es verdad.

-Los Mentirosos no creen en la vida Jespués de la muerte, ni en Dios. Vemos el universo tal como es, Padre Damián, y estas verdades desnudas son muy crueles. Nosotros, que creemos en la vida y la apreciamos, estamos condenados a morir. Después no habrá nada, el vacío eterno, la oscuridad, la no existencia. En nuestra vida no hay propósito, ni poesía, ni sentido. Tampoco nuestras muertes poseen estas cualidades. Cuando nos hayamos ido, el universo no nos recordará, y será como si jamás hubiésemos existido. Nuestros mundos y nuestro universo tampoco durarán mucho. Tarde o temprano la entropía lo consumirá todo y nuestros míseros esfuerzos no pueden impedir ese horrible final. Habrá desaparecido. Nunca habrá existido. Ya no importará. El universo mismo está condenado a la transitoriedad y por cierto que no le importa para nada.

Me dejé caer hacia atrás en la silla, y sentí un escalofrío al escuchar las sombrías palabras del pobre Lukyan. Me encontré acariciando mi crucifijo. —Una helada filosofía —dije—, además de falsa. Yo también he tenido más de una vez esa terrible visión. Creo que a todos nos ha pasado alguna vez. Pero no es verdad, Padre. Mi fe me sostiene contra tal nihilismo.

La fe es un escudo contra la desesperanza.

-Oh, ya lo sé, mi amigo, mi Caballero Inquisidor -dijo Lukyan-. Me alegra que lo comprenda tan bien. Ya casi es uno de nosotros.

Fruncí el ceño.

-Ha llegado al meollo del asunto -continuó Lukyan-. Las verdades, las grandes verdades -y la mayoría de las pequeñas también- son insoportables para la mayoría de los hombres. Hallamos nuestro escudo en la fe. Su fe, mi fe, cualquier fe. No importa, siempre que creamos, real y verdaderamente creamos en cualquier mentira a la que nos aferremos. -Se tironeó los bordes desiguales de su gran barba rubia-. Nuestros psicólogos han probado que los únicos seres felices son los creyentes, ya sabe. Pueden creer en Cristo, o en Buda, o en Erika Stormjones, en la reencarnación, la inmortalidad o la naturaleza, en el poder del amor o en la fuerza de determinada facción política, pero todo es lo mismo: creen; son felices. Los que han visto la verdad son los que desesperan y se matan. Las verdades son tan vastas, los credos tan pequeños, tan pobres, tan plagados de errores y contradicciones. Podemos ver con facilidad a través de ellos, y entonces sentimos el peso de la oscuridad, de la nada, y ya no podemos ser felices.

No soy un hombre lento. Para ese entonces, ya sabía hacia dónde se encaminaba Lukyan. —Ustedes, los Mentirosos, inventan religiones.

Sonrió. -De todas clases. Y no sólo religiones. Piénselo. Reconoce-

mos que la verdad es un cruel instrumento. La belleza es infinitamente preferible a la verdad. Inventamos be-Ileza. Religiones, movimientos políticos, altos ideales, la creencias en el amor y la amistad. Todas son mentiras. Decimos esas mentiras, y otras, miles de otras. Mejoramos la historia y los mitos y la religión; los volvemos más hermosos, mejores, más fáciles de creer. Nuestras mentiras no son perfectas, por supuesto. Las verdades son demasiado grandes. Pero tal vez algún día hallaremos la Gran Mentira que toda la humanodad pueda aceptar. Hasta ese entonces, nos conformamos con miles de pequeñas mentiras.

-Creo que no me agradan los Mentirosos, para nada -dije con helado fervor-. Toda mi vida ha sido una perenne búsqueda de la verdad.

Lukyan me miró con indulgencia.

—Padre Damián Har Veris, Caballero Inquisidor, lo conozco mucho mejor de lo que usted cree. Usted mismo es un Mentiroso. Su trabajo es bueno. Viaja de mundo en mundo y en cada uno destruye a los tontos, a los rebeldes, a los que cuestionan, aquellos que podrían derribar el edificio de la vasta mentira a la que usted rinde servicio.

—Si mi mentira es tan admirable —dije—, ¿por qué la ha abandonado?

—Una religión debe adecuarse a la cultura y a la sociedad de su época; trabajar con ellas y no contra ellas. Si hay conflicto y contradicciones, entonces la mentira se resquebraja y la fe tambalea. Su Iglesia sirve para muchos mundos, Padre, pero no para

Arion. La vida aquí es demasiado dulce, y su fe muy severa. Amamos la belleza y su fe nos ofrece muy poca. Así que la hemos mejorado. Estudiamos este mundo largo tiempo. Conocemos su perfil psicológico. San Judas prosperará aquí. Ofrece drama, color y mucha belleza -los principios estéticos en los que se basa son admirables. La suya es una tragedia con final feliz, y a Arion le encantan tales historias. Y los dragones son un bello detalle. Creo que su Iglesia tendría que pensar en la posibilidad de incorporar dragones a su credo. Son criaturas maravillosas.

-- Míticas -- dije.

-Lo dudo -replicó-. Investíguelo. -Me sonrió-. Ya lo ve, prácticamente todo descansa en la fe. ¿Puede acaso saberse qué ocurrió verdaderamente hace tres mil años? Usted tiene a un Judas, yo a otro. Ambos tenemos libros. ¿Son verdaderos los suyos? ¿Es que acaso puede creerlo? He sido admitido tan sólo en el primer círculo de la orden de los Mentirosos; así que no conozco todos nuestros secretos, pero sí sé que son muy antiguos. No me sorprendería saber que los Evangelios fueron escritos por hombres muy parecidos a mí, Tal vez ni siquiera existió un Judas. O un Jesús.

-Tengo fe en que no es así -dije.
- Hay cien personas en este edificio que creen profunda y sinceramente en San Judas y el Camino de la Cruz y el Dragón --dijo Lukyan.-.
La fe es muy buena. ¿Sabe que el promedio de suicidios en Arion ha descendido en casi un tercio desde

que se fundó la Orden de San Judas?

Recuerdo que me puse lentamente de pie. –Usted es tan fanático como cualquier otro hereje con el que me haya enfrentado, Lukyan Judasson –le dije—. Le tengo lástima porque ha perdido su fe.

Lukyan se levantó conmigo. —Tenga lástima de usted mismo, Damián Har Veris —me dijo—. Yo he encontrado una nueva fe y una nueva causa, y soy un hombre feliz. Usted, mi estimado amigo, se siente miserable y atormentado.

- i Eso es una mentira! - Temo haber gritado cuando dije esto.

-Venga conmigo -dijo Lukyan. Tocó un panel de la pared y la gran pintura de Judas Ilorando sobre sus dragones se deslizó hacia arriba hasta desaparecer, dejando ver en su lugar una escalera que se perdía en el suelo. -Sígame -dijo.

En el sótano había una inmensa jarra de vidrio llena de un pálido fluido verde con una cosa flotando en su interior —una cosa muy parecida a un embrión envejecido, anciano e infantil al mismo tiempo, desnudo, con una enorme cabeza y un diminuto cuerpo atrofiado. De sus brazos, piernas y genitales surgían tubos flexibles que lo unían a la maquinaria que lo mantenía con vida.

Cuando Lukyan encendió las luces, abrió los ojos. Eran grandes y oscuros, y parecían ver dentro de mi propia alma.

-Este es mi colega -dijo Lukyan, dando un golpecito a la pared del tanque-. Jon Azure Cruz, un Mentiroso del cuarto círculo. —Y un telépara —dije con enfermiza certeza. En otros mundos había organizado el exterminio de telépatas, especialmente niños. La Iglesia enseña que los poderes psiónicos son una trampa de Satanás; no se los menciona en la Biblia. Nunca me había sentido satisfecho con esas matanzas.

—Jon leyó su mente en el mismo momento en que entró a la Casa —dijo Lukyan—, y me notificó. Sólo unos pocos saben que está aquí. Nos ayuda a mentir con mayor eficiencia. Sabe cuándo la fe es real o fingida. Tengo un comunicdaor implantado en la cabeza y Jon puede hablarme todo el tiempo. Fue él quien inicialmente me reclutó para los Mentirosos. Sabía que mi fe estaba vacía; sintió la profundidad de mi desesperación.

Entonces habló la cosa del tanque, con una voz metálica que surgía de los micrófonos en la base de la maquinaria que lo nutría. —Y puedo sentir la tuya, Damián Har Veris, sacerdote vacío. Inquisidor, has hecho demasiadas preguntas. Tu alma está enferma, cansada y ya no crees. Unete a nosotros, Damián. ¡Has sido un Mentiroso por largos, largos años!

Por un momento vacilé, miré en el fondo de mi alma y me pregunté en qué creía. Traté de hallar mi fe, esa fe que me había sostenido hacía tanto tiempo: la certeza de las enseñanzas de la Iglesia, la presencia de Cristo dentro de mí. Y no encontré nada, nada. Estaba vacío por dentro, quemado, lleno de dudas y angustia. Pero justo cuando iba a responder a Jon

Azure Cruz y al sonriente Lukyan Judasson, por fin encontré algo, algo en lo que sí creía, algo en lo que siempre había creído.

La verdad.

Creía en la verdad aunque doliera.

-Lo hemos perdido -dijo el telépata que llevaba el irónico nombre de
Cruz.

La sonrisa de Lukyan se desvaneció. —¿De veras? Tenía la esperanza de que se convertiría en uno de nosotros, Damián. Parecía estar preparado.

De pronto tuve miedo, y pensé en lanzarme escaleras arriba hacia la hermana Judith. Lukyan me había contado tanto y yo ahora los rechazaba.

El telépata sintió mi temor. -No puedes dañarnos, Damián -me dijo-. Vete en paz. Lukyan no te ha contado nada.

Lukyan estaba frunciendo el ceño.

-Le he contado bastante, Jon -dijo.

—Es verdad. Pero, ¿puede acaso creer en la palabra de un Mentiroso como tú? —La pequeña boca deforme de la cosa en el tanque se retorció en una sonrisa y los grandes ojos se cerraron. Lukyan suspiró y me llevó escaleras arriba.

No fue sino hasta muchos años después que me di cuenta de que Jon Azure Cruz había mentido y la víctima de su mentira había sido Lukyan. -Yo podía dañarlos. Y lo hice.

Fue bastante simple. El obispo tenía amigos en el gobierno y en los medios de comunicación. Con la ayuda de un poco de dinero en los lugares apropiados, logré poner a varios amigos de mi lado. Entonces expuse a Cruz en el sótano, alegando que había usado sus poderes psiónicos para alterar las mentes de los seguidores de Lukyan. Mis amigos fueron sensibles a las acusaciones. Los guardianes efectuaron una redada, tomaron al telépata Cruz bajo custodia y posteriormente lo llevaron a juicio.

Era inocente, por supuesto. Mis acusaciones eran puras tonterías; los telépatas humanos pueden leer las mentes cuando se hallan próximos al sujeto, pero muy poca cosa más. Sin embargo, son muy escasos y se los teme en demasía; y Cruz era lo suficientemente horrendo como para que fuera fácil transformarlo en una víctima de la superstición. Finalmente fue absuelto y abandonó la ciudad de Ammadon y tal vez Arion mismo, con rumbo desconocido.

Pero nunca fue mi intención el que lo condenaran. Con los cargos era suficiente. Comenzaron a aparecer las primeras grietas en la mentira que él y Lukyan habían elaborado juntos. Es difícil alcanzar la fe, y muy fácil perderla, y la más mínima duda puede erosionar los cimientos de la creencia más poderosa.

El obispo y yo trabajamos duro para sembrar nuevas dudas. No resultó tan fácil como había creído. Los Mentirosos habían hecho un buen trabajo. Ammadon, como la mayoría de las ciudades civilizadas, poseía un gran bagaje de conocimientos, un sistema de computadoras que reunía a las escuelas, las universidades y las bibliotecas en una red común y acerca-

ba esa sabiduría combinada a quien la necesitara.

Cuando chequeé mis datos, pronto descubrí que las historias de Roma
y de Babilonia habían sido sutilmente alteradas; además, existían tres listados para Judas Iscariote —uno para
el traidor, uno para el santo y uno
para el rey-conquistador de Babilonia. También se mencionaba su nombre en relación con los Jardines Colgantes y había una entrada para algo
llamado el Código Judas.

Y de acuerdo con la biblioteca de Ammadon, los dragones se habían extinguido en la Tierra cerca de la época en que había vivido Cristo.

Por fin purgamos todas esas mentiras y las borramos de la memoria de la computadora, aunque tuvimos que citar autoridades en media docena de mundos no cristianos antes de que los bibliotecarios y académicos se convencieran de que las diferencias eran algo más que una mera preferencia religiosa.

Para ese entonces, la Orden de San Judas se había marchitado bajo la cruda luz de la exposición pública. Lukyan Judasson se había vuelto flaco y furioso y al menos tres de sus iglesias habían cerrado.

La herejía nunca murió por completo, por supuesto. Siempre habrá creyentes, no importa lo que pase. Y por eso hasta hoy en día El Camino de la Cruz y el Dragon se sigue leyendo en Arion, en la ciudad de porcelana de Ammadon, entre los murmullos de los Susurros-Al-Viento.

Arla-k-Bau y La Verdad de Cristo me Ilevaron de regreso a Vess un año después de mi partida. El arzobispo Torgathon al fin me concedió la licencia que había pedido, antes de enviarme a luchar contra nuevas herejías. Y así gané mi victoria y la Iglesia continuó igual que antes y la Orden de San Judas fue totalmente aplastada. El telépata Jon Azure Cruz había estado equivocado, me dije en ese entonces. Había subestimado en mucho el poder de un Caballero Inquisidor.

Más tarde, sin embargo, recordé sus palabras.

No puedes dañarnos, Damián.

¿A nosotros?

¿A la Orden de San Judas? ¿O a los Mentirosos?

Mintió deliberadamente, me dije, sabiendo que yo seguiría adelante y destruiría el Camino de la Cruz y el Dragón, sabiendo, también, que no podría ni tocar a los Mentirosos, que no me atrevería siquiera a mencionarlos. ¿Cómo podría hacerlo? ¿Quién me creería? ¿Una inmensa conspiración a través de las estrellas tan antigua como la misma historia? Huele a paranoia, y yo no tenía prueba alguna.

El telépata mintió para beneficio de Lukyan, para que me dejara ir. De eso estoy seguro, ahora. Cruz arriesgó mucho para convencerme. Al fracasar, estuvo dispuesto a sacrificar a Lukyan Judasson y su mentira, meros peones en un juego mayor.

Así me fui, llevando el conocimiento de que carecía de fe, excepto por una fe ciega en la verdad —la verdad que ya no podía hallar en mi Iglesia. Lo supe durante el año de

descanso que pasé leyendo y estudiando en Vess y Cathaday y el Mundo de Celia. Finalmente regresé a la cámara de recepción del arzobispo y me detuve ante Torgathon Nueve - Klariis Tûn calzado con mis peores botas.

—Señor Comandante —le dije—. No puedo aceptar ningún otro trabajo. Pido que se me releve del servicio activo.

-¿Por qué causa? -retumbó la voz de Torgathon, mientras la piscina salpicaba débilmente.

-He perdido la fe -le dije con sencillez.

Se quedó mirándome largo tiempo, los ojos sin pupilas parpadeando impacientes. Al fin dijo: —Su fe es un asunto entre usted y su confesor. Lo único que a mí me interesa son los resultados. Ha realizado excelentes trabajos, Damián. No puede retirarse; no le permitiremos que renuncie.

La verdad nos hará libres.

Pero la libertad es fría, vacía, aterradora, y las mentiras son cálidas y hermosas.

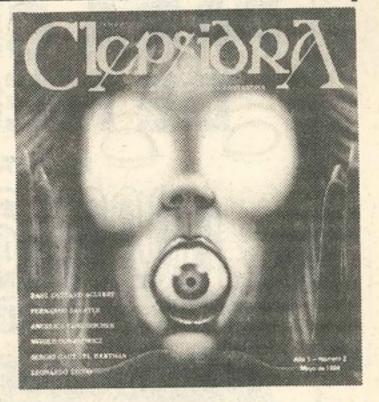
El año pasado la Iglesia me otorgó una nueva nave espacial. La bauticé Dragón.

Título original en inglés:
The Way of Cross and Dragon
(c) George R.R. Martin, 1979
(by Omni International Ltd.
By permission of the author and
Kirby McCauley Ltd.)

Traducción. Norma Nélida Dangla

El siguiente es un aviso de CLEPSI-DRA, revista cuatrimestral de filontasía y fantasofía:

Se está, en estos momentos, intentando reactivar las ediciones de libros y
revistas relacionados con la fantasía
y su hija tecno-predilecta: la ciencia
-ficción. CLEPSIDRA nace en medio
de este esfuerzo placentero pero enérgico y busca fundamentalmente diferenciarse del resto de las revistas, tanto profesionales como de aficionados,
y esa diferencia pasa por su intención: la reflexión. Pero reflexión no
es lo mismo que crítica, tampoco tiene que ver con cotejar indicadores
que supuestamente ofrecen una "me-



dida" del tema en cuestión. La reflexión tiene que ver con una actitud de pregunta y muchas veces se dirige (atenta) contra lo establecido, contra nuestras más caras creencias; es un hecho creativo. CLEPSIDRA también tiene relatos que, con mayor o menor dificultad, lanzan un desafío a su lector. Si usted cree que la fantasía se refiere a aquello que no existe ni existió jamás, si usted no quiere acompañar su lectura con la reflexión y prefiere los relatos llanos (chatos) y las críticas informativas; no la compre, ella no satisfará sus requerimientos. Leer CLEPSIDRA exige un esfuerzo similar al que le ha tomado a ella nacer, un esfuerzo que formará escritores a partir de la formación de lectores. El carácter reflexivo de la lectura hace la diferencia entre lo informativo y lo formativo. Esta es la invitación que CLEPSIDRA le hace. No se apure, piénselo y ojalá se anime.

Suscripción por un año: \$a 325.- Envíe giro o cheque a nombre del: TALLER DE EDI-CIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital Federal.

Bonificación: a cada suscriptor se le enviarán sin cargo los libros de Ediciones Filofalsía que se editen durante el tiempo que dure la suscripción y alguna que otra sorpresa. Se exceptúa de esta bonificación a la serie PARSEC.

OFERTA VALIDA PARA AGOSTO DE 1984



Para los amantes de la ciencia ficción "dura", Fred Saberhagen es un representante genuino. Y un cuento en el que "los asesinos" son protagonistas resulta doblemente adecuado. Pero no sólo de "bersekers" vive el hombre...

# LA AVENTURA DEL ASESINO METALICO

Fred Saberhagen.

Tenía la forma de un hombre, y el cerebro de un demonio electrónico.

El y las máquinas como él eran las mejores imitaciones de hombres y mujeres que los berserkers, también máquinas asesinas, eran capaces de imaginar y construir. Aun así, podían ser descubiertos como obvios fraudes cuando eran inspeccionados de cerca por cualquier humano.

-¿Sólo registramos veintinueve? -preguntó lacónicamente el supervisor de Defensa. Atado a su silla de combate, observaba atentamente el espacio a través de la pantalla de información semitransparente, frente a él. La mole cercana de la Tierra estaba acorazada por el castaño oscuro de los campos de fuerza defensivos, volviendo invisibles los colores normales del terreno del agua y del aire.

—Sólo veintinueve. — La respuesta llegó al puente de la nave insignia en medio de un agudo chisporroteo de estática. La voz roturada continuó—. Y estamos bastante seguros ahora de que al principio había treinta.

-Entonces, ¿dónde está el otro? No hubo respuesta.

Todas las fuerzas defensivas de la

Tierra estaban aún en alerta total, a pesar de que el ataque había sido minúsculo, no más que un intento de infiltración, y parecía haber sido repelido por completo. Los berserkers, remanentes de una antigua guerra interestelar, eran mortales enemigos de todo lo viviente y el mayor peligro para la humanidad que el universo había exhibido hasta el momento.

Una pequeña turbulencia saltó sobre la superficie parda de la Tierra, lanzádose en un curso que la llevaría a unos pocos cientos de kilómetros del aparato del supervisor. Se trataba de la Estación de Energía Uno, un agujero negro domesticado. En tiempos de paz los miles de millones de consumidores, ávidos de energía de todo el planeta tomaban de ella la mitad de la fuerza que necesitaban. La Estación Uno era visible al ojo desnudo sólo como una leve distorsión flotante del fondo de estrellas.

Estaba llegando otro informe.

-Buscamos en el espacio al androide berserker faltante, supervisor.

-Más les vale hacerlo.

-El aparato enemigo infiltrado almacenaba contenedores para treinta androides, como lo muestra el análisis de los restos que hizo la computadora. Tenemos que asumir que todos los contenedores estaban llenos.

En el tono del supervisor se leían la vida y la muerte. —¿Hay alguna posibilidad de que la unidad faltante se haya colado hacia la superficie?

-Negativo, Supervisor. -Hubo una pequeña pausa-. Al menos sabemos que no alcanzó la superficie en nuestra época. – ¿Nuestra época? ¿Qué quiere decir eso, charlatán? ¿Cómo podría…? Ah.

El agujero negro pasó como un rayo. No estaba realmente domesticado, aunque esa era una palabra tranquilizadora, y los humanos la aplicaban con frecuencia. Habían logrado ponerle algo así como un arnés, eso era todo.

Supóngase —y, dada la ubicación de la escaramuza, la suposición no era arriesgada— que el androide berserker número treinta hubiera sido propulsado, por algún accidente del combate, directamente hacia la Estación Uno. Podría haber entrado con facilidad en al agujero negro. De acuerdo con las últimas teorías, cabía imaginar que podría haber sobrevivido para reemerger intacto en el universo real, proyectado fuera del agujero como su propia imagen tangible en una erupción de radiación de partículas virtuales.

La teoría indicaba que en tal caso la reemergencia debía producirse antes de la penetración. El supervisor distribuyó órdenes vigorosamente. En el acto sus computadoras en el mundo de abajo, el Conglomerado de Defensa de la Tierra, tomaron el problema, dándole la máxima prioridad. ¿Qué podía hacerle a la Tierra un androide berserker? Probablemente no mucho. Pero para el supervisor, y para los que trabajaban en él, la defensa era una tarea sagrada. El templo de la seguridad de la Tierra había sido horriblemente profanado.

A las máquinas les llevó once mi-

nutos producir las primeras respuestas.

—El número treinta entró en el agujero negro, señor. Ni nosotros ni el enemigo podríamos haber previsto ese resultado, pero...

–¿Qué probabilidades hay de que el androide emergiera intacto?

--Por el ángulo peculiar en el que entró, aproximadamente sesenta y nueve por ciento.

- iTan alta!

--Y hay un cuarenta y nueve por ciento de probabilidades de que alcance la superficie de la Tierra en condiciones funcionales, en algún punto de nuestro pasado. Sin embargo, las computadoras nos tranquilizan. Como el artefacto del enemigo debe haber sido programado para algún ataque sutil a nuestra sociedad actual, no es probable que pueda hacer mucho daño en el tiempo y lugar en que...

-Verdaderamente su cráneo tiene un vacío de nivel intergaláctico. Yo le voy a decir a usted y a las computadoras cuándo sea posible sentir el mínimo de tranquilidad. Mientras tanto consígame más cifras.

Las siguientes palabras desde la superficie del planeta llegaron veinte minutos más tarde.

—Hay una probabilidad del noventa y dos por ciento de que el aterrizaje del androide en la Tierra, si eso ocurrió, haya sido en área de cien kilómetros. A cincuenta y un grados, once minutos latitud norte, cero grados, siete minutos longitud oeste.

-¿Y la época?

-Noventa y ocho por ciento de

probabilidades para el 1ro. de enero, 1880, Era Cristiana, con un error posible de diez años más o menos.

Una masa de tierra, una gran isla cubierta de nubes apareció en la pantalla del televisor.

–¿Curso de acción recomendado? Le llevó una hora y media al conglomerado DT responder a eso.

Los primeros dos voluntarios perecieron en pruebas de despegue antes de que el método pudiera ser perfeccionado lo suficiente como para ofrecer un margen razonable de supervivencia. Cuando el tercer hombre estuvo listo, fue citado justo antes del despegue, para una última reunión privada con el supervisor.

El supervisor lo miró de arriba abajo, considerando su traje exótico, su extraño peinado, y todo lo demás. No preguntó si el voluntario estaba listo, sino que comenzó abruptamente: —Ha sido confirmado recién que, ya sea que gane o pierda allá, nunca podrá regresar a su propia época.

—Sí, señor. Ya había pensado que la situación sería esa.

—Muy bien. —El supervisor consultó los datos desparramados frente a él—. Todavía no estamos seguros acerca de cómo estará armado el enemigo. Algo sutil, sin duda, apropiado para un saboteador en la Tierra de nuestros días. Además, por supuesto, de la fuerza física y rapidez sobrehumanas con que cuenta un enemigo como ése debe considerar los rayos mentales interruptores o disruptores; ambos podrían dañar a cualquier sociedad humana. Están las bombas pa-

trón, diseñadas para anular nuestras computadoras de defensa alimentándolas con información aleatoria. Siempre hay posibilidades de armas biológicas. ¿Tiene su equipo médico camuflado? Sí, ya veo. Y por supuesto siempre está el riesgo de algo nuevo.

—Sí, señor. —El voluntario parecía tan preparado como podría estarlo cualquiera. El supervisor se le acercó, abriendo los brazos para un saludo ritual de despedida.

Pestañeó para escurrir la Iluvia londinense. Sacó su reloj de pesado tic tac como si estuviera controlando la hora, y se paró en la vereda frente al teatro como si estuviera esperando a un amigo. El instrumento en su mano pulsó una vibración extra, silenciosa, además del tic tac, y esta señal especial había tomado ahora un carácter que significaba que la máquina enemiga estaba muy cerca. Probablemente en un radio de cincuenta metros.

Un afiche en el frente del teatro decía:

EL AUTOMATA JUGADOR DE AJEDREZ MEJORADO MARAVILLA DE LA EPOCA BAJO NUEVA DIRECCION

—El verdadero problema, señor —proclamaba un hombre de sombrero de copa cerca de ahí, conversando con otro—, no es si se puede hacer una máquina para ganar al ajedrez, sino si es posible hacerla simplemente para jugar. No, ese no es el verdadero problema, señor, pensó el agente del futuro, pero considérese afortunado por poder creerlo.

Compró un boleto y entró, tomando asiento. Cuando se había reunido un auditorio considerable, hubo una breve conferencia a cargo de un hombre bajo en traje de etiqueta, que tenía algo de ave de rapiña, y a la vez cierto aire medroso, a pesar de su volubilidad y el humor ensayado de su charla.

Finalmente apareció el propio jugador de ajedrez. Era una caja con aspecto de escritorio con una figura sentada detrás. El conjunto en su totalidad se desplazaba sobre unas ruedas por el escenario, empujado por varios asistentes. La figura era la de un hombre enorme vestido como un turco. Resultaba obvio que se trataba de un maniquí o de algún tipo de muñeco; se balanceaba ligeramente con el movimiento del escritorio rodante, al que estaba fijada la silla. Ahora el agente podía sentir la vibración excitada de su reloj sin meter siquiera la mano en el bolsillo.

El ave de rapiña dijo otro chiste, desplegó una sonrisa siniestra, y entonces eligió a uno de los varios jugadores de ajedrez del auditorio que levantaron las manos —el agente no estaba entre ellos— para desafiar al autómata. El retador subió al escenario, donde las piezas estaban siendo colocadas sobre un tablero sujeto al escritorio rodante, mientras las puertas del frente del escritorio eran abiertas para mostrar que adentro no había otra cosa que maquinaria.

El agente notó que no había velas sobre el escritorio, como las que hubiera en el del jugador de ajedrez de Maelzel unas pocas décadas atrás. El autómata de Maelzel había sido un fraude astuto, por supuesto. Se habían usado velas sobre la caja para disimular el olor a cera quemada de la vela que necesitaba el hombre ingeniosamente escondido adentro entre los falsos engranajes. En la época en que había llegado el agente todavía era muy temprano, lo sabía, para la luz eléctrica, por lo menos para la clase que hubiera sido útil para un humano escondido de ese modo. Añádase el hecho de que al oponente de este jugador de ajedrez se le permitía sentarse mucho más cerca de lo que jamás estuvo del de Maelzel, y se podría hacer una deducción bastante segura sobre que no había ningún ser humano escondido en la caja o en la figura sobre el escenario.

Por lo tanto...

El agente podía hacerle un disparo limpio en ese momento, si se paraba entre el auditorio. ¿Pero debía dispararle a la figura o a la caja? Y no podía estar seguro sobre cómo iba armado. ¿Y quién lo detendría si lo intentaba y fallaba? Estaba seguro de que el enemigo ya había aprendido lo suficiente como para sobrevivir en el Londres del siglo diecinueve. Probablemente ya había matado, para corroborar sus designios. "Bajo nueva dirección" inclusive.

No, ahora que había localizado a su enemigo debía planear concienzudamente y trabajar con paciencia. Sumido en sus pensamientos, dejó el teatro entre la multitud y empezó a caminar hacia las habitaciones que acababa de comenzar a compartir en Baker Street. Una dificultad menor en el lanzamiento hacia el agujero negro le había costado parte del equipo, incluyendo una buena cantidad de su dinero falsificado. Todavía no había tenido tiempo en la profesión que había adoptado para obtener buenos ingresos; así que por el momento pasaba por ciertas estrecheces financieras.

Debía planear. Supongamos, ahora, que abordaba al hombrecito asustado, al de traje de etiqueta. A la sazón éste ya debería haber empezado a descubrir la clase de tigre que estaba montando. El agente podría abordarlo disfrazado de...

Un súbito golpeteo comenzó en el bolsillo del reloj del agente. Era una señal bastante diferente de cualquiera generada previamente por su falso reloj. Significaba que el enemigo se las había arreglado para detectar su detector; de hecho estaba conectado y rastreándolo.

El sudor se mezcló con la llovizna en la cara del agente cuando empezó a correr. Debía haberlo descubierto en el teatro, aunque probablemente sin lograr distinguirlo entre la multitud. Esquivando coches de alquiler, carros y un ómnibus dio la vuelta por Oxford Street hacia Baker Street y disminuyó la marcha hasta transformarla en una rápida caminata para cubrir la corta distancia restante. No podía deshacerse del reloj indicador porque hubiera sido incapaz de rastrear al enemigo sin él. Pero tampoco se atrevía a llevarlo encima.

Cuando el agente irrumpió en la sala, su compañero de cuarto alzó la vista, con su habitual, casi superficial, sonrisa, e interrumpió el trabajo apacible de sacar libros de un canasto y ponerlos en los estantes.

—Perdón —comenzó el agente con una mezcla de alivio y urgencia—; surgió algo bastante importante, y hay dos diligencias que debo llevar a cabo en el acto. ¿Podría imponerle una a usted?

La breve diligencia propia del agente no lo llevó más allá de la vereda de enfrente. Ahí, en la puerta de Camden House se ocultó encogiéndose, tratando de respirar silenciosamente. No se había movido cuando, tres minutos más tarde, se aproximó desde la dirección de Oxford Street. una figura alta que, de acuerdo con las sospechas del agente, no era humana. Llevaba el sombrero calado, y la parte inferior de la cara envuelta en vendajes. Se detuvo cruzando la calle, pareció consultar su propio reloj de bolsillo y luego se dio vuelta para tocar la campanilla de la puerta de la casa. Si el agente hubiera estado absolutamente seguro de que se trataba de su presa, le hubiera disparado por la espalda. Pero sin el reloj, habría tenido que acercarse para tener una razonable certeza.

Luego de consultar con la casera, la figura fue admitida. El agente esperó dos minutos. Entonces aspiró profundamente, juntó coraje, y lo siguió.

La cosa parada junto a la ventana giró en su dirección, cuando entró a la sala, y ahora él estaba seguro de lo que era aquello. Los ojos sobre la cara vendada no eran los ojos del turco, pero tampoco eran humanos.

La faja blanca apagaba la voz ronca. – ¿Usted es el doctor?

—Ah, usted busca a mi compañero de cuarto. —El agente echó una mirada descuidada sobre el escritorio donde estaban desparramados algunos papeles que llevaban el nombre de su compañero—. No está en este momento, como puede ver, pero espero que vuelva pronto. Supongo que usted es un paciente.

La cosa dijo, con su voz falsa:

—Me lo recomendaron. Parece que el doctor y yo compartimos un cierto origen común. Por lo tanto la casera fue muy amable permitiéndome esperarlo aquí. Supongo que mi presencia no será inconveniente.

-En lo más mínimo. Por favor tome asiento, ¿señor...?

Cualquier fuera el nombre que el berserker le haya dado, el agente nunca lo supo. Abajo sonó la campanilla, suspendiendo la conversación. Oyó a la sirvienta contestar a la puerta, y un momento más tarde los rápidos pasos de su compañero de cuarto en la escalera. La máquina mortal tomó un objeto pequeño del bolsillo y se corrió un paso para tener una visión clara de la puerta.

Dándole la espalda al enemigo, como con el propósito casual de saludar al hombre que estaba por entrar, el agente sacó disimuladamente de su bolsillo una pipa de brezo bastante funcional, diseñada para cumplir también otra función. Entonces giró la cabeza y disparó la pipa hacia

el berseker por debajo de su propia axila.

Para un ser humano, el enemigo era pavorosamente rápido, y para un berseker el androide era miserablemente lento y torpe, ya que había sido diseñado primordialmente para la imitación, no para la pelea. Las armas dispararon simultáneamente.

Las explosiones destrozaron y destruyeron al enemigo, ráfagas poderosas como para hacerlo pedazos, pero drásticamente limitadas en espacio, autoamortiguadas y casi silenciosas.

El agente también fue alcanzado. Tambaleando, se dio cuenta, con su último pensamiento claro, de qué arma había esgrimido el enemigo. Era el rayo mental disruptor. Entonces por un momento no pudo pensar en absoluto. Tenía una vaga conciencia de estar agachado sobre una rodilla y adivinaba a su compañero de habitación, que acababa de entrar, mirándolo aturdido, a un paso de la puerta.

Finalmente el agente pudo moverse otra vez, y guardó la pipa tembloroso. El cuerpo destrozado del enemigo ya estaba casi vaporizado. Debía haber sido construido para autodestruirse cuando fuera seriamente dañado, para que la humanidad
nunca pudiera conocer sus secretos.
Ya no era más que un cúmulo de neblina pesada, alejándose en lentos remolinos por la ventana apenas abierta para mezclarse con la bruma londinense.

El hombre que todavía estaba parado cerca de la puerta había estirado una mano para afirmarse contra

la pared. -El joyero... no tenía su reloj -murmuró atontado.

Vencí, pensó el agente lentamente. Fue un pensamiento sin alegría porque con él llegó la lenta percepción del precio de su éxito. Tres cuartos de su intelecto, al menos, habían desaparecido, con el patrón superior de las conexiones de sus células cerebrales hundido en la disociación. No. No disociado. El rayo mental disruptor debía haber reimpuesto el patrón de sus neuronas en algún lugar más alejado de su trayectoria... ahí, detrás de esos ojos grises con su nueva mirada penetrante.

—Obviamente, lo de enviarme a buscar su reloj fue un ardid. —La voz del compañero de cuarto era súbitamente más vigorosa, más segura que antes—. También, noto que su escritorio ha sido forzado, por alguien que pensaba que era el mío. —El tono se suavizó un pozo—. Vamos, hombre, no tengo nada en contra suya. Su secreto, si es honorable, estará a salvo. Pero está claro que usted no es lo que representaba ser.

El agente se levantó, tirando de su pelo color arena, tratando desesperadamente de pensar. —¿Cómo... cómo lo sabe?

 i Elemental! –exclamó el hombre alto.

Título original en inglés: Adventure of the metal murderer (c) 1980 by OMNI Traducción de Pablo Román



Estos son los cuatro títulos que componen REENCUENTRO EN ALMARMI-RA compilados por Daniel Rubén Mourelle. Están incluidos en la bonificación de la suscripción a CLEPSIDRA. Ediciones Filofalsía/La Brujutrampa, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital. \_\_\_

Aunque Frederik Pohl (1919) es un "veterano", no cabe duda de que tanto los temas que aborda como los enfoques que utiliza para hacerlo se mantienen rigurosamente al día. "La segunda venida" es apenas una viñeta, pero se vale de un ácido humor, de un cinismo casi recurrente. Como en Mercaderes del espacio, "El día millón", "Compramos gente" y Pór-

#### LA SEGUNDA VENIDA

Frederik Pohl

Adivino que, al igual que con el asesinato de Kennedy, todo el mundo puede recordar dónde estaba y qué estaba haciendo el día que la gente del espacio trajo a Jesús de nuevo a la Tierra.

Yo estaba a bordo del Air Force I con el Presidente -soy del Servicio Secreto- y cuando el Mayor Manley nos transmitió el increíble mensaje desde el transbordador espacial pegamos la vuelta y pusimos proa a Californa. Llegamos antes que el transbordador, y esperamos, estacionamos al final de la pista de aterrizaie, mirando televisión.

Por supuesto, toda actividad había cesado a lo largo y a lo ancho del planeta. Todo el mundo estaba mirando las imágenes transmitidas por el gran telescopio de Mauna Kea - iera una bruta nave con esos 800 metros de largo! - y escuchando las grabaciones del mensaje de Manley.

Bueno, llegó el momento del aterrizaje del transbordador, y la tripulación descendió y subió a bordo del Aire Force I mientras el personal de

campo todavía estaba limpiando el aire de los vapores del combustible.

 -¿Seguro que es Jesús? -preguntó el Presidente.

-Eso es lo que dicen, Sr. Presidente. Tomé una foto de El; mírela usted mismo. -Y le tendió una placa Polaroid.

El Presidente respingó.

-Yo no creo que Su aspecto sea esto.

-Bueno, El es judío, ustedes saben...

-No, me refiero a que sea tan joven. iHan pasado casi dos mil años!

-Estuvieron viajando a la velocidad de la luz casi todo este tiempo... La dilatación del tiempo, ¿comprende? -explicó el Mayor Manley-.

Después de que corrieron la roca y lo sacaron a El de la cueva...

-¿Raptaron a Jesús?

-Ellos no lo toman así, Sr. Presidente. No tenía buen aspecto. Pensaron que nosotros ya habíamos terminado con El. Entonces se lo llevaron a su planeta, en donde tienen un lugar destinado a guardar especímenes de todas las formas de vida existentes en la galaxia...

-¿Ellos pusieron a Jesús en un zoológico? --Manley se encogió de hombros--. ¿Qué está haciendo ahora? --preguntó el Presidente.

-Ellos dicen que El se pasa la mayor parte del tiempo mirando televisión. Parece que no le gusta mucho lo que ve, pero yo no hablé con El en persona... no sé arameo. De cualquier forma, me alegré de poder salir de allí, porque esa nave mete miedo. INo me creería si le digo la horrible variedad de armas que tienen!

Los ojos del Presidente brillaron, y el secretario de Defensa se regocijó: — i Armas nuevas! i Qué ganga!

El Presidente miró a su alrededor, y las expresiones de satisfacción fueron unánimes. Sólo restaba por hacer una cosa. Movió un dedo y su secretaria encendió un grabador.

-Registra este decreto, Mabel.
Yo, el Presidente, etcétera etcétera,
proclamo en este acto que Jesucristo
ha vuelto, y... eh...

— ¡Y es nuestro! —finalizó la secretaria. Y luego, extasiada—: Gracias a Dios.

Allí adentro todo parecía muy lindo. Por supuesto, los demás países chillaban hasta desgañitarse. Pravda bramaba de furia. Los Chicoms cancelaron una gira de su equipo de fútbol, y el embajador de Israel prácticamente tuvo un infarto tratando de argüir que El, después de todo, era compatriota suvo por nacimiento. Eso no importaba; nosotros estábamos primero, y la NASA despejó las rutas de Cabo Cañaveral para Su llegada. Pero El solicitó a las tres cadenas de transmisión un espacio de treinta minutos para un primer telemensaje, v allí fue cuando se pudrió todo. No importaba que El no luciera bien. No importaba que hablara en arameo, un idioma que prácticamente nadie entendía. Lo malo fue lo que dijo -eso, y el hecho de que antes de que nos tradujeran el mensaje, llegó una llamada urgente de la gente del telescopio de Mauna Kea diciendo que la nave estaba a punto de despegar y volver al espacio.

-¿Pero qué fue lo que El dijo? -gimió el Presidente, y el traductor, sudando, sacudió la cabeza.

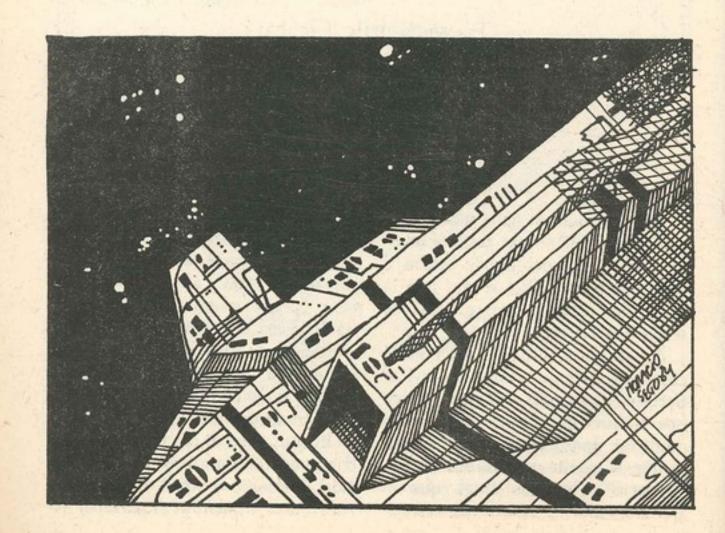
—Algo sobre que a El no le gusta la forma en que hemos arruinado Su planeta —gruñó—, dice que El nos indicó qué hacer, y no lo hicimos… confundimos y arruinamos todo…

— i Diablos! —gritó el Presidente—, eso lo podemos arreglar... i Llámenlo! Podemos hacer un trato. i Le daremos Su propia cadena de televisión para que El pueda predicar a las multitudes, dejaremos que los peregrinos
Lo visiten... lo que El quiera!

Pero el traductor estaba sacudiendo la cabeza nuevamente.

-No quiere eso. Dice que El se vuelve con la gente del espacio. Que el zoológico es mejor que esto.

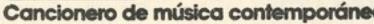
Título original en inglés: Second Coming (c) 1983, OMNI Publications Int. Ltd. Traducción: Cecilia Polisena.

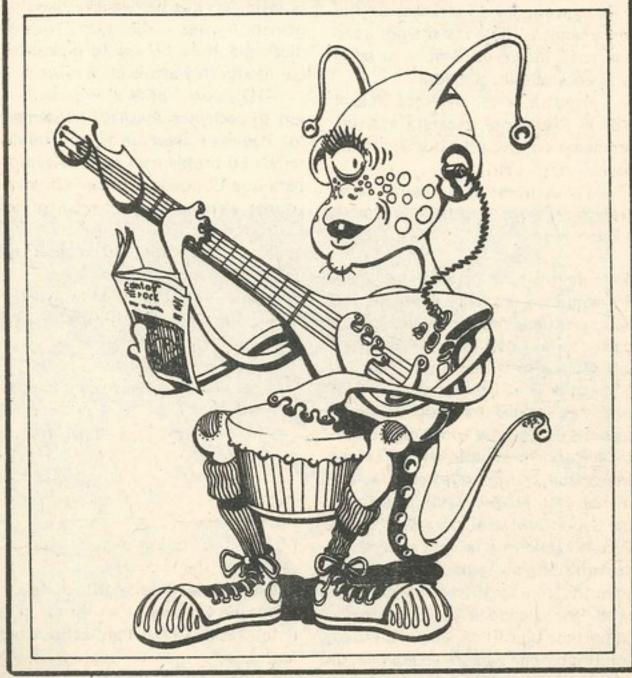




# Todas las canciones música y letra

Publicación Quincenal





Ian Watson impactó a ciertos lectores de nuestro idioma con su novela Empotrados. Y sin embargo hasta la publicación de "Una jaula para la muerte" sólo otro par de relatos habían aparecido en castellano: "La lentísima máquina del tiempo" en el fanzine Kandama y "Las habitaciones del paraíso" en Zikkurath. Quizás estemos empezando a remediar una injusticia.

#### UNA JAULA PARA LA MUERTE

\_\_\_\_ Ian Watson \_\_\_\_

El Tanatoscopio de Ralph Hewitson era el último producto de la obsesión con la muerte de aquel hombre extraño. Tanatología es, por supuesto, el estudio del morir, y la máquina de Hewitson intentaba hacernos ver, y en lo posible "atrapar", a la Muerte como tal. O en sí misma. Ralph Hewitson siempre se tomó como una cuestión muy personal el hecho de que él o cualquier otra persona tuviera que morir.

Sin duda, todos atravesamos esta etapa de horror y de afrenta cuando somos chicos. Luego sepultamos el trauma en el fondo de nuestra mente. Lo encerramos en nuestro desván mental y reaparece recién en nuestros últimos días. Algunas veces se mantiene tan ofensivo como siempre, pero en nuestros días -gracias a la proliferación de los centros de Tanatología y la reinterpretación del morir como un estado alterado de la conciencia- se ha ido transformando en un amigo, una parte intrínseca de uno mismo, la piedra angular del arco de la vida.

Hewitson, de todas formas, mantenía intacta la vieja visión animista de un invisible ladrón de la vida. Su Tanatoscopio —su aparato/visor de la muerte— estaba destinado a ser la máquina instantánea y la jaula que sorprendiera a la Muerte en sí misma.

En realidad, algunas pruebas científicas sobre la Muerte habían sido
llevadas a cabo en los Centros, como
complemento de los estudios psicológicos y terapias —pero sólo en el sentido de pesar el cuerpo antes y después de la muerte para comprobar si
se producía una mínima pérdida de
peso, como producto de la partida del
alma, o usando aura fotográfica para
tratar de plasmar esta partida en una
película. Ninguno de estos investigadores trató jamás de demostrar el hecho inverso: la llegada de la Muerte
como una fuerza activa.

Hewitson era un hombre alto y moreno, permanentemente encorvado, como si nunca hubiera confiado en el hecho de que las puertas eran lo suficientemente altas como para dejarlo pasar.

—Me pregunto si el portal de la Muerte me cederá el paso cuando llegue mi hora —me dijo una vez, con su humor negro—. ¿O me quedaré atascado? ¿Mitad adentro, mitad afuera? Sabes, he estado pensando en que tal vez los zombies sean simplemente personas que se quedan atascadas en esa puerta. Sus mentes conscientes ya han pasado, pero sus mentes automáticas se quedan de nuestro lado, moviendo mecánicamente los cuerpos.

-Te refieres al sistema nervioso autónomo, ¿no es así, Ralph?

-¿Lo hago, lo hago?

Yo había llegado al Centro Tanatológico de la Calle Seis hacía apenas
tres meses. Venía del Colegio de NeoTeología, después de haberme graduado como especialista en la Muerte
-de-Dios, y fue algo así como un
choque para mí encontrar a alguien
que —si bien no creía en Dios— de
cualquier modo era un firme exponente de la doctrina de la muerte encarnada. Pero me había acostumbrado a su humor negro, que sazonaba la
obsesión con un cierto sabor a pimienta.

Sin duda éste era el modo en que él desarrollaba su propia especialización en torno al morir —hacía que la muerte luciera como una farsa, una comedia de los hermanos Marx. Esta forma de aproximación quizás obrara maravillas sobre cierta gente. Me topé con ellos. Odian ser contemplativos con respecto a su deceso. Piensan que es mojigatería. Mientras que con otras personas que aún tienen miedo, bueno, una broma puede ser un tónico para los nervios.

Por supuesto, para Ralph, en el fondo, éste no era un tema cómico.

Se me ofreció una visita guiada a la máquina, en su oficina del cuarto piso del Centro. Era un cuarto agradable y soleado, con una Danza de la Muerte medieval enmarcada en dorado sobre una pared y, en contraste, un mural en colores del Taj-Mahal en la otra. La máquina, que ocupaba casi todo el espacio libre que quedaba en el piso, era la "mitad excluida"

entre el horror y la paz suprema. Ralph, de todos modos, la había incluido: no era un manera de saludar a la Muerte con miedo o con alegría pero sí con una condenada determinación por capturarla.

Había un féretro-cama-de-agua, implantado con medisensores, puesto dentro de una jaula de Faraday delicadamente afiligranada, que podía detener cualquier tipo de radiación electromagnética o aislar cualquier radiación surgida de su interior. Rodeando la jaula había paredes de vidrio polarizable que podían volverse completamente opacas y transformarse en un infinito espejo interno. Pequeñas cámaras y espejos habían sido montados sobre varillas de plata, y en la parte externa de las paredes de vidrio había pantallas fluorescentes, un medidor de electrones y una especie de periscopio cubierto. También había olfateadores químicos, pequeños y altamente sensibles (una parte en un billón) alertas a la feromona de la Muerte, el complejo químico que suelta el cuerpo moribundo en porciones ínfimas. Eso que algunas veces llamamos sudor cadavérico. Este producto químico es análogo a la feromona de atracción sexual expelida por los humanos y todas las demás criaturas, y personalmente pienso que es un subproducto de la evolución: una señal de alarma para los otros en la vecindad.

La mayoría de las muertes en la antigüedad habrían sido violentas, de un modo u otro, y traído problemas. Hewitson, por supuesto, pensaba distinto. Consideraba la acción esta molécula también como una señal de atracción. Era algo que la Muerte olfatearía, y sobre lo que se abalanzaría como una polilla en celo. El orgasmo mortal no podría ocurrir hasta que la Muerte fuera llamada. Esto cuenta para ciertas muertes excesivamente demoradas; los cuerpos de esa gente simplemente no pudieron producir suficiente feromona.

Respetuoso de las formas, Hewitson se las había arreglado para conseguir cantidades pequeñas de este sudor cadavérico sintetizado, y había construido algunos prototipos de trampas para la muerte diseñadas para expelerlo en dosis y para cerrarse sobre lo que fuera que se abalanzara sobre la molécula... sin ningún éxito. Así que llegó a la conclusión de que era necesario un cuerpo muerto en el lugar.

A pesar de sus escrúpulos respecto a quitar la vida —lo que lo hacía sentirse como sacrificando a la Muerte— Hewitson había equipado su segunda generación de trampas con animales moribundos. Pero nuevamente sin ningún resultado. A raíz de lo cual concibió la idea de que las muertes de los animales y la muerte de las personas podían ser esencialmente diferentes. (Empezó a interesarse por la doctrina católica que dice que los animales no tienen alma y son meros objetos automáticos.)

Incorporadas a su máquina perfecta también había pequeñas canillas de feromona con la provisión de gotas del producto químico aisladas al vacío y adosadas a las mini-jaulas de Faraday.



Su idea era imitar a la Muerte: auto-hipnotizarse en un trance mortuorio, y luego abrir las canillas.

-¿Quieres que yo me tienda ahí adentro? –le pregunté—. ¿Es a eso a lo que conduce todo esto?

-¿Y a continuación suelto la inexistente bocanada de cianuro? —sugirió, riéndose entre dientes—. No, Jonathan, nada de eso. Pero por supuesto que puedes intentarlo si lo deseas. Esta será una cama famosa dentro de poco. Mucho más famosa que las camas históricas en donde durmieron la Buena Reina Isabel, o Lincoln, o Shakespeare. Adelante, no soy el propietario.

-Bueno, gracias, pero no.

-Me pregunto si debería equi-

parlo con gas de cianuro o algo así. De ese modo no sólo atraparía a la Muerte sino que también acabaría con ella. Después de todo, si es legal dispararle a alguien que encuentras robando en tu departamento... bueno, la Muerte en comparación, es un asesino masivo. El criminal más grande.

No podría decir si estaba bromeando o hablando en serio. Ralph continuó.

 Me pregunto si, en ese caso, yo estaría matando a la muerte en general, o sólo a la muerte personal de aquél que estuviera en el interior de la máquina.

- Mucha gente muere a cada segundo, Ralph. Simultáneamente. Aun si esta Muerte tuya va a la velocidad de la luz...

- Está bien, veo adónde quieres llegar. Supongo que la muerte puede ser general y particular, también. -- Fingió una tos y tartamudeó un momento-. Si mato a la muerte particular... si la barro con el nombre propio de esta persona en particular sobre ella, si la quito del camino, golpeándola, aplastándola, vaporizándola... esta persona... -Su mano trazó el contorno de su sujeto voluntario, tan sensualmente como un soldado atrapado en una selva a cientos de ki-Iómetros de un burdel--. ¿Esta persona viviría para siempre? ¿Habría perfeccionado un tratamiento de inmortalidad? iQué ironía, Jonathan, para la Fundación de Tanatología, vencer su propio propósito! -Su voz se aplacó, susurrando en tono conspiratorio-.. Ni una palabra de esto a nadie.

Tu Colegio de Neo-Teología se levantaría en armas.

-Supongo que es una buena manera de persuadir a la gente para que
se preste voluntariamente —bromeé
a mi vez-. iAtención, atención!
iAcérquense! iVengan a la Jaula de
la Muerte de Hewitson y los hará inmortales con un silbido... de gas cianuro! Oh, pero te estás olvidando de
algo, Ralph. De esa forma matarías al
sujeto antes de atrapar a su muerte.
El bebé y el baño de agua, Ralph. iEl
bebé y el baño de agua!

—Oh... — Ralph parecía alicaído. Pero todo esto era dar vueltas sobre lo mismo.

-¿Vas a probarlo tú mismo, entonces? —le pregunté, más seriamente—. ¿Pero sólo simulando la muerte? ¿Actuando? ¿Me imagino que eso será con la ayuda de Swami?

Swami es el diminutivo cariñoso de nuestro consejero indio, el señor Ananda, Ananda había sondeado la inserción de la muerte en el estado de unidad océanica más profundamente que cualquier otra persona que yo conociera. (Un estado oceánico, por un lado, pero también lo comparaba con la penetración de una cápsula espacial que deja atrás la tierra conocida v entra en una órbita donde todos los detalles mínimos son borrados por el abismo del interminable mar de la muerte espacial.) Ananda había usado técnicas de meditación profunda v auto-hipnosis de origen indio, para sondear esta estación en el camino hacia la nada -algunas veces acompañando a la muerte en su caída, en otras en la misma cúspide, en profunda armonía con ella— antes de volver a la vida para hacer un informe sobre esto. No es necesario decir que el Sr. Ananda nunca se encontró con la Muerte —con el Señor M.— en sus viajes.

-Estuve tomando lecciones -asintió Ralph-. Admito que no me he dedicado años a esto, como él. Pero pienso que puedo encontrarle la vuelta. Lo pienso. Cuando pueda llegar a la profundidad adecuada, mis propias ondas mentales de theta-tanatos comenzarán a destilar la feromona de la muerte.

–¿Cuándo va a pasar todo esto?

—El próximo martes. Necesito algunos testigos. Ananda se ha prestado voluntariamente, aunque piensa que mis motivos son... bueno, tú sabes. Pero se ha hecho un rato en su agenda.

-Yo puedo dedicarte un tiempo también, Ralph.

-Buen chico, Ahora mira...

Me mostró cómo el periscopio, la fibra óptica, y los espejos permitían que el observador viera el interior de la jaula aun cuando las paredes de vidrio se oscurecieran. Cuando miré a través del periscopio cubierto hacia el interior, iluminado por una luz nacarada, el féretro vacío se duplicó a sí mismo tal vez una docena de veces en todas direcciones, antes de perderse en una espesa niebla dorada, mientras la red afiligranada de la jaula de Faraday se superponía una y otra vez en los espejos.

Llegó el martes. Además de He-

witson y Swami y yo, estaba también la Dra. Mary Ann Sczepanski, la médica de la fundación, que lucía adorable gracias a sus ajustadas trenzas plateadas y al saco blanco de rigueur, que le marcaba la silueta como si fuera una estatua de mármol color marfil.

Así que la ratonera estaba montada, con el queso gigante —Hewitson listo para tenderse en ella, perfumado con Gorgonzola sintético para atraer a la muerte (aunque sería un olor que ninguno de nosotros podría olfatear conscientemente), una trampa de la variedad no-letal.

-Es mucho, mucho mejor que lo haga ahora -sonrió satisfecho Ralph hamacándose un poco ante la evidente desaprobación de Swami Ananda al tiempo que, embutido en una fina bata de lino, se introducía en la jaula de Faraday, cuidando de no tocar ninguno de los cables de airededor. Se tendió sobre el féretro de agua.

Cerré la puerta con la llave de oro de Ralph, de acuerdo a las instrucciones. Me colgué la cadena alrededor del cuello. Después puse en funcionamiento la corriente de la jaula, a muy baja intensidad. Zumbó débilmente.

Las paredes de vidrio descendieron y se cerraron, conservando aún su transparencia. La recirculación del aire se puse en funcionamiento.

—Pareces Blancanieves —gritó Mary Ann, mientras le controlaba los signos vitales en el monitor—. ¿Pero adónde está la manzana envenenada?

Al oírla, Ralph movió la cabeza irónicamente en dirección al Sr. Ananda. Después se serenó, mientras Ananda comenzaba a entonar en voz alta un monótono refrán en sánscrito, que Ralph aceptó repetir, supongo, aunque no pude oír su voz.

Enseguida Ralph alzó una mano y yo opaqué las paredes de vidrio.

Cuando espié por el periscopio, estaba tendido inmóvil, luciendo adecuadamente pálido y casi cadavérico en medio de la iluminación nacarada. Estaba tendido junto a su propio reflejo, que se extendía junto a otro reflejo. Todos codo a codo con los demás. Cada uno en su jaula iluminada, cuyos barrotes se iban engrosando a medida que los cuerpos se multiplicaban. Era fácil perder el foco central, y perderse. En ese momento, la máquina de Ralph lucía más que nada como un aparato para cadáveres clonados.

El descenso al trance mortuorio tomó casi una hora. Mary Ann controló los signos vitales de Ralph todo el tiempo, sin perder detalle. El sol que entraba por la ventana daba de lleno sobre lo que parecía un gran bloque de mármol, un Kaaba blanco, un mausoleo. Un sucio pichón se contoneó de un lado a otro sobre el alféizar de la ventana durante un momento. A lo lejos se elevaban los ruidos de la calle, y algunas veces se dejaban oír aleteos. Fuera de eso, todo estaba en silencio.

El Sr. Ananda observó en las pantallas de las ondas mentales. Señaló una de ellas con un fino dedo oscuro de uña impecablemente cuidada.

 Aquí está el comienzo del ritmo tetha-tánatos.

Me coloqué la capucha del peris-

copio en la cabeza y escuché solamente la voz de Swami.

-Los otros ritmos se han aplacado. Tomará cuatro o cinco minutos más antes de que el theta-tanatos alcance su plenitud como para abrir la canilla de la feromona.

Pero yo no estaba dispuesto a abandonar mi posición privilegiada. No tenía intención de perderme nada —no porque creyera que fuera a haber algo (y de cualquier forma había una cámara de video en funcionamiento). Pero soy así. Déjenme en la cima de una colina y pídanme que cuente estrellas fugaces y estaré mirando toda la noche, por un amigo.

Ah... la feromona está saliendo
 anunció el Sr. Ananda.

Inspiré reflexivamente, a pesar de que no hubiera olido a nada, estuviera el experimento rodeado de vidrios o no.

Miré el extremo de la aguja, cerca de la pantorrilla desnuda de Ralph, esperando —bajo las órdenes de Mary Ann— para inyectar una dosis masiva de estimulantes, en caso de que fuera necesario. Mantuve mi mano sobre el botón que multiplicaría cincuenta veces la potencia del interior de la jaula de Faraday.

Lo que vi entonces no fue grabado por la cámara. iCómo si el video que no pudiera registrar la luz a medida que yo la veía, como si proviniera de un espectro completamente diferente! Pero mis ojos lograron verlo...lo juro.

Una cosa roja (sólo que no era "roja") apareció abruptamente, colgando sobre el pecho de Ralph. Se asemejaba a un murciélago, a una polilla gigante, a un ángel de árbol de Navidad iluminado por la luz del fuego. Revoloteaba, parecía danzar dentro y fuera de la existencia. Tenía los 
ojos vidriosos y grandes y un pequeño hocico agudo. Tenía garras como 
escalpelos, al extremo de unas alas 
(si es que eran alas) que parecían velos, como los espolones que se suelen 
adosar a las patas de los gallos de riña. (Me dí cuenta de que estaba viendo lo que mis ojos y mi mente podían percibir, no necesariamente lo que 
en realidad había allí.)

 - iTheta final! --cantó el Swami,
 que no podía ver nada de esto-. Estimulantes, Mary Ann.

— iYa está! Los signos muestran... Apreté mi botón, también, al mismo tiempo. No fue necesario. Lo que fuera que Ralph hubiera dispuesto para disparar la energía de la jaula, ya había funcionado.

La aguja se había hundido en la pantorrilla de Ralph. Pegó un salto, como una de las ranas de Galvani.

Se sentó muy erguido sobre el féretro de agua, con los ojos desmesuradamente abiertos.

La cosa roja saltó sobre él, revoloteando, desplazándose adentro y afuera (pero más adentro que afuera). Golpeó contra el costado de la jaula y dio la impresión de que pasaba a través de la filigrana electrificada. Y de las paredes de vidrio, también. Pero no: los atravesó sin penetrar en el cuarto en donde estábamos. Se metió adentro de uno de los reflejos de la jaula, sin dejar ningún "original" en la jaula real. Recién entonces me di cuenta que se había visto una sola cosa desde la primera aparición. Ningún reflejo. Ningún duplicado. Muchos reflejos de Ralph, pero ninguno de la cosa. ¿Cómo podía algo visible a mis ojos no reflejarse en un espejo? Tal vez eso tenía relación con su esencia indivisible.

La polilla roja cruzó de una jaula fantasma a la siguiente, rodeando al verdadero Ralph Hewitson. Pero a medida que se alejaba, los barrotes dorados se engrosaban. Ahora volaba dentro de una pared de creciente densidad, un mar de almíbar. No podía ir mucho más allá, a través de las reflexiones.

Ralph, sentado muy erguido y siguiendo los movimientos de la cosa con la mirada, movió ambas manos en el aire. El aire por encima del féretro real estaba, por supuesto, vacío. El visitante —la Muerte— no estaba allí. Pero todas las manos de todos sus reflejos se movieron en el aire al mismo tiempo, en todas las lunas de la jaula. Parecía saber exactamente lo que estaba haciendo.

La Muerte se sacudía frenéticamente alrededor del circuito, de una jaula a otra, para huir de las manos de Ralph. Pero todo era una jaula para Ralph.

La atrapó. iLa atrapó! En una jaula distante tres veces de la original, sus manos reflejadas se cerraron sobre la cosa y la sostuvieron con firmeza. Sus verdaderas manos —y las de todos los demás reflejos— estaban vacías. Pero no ese par. No ésas. Tenían sujeta a la polilla roja. Al murciélago. A la Muerte.

La Muerte azotaba las manos de

su captor con las garras de las alas e intentaba arrancárselas con el pico. La sangre corría por las manos y las muñecas en ese reflejo. El verdadero Ralph gritó de dolor. Pero sus manos no mostraban la más mínima herida. Solamente la imagen de las manos de la jaula donde tenía atrapada a la criatura estaban desolladas, pero él sentía el dolor. Siguió luchando con la criatura. Con el rostro desencajado, continuó: dos manos que se debatían en el aire, con los nervios a la vista. Y a pesar de lo mucho que lo hería, a pesar de la carne que le arrancaba de sus dedos fantasmales, sus falanges seguían aferrándola con seguridad en la tercera reflexión.

–¿Que está pasando? –exclamó Mary Ann–. iEstá reaccionando demasiado a los estimulantes! ¿Qué está pasando, Jon?

iEstá luchando con la Muerte!
 grité—. iHa atrapado a la Muerte y está luchando con ella!

Entonces Ralph volvió el rostro en mi dirección —hacia donde sabía que yo debía estar.

- iDespolariza! -bramó-. iTransparente los vidrios!

Me libré de la capucha del periscopio, encontré la llave y la apreté. Inmediatamente, todos pudimos ver a través de la jaula. Y por supuesto, todos los mundos reflejados en todas las lunas espejadas habían desaparecido.

Pero Ralph seguía luchando, icon el aire! Sus dedos aún intentaban agarrar algo. Oh, yo podía ver lo que estaba haciendo, aunque para los demás debía parecer una pantomima demencial. Estaba dejando libre a la Muerte para poder retenerla en un solo puño... ¿Para arrojarla lejos de sí? No, él nunca soltaría a la Muerte, ahora que había triunfado. Mantuvo en alto su mano aprisionada, en una especie de saludo, sonriendo con satisfacción en medio de la agonía, mostrando los dientes.

 iCorten la corriente! –ordenó ásperamente.

Apreté el bulbo. El zumbido cesó.

— i Abre la jaula, Jonathan! —Aun
en medio del dolor, se obstinaba en

no abreviar mi nombre.

Dudé un momento. ¿Realmente estaba a punto de permitir la entrada de la Muerte en el mundo? Pero sin el fluir de la corriente, supuse que un lío de cables no podía ser un obstáculo.

Ralph percibió mis dudas.

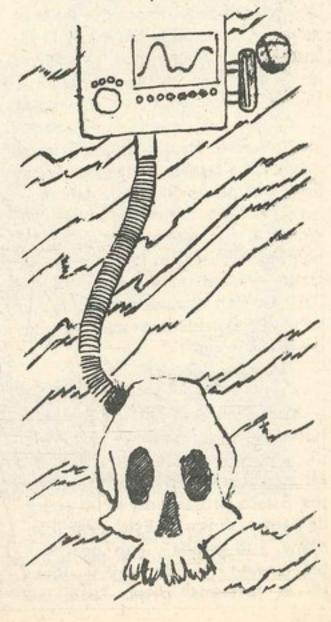
— i Estúpido, la tengo atrapada! —gritó en mi cara desde el otro lado de los cables. Los podría haber roto a la fuerza, pero aun a esa altura de los acontecimientos no tenía ningún deseo de dañar parte alguna de su invención.

-De cualquier forma, no está aquí. No en este "aquí". Sigue en la tercera reflexión, iy la tengo atrapada allí!

¿La tenía? ¿Realmente la tenía? ¿O era el dolor, tan profundamente metido en sus nervios arrancados y en sus falanges descubiertas lo que lo hacía pensar que la tenía? ¿Estaba sintiendo la pelea en la forma en que un amputado sigue sintiendo un intenso dolor en el miembro seccionado? Mientras continuaba removiendo el aire y mordiéndose los labios, no pude creer que fuera de ese modo. Los reflejos se habían ido, adonde quiera que se van los reflejos cuando desaparecen, pero la reflexión de su mano seguía agarrando a la Muerte allá, imitando la forma y la posición de la real.

Me quité la llave del cuello, haciendo saltar la cadena en el apuro. Le fallé a la cerradura varias veces hasta que la pude introducir y abrí.

Empujé la puerta. Ralph se arrastró afuera y se quedó de pie allí, el brazo estirado y su mano cerrada,



vacía, con el triunfo y el tormento en su rostro.

Ya han pasado tres días. Ralph no ha pegado un ojo. Dudo de que la pueda dejar ir ahora aunque quisiera. Su mano y la Muerte están muy entremezcladas: las garras incrustadas en los huesos, los huesos ligados a las alas. Su mano se mantiene encorvada como las de los artríticos, incapaz de flexionarse, pero, en apariencia, perfectamente sana. "Calambre histérico" es el diagnóstico de la Dra. Sezepanski. No cree en lo que vo vi. Swami Ananda tampoco. Saben que no existe una cosa como la Muerte, y la filmación únicamente muestra a Ralph en la jaula, solo, de pronto erguido y moviendo las manos en el aire vacío.

Ahora estov con él en su oficina. Es de noche. Muchas defunciones se producen a las tres de la madrugada: ése es el punto letal que separa la noche del día, la hora de la desesperación, el nivel más bajo de los ritmos corporales. Ahora es la una y media. Ralph se mantiene hundido en su silla, despierto a causa del dolor, con su mano agarrotada descansando sobre el escritorio.

-Lo viste, Jonathan.

-Lo vi, sí.

Mary Ann cree que me auto-hipnoticé de tanto mirar por el periscopio en aquel cuarto de reflexiones. Mi atención se desvió hacia los espejos. Estaba virtualmente en un estado de pérdida sensorial. Estaba alucinándome, a lo grande y con toda libertad, cuando Ralph se irguió y comenzó su fantasmal pelea. Tenía una

mancha en mi propio ojo. Le dí una vida irreal - igual que Ralph, hundido en un profundo trance, sintiendo la sangre bombeada por su corazón, viendo esa sangre corporizada en el aire con la forma del gallo, del murciélago, de la polilla de la muerte.

-- Ahora me crees, Jonathan, ¿verdad?

-¿Creer? Lo sé.

Así que Ralph está sentado frente a mí, sosteniendo a la Muerte en el extremo de su brazo extendido. ¿Por cuánto tiempo? ¿Cuando la Muerte logre escapar al fin de él, volará a cualquier otro lado, o vendrá directamente hacia aquí? ¿Llegando a su meta, para colgarse de la mano real cuyo reflejo la tiene acorralada, cautiva en el reino de las reflexiones?

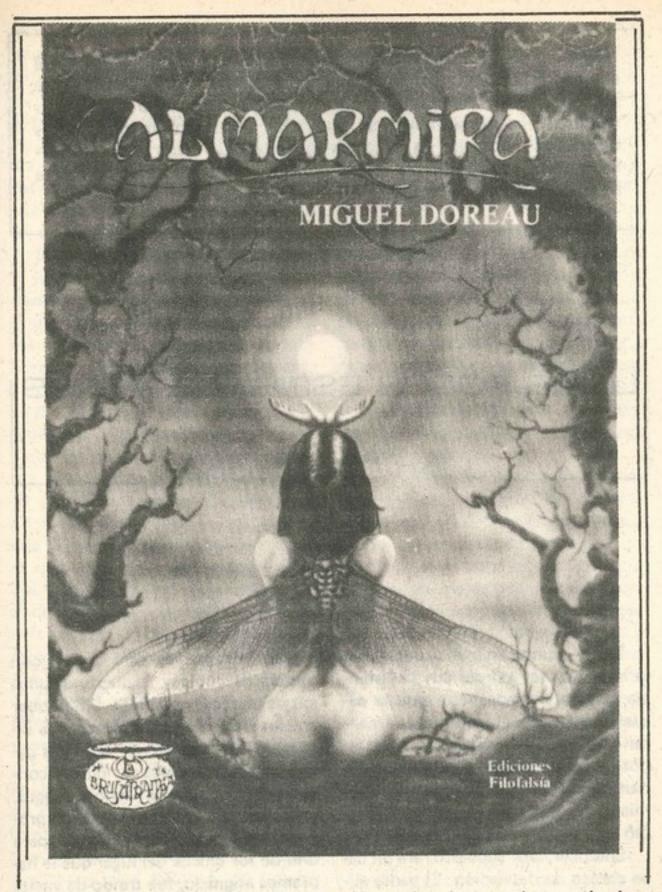
-Siento como si mis huesos se estuvieran separando de mí -qime Ralph. Pero tal vez no es así en absoluto-. Esta mano aún es sólida. IOh. mi carne tan, tan sólida! Pero no puedo verlos: mis otros huesos. Sólo siento. iDios, lo que siento!

-Déjala ir. Abre tu mano.

-No puedo, Jonathan. No puedo. Son las dos menos cuarto. Afuera, la ciudad están tan quieta como un sepulcro. Noche silenciosa: Ralph está demasiado cansado como para gri-

Juntos, esperamos.

Título original en inglés: "A cage for death" (c) by OMNI Pub. Corp. 1980 Traducción de Cecilia Polisena



He aquí la historia del Pez a su llegada a Almarmira. Aparecerá en septiembre; pero antes habrá una oferta especial para quienes posean la colección completa de PARSEC.

Algunos memoriosos deben recordar "Un arma salida del sueño" (Planeta). Otros (indiscutiblemente con más años que memoria) tal vez hayan leído "La expulsión" (o "El lanzamiento", como se llamó en Más Allá). John Christopher no es demasiado popular (a pesar de la novela La muerte de la hierba) y con "Unos pocos espíritus afines" hasta es posible que se gane algunos enemigos.

## UNOS POCOS ESPIRITUS AFINES

John Christopher

En el mundo animal, así como en el humano, hay esferas cuya existencia es insospechada hasta que la casualidad levanta el velo que las mantenía ocultas. Una de estas esferas, por lo que sé, era el mundo del perro homosexual. Yo sólo tuve conocimiento de él cuando Shlobber irrumpió en mi vida.

Shlobber, por supuesto, era un caso clásico de desviación. El padre ausente (admitido como una norma entre los perros) y sobre todo una madre posesiva y dominante. Ella era

blanca y negra, de tipo terrier, con mezcla de collie y spaniel y algunos extras menos notables, y Shlobber era un fruto de su única cría. La intención era librarse de todos los cachorros derivándolos a hogares convenientes y esto, de hecho, se logró. Shlobber, sin embargo, habiendo probado ser demasiado bullicioso para uno de los chicos del lugar que le habíamos asignado, fue traído de vuelta junto con las excusas. Sólo transitoriamente, pensamos, pero de alguna manera se quedó. La madre se había

marchado para ser castrada, y volvió alegremente encontrando a su rubio hijo aún en escena, y se lanzó a esa carrera de afectividad agresiva y predadora que determinó y caracterizó su relación. Hora tras hora, día tras día ella le ladraba y le tiraba mordiscos y lo derribaba brutalmente. Y él, por su parte, de cierto modo rencoroso, sentía devoción por ella.

Su perversidad emergió más tarde y la primera aparición se produjo cuando la perra del otro lado de la ruta entró en celo. Ella era, desde el punto de vista humano, una criatura horrible, desaliñada, color mostaza, pero era evidente que para los perros estaba dotada de una seducción excepcional. Aparentemente, vinieron desde los más remotos rincones de la isla, provocando una estampida al pasar por nuestro jardín. Shlobber, que a los dieciocho meses era más grande que su madre, retozaba con ella sobre el césped, indiferente a todo esto. Por lo tanto, no me sorprendí demasiado cuando, unas pocas semanas más tarde, lo encontré solito y haciéndole coqueterías a un boxer macho.

Después de eso la pauta quedó establecida firmemente, pero yo seguía pensando que era una cosa excepcional. Así quedó todo hasta que un día en la playa cayó entre una pandilla de perros vagabundos. Había un labrador de aspecto nervioso, una criatura delgada y blanca con una cabeza graciosa y ojos saltones, un spaniel panzón y un ejemplar peludo, de color gris amarronado, cuyo origen no fui capaz de adivinar. Shlobber los reconoció como sus almas gemelas inmediatamente, y se fue a retozar con ellos por la arena. Lo llamé con un silbido, y vino lentamente y a disgusto. A la tarde desapareció y no volvió hasta bien avanzada la noche. Seguía siendo devoto de su madre cuando estaba en casa, pero desde ese momento, y cada vez con mayor frecuencia, tomó la costumbre de hacer excursiones por su cuenta. Un par de veces lo vi en la playa, con la misma banda. Estaban a cierta distancia, y preferí dejar las cosas así. No tenía interés en demostrar que lo conocía cuando andaba en semejante compañía, y creo que él sentía lo mismo. No hay duda de que eran, en un sentido específicamente peyorativo, una pandilla extraña.

La comprensión posterior -y más perturbadora- llegó un día de verano, en que vo había ido a la playa a pensar en un delicado problema surgido en una historia que estaba escribiendo. Mi mente generalmente funciona mejor en posición horizontal, de modo que me tendí en la arena y concentré toda mi energía cerebral en la labor. Pero los personajes que me estaban dando trabajo eran imposibles y opacos y, arrullado por el sol y la oleada de las radios a transistores, me quedé dormido. Cuando desperté, fue a causa del ladrido familiar de un perro... Shlobber, concretamente. Abriendo los ojos, vi que la banda estaba a no más de veinte metros de distancia. Estaba a punto de cerrarlos de nuevo, con desagrado, cuando algo en el balanceo del spaniel panzón me llamó la atención. Lo

miré detenidamente y pensé en Birkinshaw.

Como suele suceder, el primer reconocimiento trajo otros. El blanco
delgado... ¿Andrew Stenner, tal
vez? Los ojos, ahora lo notaba, eran
inconfundibles. Y aquella cosa gris
amarronada con piernas demasiado
cortas para el cuerpo... iPeter Parsons! El labrador tenía la complexión
sólida y sin embargo afeminada que
yo recordaba en James de Percy. Entonces, me pregunté, ¿quién era
Shlobber? Y, de paso, ¿dónde estaba?

Todavía medio dormido, miré a lo largo de la playa. Allí estaba, muy bien, y con un perro que yo nunca había visto antes. Una especie de perro lebrero, con manchas marrones y blancas. Era más frágil y más pequeño que Shlobber, pero estaba tirándole mordiscos a los talones, con un enojo justo y vicioso. El enojo del traicionado, no solamente en la amistad sino también en el arte. Jonathan Blumstein, para la vida, o más bien, pensé confusamente, para la muerte.

Mi mente se retrotrajo a los viejos días, a Fred Astaire y Ginger Rogers, a Munich, a las trescientas representaciones de la Hutton en el Oval, a una muchacha Ilamada Gwen. Y, sobre todo, al decorado dorado y marmóreo del Buckingham. Supe quién era Shlobber.

En 1938 yo tenía un padre indulgente, el hábito de abrirme mi propio camino, y grandes ambiciones, especialmente en relación con las artes. Era alumno externo de un renombra-

do colegio de Londres y había decidido que, en lugar de ir a Oxford en el otoño, me convertiría en escritor. Yo había escrito algunas cosas para una revista escolar, pero por entonces todas esas trivialidades habían sido abandonadas. Me había propuesto escribir la novela contemporánea definitiva, que sería severa e ingeniosa, a la vez que profunda y omnímoda. Sentía que mi experiencia y mi intuitiva comprensión eran el noventa por ciento de lo que necesitaba para lograrlo. El diez por ciento restante había que adquirirlo. El Buckingham, pensé, famoso en todo el mundo como la Meca de los literatos, era el mejor lugar para empezar.

Yo parecía mayor de lo que era, v había sido criado en un ambiente en donde las bebidas y los restaurantes se daban por sentados. De cualquier forma, me puso un poco nervioso caminar a través de aquellas espirales de humo de cigarro, tomar asiento frente a una de las mesas de mármol en donde Whistler producía habitualmente sus bocetos y le pedía un Pernod al mozo anciano y retorcido que muy probablemente le habría servido champagne a Oscar Wilde. Habiendo llegado tan lejos, mis reservas estaban exhaustas. Me senté, tomé mis lentes y miré despreciativamente a mi alrededor. Todos parecían viejos y ricos y distinguidos. Y acompañados. Solamente vo estaba solo.

Consciente de mis fallas sociales, me refugié en el arte. Llevaba conmigo una pequeña libreta con tapas de cuero en donde anotaba observaciones, descripciones, frases que de otro modo se perdían; la extraje y comencé, a la defensiva, a escribir en ella. Mi auto-suficiencia volvió. Tomé mi Pernod y me lancé a una breve pero escandalosa biografía imaginaria de la mujer obesa cubierta de diamantes que estaba del otro lado del local. Absorbido por esto, sólo levanté la vista cuando una figura se interpuso entre la luz y yo. Vi a un hombre delgado, de ojos saltones y rostro pálido pero cálida sonrisa. Asintió benignamente con la cabeza.

-Un maestro entre nosotros, tomando notas.

Lo reconocí, no por su cara sino por el acento cadencioso de los Highlands. Andrew Stenner era una personalidad pública en aquellos días previos a la televisión, un gigante de la radio. Además, un bon vivant y un hábil acuarelista.

-Eres un escritor, me imagino -dijo-. Ven y conoce a Birkinshaw. Necesita que le recuerden algunas cosas... la muerte y las generaciones más jóvenes.

Era un hombre de fuertes impulsos, que muchas veces actuaba por obra de ellos. En este caso la motivación era mitad amable mitad maliciosa. Era muy perceptivo y había visto, creo, mi aislamiento y mi timidez, y se había compadecido. Además, Birkinshaw, entonces en la cumbre de su fama como novelista, tenía un miedo y una envidia muy enraizados hacia los escritores jóvenes, que Stenner se divertía en explotar. Dejó de lado mi leve vacilación, tomó firmemente mi brazo y me llevó a unirme con los otros.

Allí estaban todos, aquella primera noche. Birkinshaw, Parsons, de Percy, Blumstein y Redehead, Peter Parsons luciendo desaliñado, el pelo largo y salvaje, la mirada penetrante fija en la nada, o en la memoria de alguna de esas pantallas cinematográficas frente a las cuales pasaba tanto tiempo, preparando su autoritaria participación en la película. James de Percy, un grabador de piedra, el cuerpo grande, las manos sorprendentemente delicadas. Jonathan Blumstein, pequeño y nervioso, de cuello flaco y huesudo detrás de su corbata en forma de lazo, hablando, hablando y hablando. Y David Redehead quien había sido rubio y agraciado y por entonces tenía escaso pelo y un



aire fracasado, escuchando todo lo que decía Jonathan.

Mudo, me senté todavía con más calma de la que él aparentaba. Bajo la mirada ceñuda de Birkinshaw tomé el champagne —su última novela había sido premiada por la Comunidad Literaria y era la Elegida por la Sociedad del Libro, y estábamos celebrando este hecho— y tuve conciencia de estar en compañía de artistas distinguidos. A la mañana tenía Verso Latino, y no lo había preparado. Pero se vive para el momento, y en ese momento yo saboreaba la Vida.

Más de veinte años después, sentado y mirando hacia el mar desde una de las islas del Canal, pensé en aquellos días. Hacia el final de la velada, Birkinshaw había decidido que yo era novato y respetuoso, inédito y sin probabilidades de ser editado por algún tiempo más. Se volvió más amable conmigo y, cuando unos pocos días más tarde volví al Buckingham, él fue quien me llamó. En los meses siguientes me convertí, si bien no en un miembro aceptado del grupo, al menos en una suerte de mascota: tolerado, estimulado, ocasionalmente autorizado a pagar una bebida. Reunido con Peter Parsons en el funeral de Birkinshaw, un día tormentoso de febrero cuando estaba por terminar la guerra, hice un comentario sobre esto, y él se deshizo el cerebro componiendo cuadros artísticamente cinematográficos de la ceremonia hasta arrojarme una explicación.

-Lo mismo de siempre. -Usaba frases recortadas y oblicuas-. Podrías haber sido... algo... algún día. Para escribir acerca de ellos. Boswell. —Gorgoteó una risa amarga—. Para cinco Johnsons apolillados.

Presumiblemente excluyó al sexto. La gran labor nunca había sido completada, y la última vez que vi su nombre había sido en la tapa de un folletín mal impreso lleno de figuras vellosas, muchas de ellas referidas al desnudo femenino. Una triste decadencia.

Tanto para ser aceptado. El reverso de la moneda me sumió hasta cierto punto en la confusión. La conversación de todos ellos, aparte de ser inteligente, era completamente liberal, y no me tomó mucho tiempo darme cuenta de que lo que había oído rumorear de Birkinshaw y Blumstein era verdad: pertenecían a la masonería, que viene después de los Católicos Romanos y codo a codo con la Standard Oil. A la espera de ser convencido, yo ya tenía lista mi humilde negativa. Pero no pasó nada por el estilo. En aquel momento lo atribuí a mi propia pureza interna. Más tarde, sin embargo, adiviné la verdadera razón. Las cualidades que, entre los de su propio sexo, les interesaban, eran la belleza y la inteligencia. Mirando hacia atrás entendí, con tristeza, que vo había fallado con respecto a ambas.

Cualquiera que haya sido el asunto en el pasado había, en concreto, sólo un vínculo sexual dentro del grupo. Blumstein y Redehead habían vivido juntos a lo largo de una década y media en la casa de Blumstein en Cheyne Walk y su relación había tomado las características de algo parecido a un matrimonio estabilizado y medianamente exitoso. Blumstein tenía dinero y algún talento; había publicado tres volúmenes de poesía que, aunque comercialmente fracasados, le habían dado cierta reputación. Redehead venía de una familia pobre y todo lo que tenía a su favor eran una veintena de pequeños escritos publicados en pequeñas revistas. Belles lettres en su máximo valor. Había sido editado un delgado volumen con ellos, a expensas de Blumstein.

Pero quince años antes, cuando se conocieron, Redehead tenía algo más: belleza física. Había sido de esta cualidad de la que Blumstein, un hombrecito poco agraciado, se había quedado prendado. Y no duró mucho, a principios de los años treinta, Redehead se estaba volviendo vulgar y gordo, y había empezado a perder su dorado cabello. El final, según los cínicos, estaba cerca. Blumstein lo haría a un lado y se instalaría con un compañero más joven y hermoso. No fue así. Blumstein, tal vez, era menos respetuoso, más condescendiente de lo que había sido; pero se mantuvo fiel a su arruinada pareja, y a la memoria de su esplendor. Y Redehead, por su lado, le tenía gratitud y devoción. Nadie podía reconocer haberlos visto separados en público.

Como si el pasado no hubiera sido lo suficientemente exuberante, de la radio más cercana surgió "La Noche es Joven"; con guitarras eléctricas y un cantante con voz de cargador de carbón, pero todavía reconocible. Los perros iban por la playa a toda

velocidad hacia el norte, con el spaniel gordinflón, Birkinshaw, balanceándose diez metros más atrás de los demás. La canción era Alicia, que había venido después de Gwen y más efectivamente. Y Birkinshaw...

Fue aquella noche en que llegué tarde al Buckingham, después de haber esperado una hora y media que Alicia se presentara para cumplir con una cita, y lo encontré sumergido en una de sus peroratas más pomposas. Herido y enojado y cínico, ocupé mi lugar, y Blumstein le hizo una seña al mozo, y Birkinshaw había continuado y continuado y continuado. Estaba hablando acerca del Tiempo, dando la impresión de que lo había descubierto incluso antes que Jack Priestley. Era la mayor ilusión y la realidad final a la vez. Lo que había sido, sería. Todo lo que podíamos ser y amar y sufrir, ya lo habíamos sido y amado y sufrido en el pasado. Habíamos andado por el mundo y andaríamos nuevamente.

-Los espíritus afines se encuentran unos a otros -dijo-. Nos hemos sentado a tomar vino juntos bajo los cielos azules del Atica, celebrando las noticias de Maratón. Un día, tal vez, nos sentaremos en la luna, bañados en la luz de plata de la tierra, tomando champagne marciano.

Mi hartazgo, intensificado ya por la crueldad de Alicia, se erizó. No este espíritu, pensé, y me levanté bruscamente mientras Birkinshaw seguía, y me fui.

Fue una revulsión temporal, provocada por mi propia aflicción hete-

rosexual, y si no hubiera sido por un par de cosas probablemente hubiera vuelto a la semana siguiente. Estas cosas eran la sensación de embarazo causada por mi abrupta y descortés partida y, sobre todo, un suavizamiento de parte de Alicia. Durante todo aquel invierno fui su esclavo feliz y desgraciado, sin tiempo ni energías para dedicar al Buckingham o a la literatura. Mis lecturas se limitaban, febrilmente, a la lista de eventos sociales que satisfacían el voraz y veleidoso gusto de mi pareja. No vi el anuncio de la muerte de Blumstein. Accidentalmente, en cambio, encontré la noticia acerca de su testamento cuando mi vista, sumergida en la lista de espectáculos teatrales de The Star, se deslizó a la página siguiente. Había dejado un patrimonio considerable -arriba de los cincuenta mil, una vez descontados los impuestos. Había algunos legados pequeños, para sirvientes y cosas así. Aparte de esto, todo había quedado para su viejo amigo y compañero, David Redehead. Con juvenil insensibilidad, le deseé mentalmente suerte en su viudez y retorné al más importante trabajo de encontrar un espectáculo que pudiera convencer a Alicia para que me permitiera llevarla.

Mi obsesión por Alicia cambió con la primavera y esta vez decisivamente. Conoció a un Comandante R.N. y se casó con él en un mes. Pienso que la rapidez de este hecho, después de su prolongada afición hacia mí, fue un golpe terrible para mi vanidad. Ciertamente, me lo tomé mal. Sumergido en mi miseria, volví al Bucking-

ham y los encontré, con excepción del difunto Blumstein, en sus lugares habituales. Me recibieron con cortesía y amabilidad, pero sentí un cierto constreñimiento -el constreñimiento, tal vez, con que la jauría de Shlobber podría haber recibido a un perro que los ha abandonado para seguir a una perro en celo. Yo había marcado la diferencia, mi exclusión de la compañía de los espíritus afines. lo había hecho con indecorosa franqueza. Noté que Birkinshaw silbaba más, que Parsons estaba adquiriendo un tic nervioso, y que Redehead, en la plenitud de su riqueza y su duelo. lucía diez veces mejor, más feliz y más seguro. He visto el cambio que se produce en las viudas muchas veces desde entonces, pero aquella fue la primera. Pensé en Alicia como en una viuda, su Comandante hundido con el barco, en su delicada piel y su pelo sedoso y rubio contra el satén negro, y me sentí arruinado. Aburrido, aguijoneado por el deseo y los celos, me excusé brevemente y me fui.

Pasó un año antes de mi siguiente visita, y fue en uniforme. Había sido enrolado en la Artillería Real en abril y en junio fui destinado al comando de una batería antiaérea en Hyde Park. No me importaba demasiado lo que era, para mí, la histérica y recatada actitud heroica de Londres en el verano de Dunquerque, y enfilé hacia el Buckingham como quien va hacia un depósito de los valores más permanentes. Los encontré a todos allí y, como en aquella primera ocasión, celebrando el éxito de un libro. No de Birkinshaw, sino de Redehead.

Había sido publicado dos días antes, un lunes, y maravillosamente criticado el día anterior en los dos suplementos dominicales de mayor categoría. (Yo no los vi porque había dormido todo el día, como consececia de dos noches de ejercicios y una inspección ministerial en el medio.) Y estas críticas habían sido tan efectivas como laudatorias. Redehead había almorzado con su editor aquel día en el lvy y éste le había dicho que las ventas eran, para un libro de este tipo, soberbias. Belles lettres otra vez, pero belles lettres exitosas, belles lettres ante las cuales los conocedores se sacaban el sombrero. Redehead estaba abrumado con su triunfo, pero hacía un indudable esfuerzo por parecer modesto. Tomamos Krug del 33, brindando por su éxito y deseándole buena suerte, con ebria y en mi caso genuinamente feliz buena voluntad. Aún en mi juventus yo tenía suficientes premoniciones acerca del futuro como para encontrar exitosa la historia de la Cenicienta después de largos años de fracaso, uno de mis temas favoritos.

Un par de días más tarde me compré el libro y lo leí en nuestra siguiente noche de paz. Era lo que se llama el precursor de La Tumba Inquieta de Cyril Connolly, una serie de fragmentos de la Vida, vagamente unidos pero ásperamente continuos, sobre la Condición Humana, reforzados con máximas y epigramas y trozos de poesía. Como Connolly con su aburrida y anhelante desesperación hacia el final de la guerra, este libro, impaciente por un cambio optimis-

ta en la propia cara de los dioses más temibles, galantemente falso, reflejaba y hacía eco a su tiempo. Redehead realmente lo había logrado. Era, a fin de cuentas, un león.

Después de eso los vi ocasionalmente, pero el tiempo y la mortalidad fueron rompiendo el círculo encantado. Stenner falleció de una coronaria, unos minutos después de terminar un suplemento para el noticiero de las nueve. Tres años después, en Italia, me enteré de la muerte de Redehead, ocurrida cuando una bomba destruyó el elegante edificio de Hampstead donde se había mudado después de vender la casa de Chelsea. Finalmente, de vuelta en Londres para el último horrible invierno de la guerra, tuvo lugar la muerte de Birkinshaw. Le pregunté a Parsons por de Percy, el único del grupo que faltaba. Esclerosis múltiple, me dijo, y no mucho tiempo más de vida. El mismo murió dos años después, creo que de frustración.

Nunca más he vuelto al Buckingham desde entonces.

Pensé en todo esto mientras volvía de la playa, y mientras lo hacía, la fantasía inicial me iba pareciendo más y más ridícula. Para cuando Shlobber volvió, una hora después, tenía decidido que todo había sido una alucinación, un efecto del sueño y del sol. Pero noté que había vuelto más temprano que de costumbre y que en lugar de abalanzarse sobre su comida, como solía hacerlo después de una tarde con sus compañeros, se alejó de ella. Parecía nervioso y mo-

lesto, como si estuviera esperando que apareciera el perro lebrero ladrando a sus espaldas en cualquier momento. Cuando me fui a leer, me siguió. ¿En busca de protección?

Bajé el libro y dije: - Redehead. -Sus orejas se irguieron, y lentamente volvieron a bajar. Se puso a mirar mi zapato con aire miserable-. Lo sé todo -le dije-. No sólo quién eres. sino lo que ha pasado. Tendríamos que haberlo adivinado, por supuesto, pero fue el asunto de las belles lettres lo que nos engañó. Blumstein tomando posesión incluso del campo de tu propia lastimera actividad. ¿Lo descubriste antes de que él muriera? ¿O hallaste el manuscrito entre sus pertenencias? ¿Cómo murió él, Redehead?

La cabeza se irguió fugazmente. los ojos marrones me miraron desde encima del hocico y luego bajaron la vista. Una ordinaria actitud perruna, se podría decir. Afortunadamente tenía toda la casa para mí.

-- El asunto es que lo encontraste y lo publicaste bajo tu nombre. Aque-Ilo hubiera sido para Blumstein mucho más grave que una cosa tan ínfima como ser asesinado. Robaste su gran obra, Redehead. Y ahora que él te ha encontrado de nuevo, va a hacer que pagues por eso.

Shlobber se levantó v comenzó a abandonar el cuarto. Era una bestia inquieta, infeliz en todos los aspectos, y normalmente yo hubiera pensado en esta característica. Pero lo seguí a la cocina, y me detuve frente a él.

-Lo más gracioso -dije--, es que después de todo no era un buen li-



bro. Era un libro fútil y pretenciosamente tonto, y cuando la gente bajó de la luna, lo vio tal cual era. Lo máximo a lo que puede aspirar es a una nota de pie de página en la historia de la literatura. Blumstein aun es recordado como un buen poeta menor. Redehead pasó a la posteridad como el hombre que escribió el engreído equivalente a Vamos a Colgar Nuestros Trapos Recién Lavados en la Línea Sigfrido.

Shlobber salió -miserablemente,

pensé, pero él solía lucir miserable. Faltó un día y luego me llamaron de la Sociedad de Ayuda al Animal. Lo habían llevado muerto, después de que lo hubiera atropellado un coche que no pudo frenar. Les pregunté si lo podrían enterrar y dijeron que sí.

¿Se había arrojado bajo las ruedas del auto -me pregunté-, desesperado? ¿O había sido llevado hasta ellas por el vengativo lebrero/Blumstein? ¿Suicidio o asesinato? Después de todo, tenía tanta noción de la calle como un rinoceronte.

Pasaron los años, un poco rápidamente, y Shlobber y mis teorías acerca de él fueron arrinconados en un compartimiento de mi mente y allí juntaron polvo. Tengo hijos que están creciendo, y el pasado es ahora menos interesante que el presente. Pero hace poco una de mis hijas decidió que quería otra ave de corral, y fui con ella a la Granja Avícola a comprarla.

Había muchas gigantescas aves de aire libre, y el propietario tenía una red en el extremo de un palo largo para atrapar al pájaro que ella eligiera. Conocía bien a sus aves y daba generosos consejos para ayudarnos. Cuando ella se decidió por un pájaro malva, le dijo:

-Como prefiera, señorita. Pero ése es un gallo.

Ella asintió: -Lo sé. Por la cresta. -Una gallina es mejor para estar sola.

-Pero no es para estar solo. Yo ya tengo una gallina. Quiero que tengan cría.

-Bueno -dijo él-. Yo no elegiría

ése. Pasemos a la próxima jaula. Ahí tengo algunos buenos.

Cuando ella se fue, dijo:

-Sabe, es gracioso, hay algunos gallos que son inútiles para tener cría. No están interesados en absoluto en las gallinas. Se pasan el tiempo con otros gallos. -Sonrió, sacudiendo la cabeza-. Raro, dirá usted.

Miré al pájaro malva. Una especie de bulto en la formación de los hombros. ¿De Percy? Había un grupo de ellos en un rincón de la pajarera, amigablemente posados en la rama que sobresalía de un árbol sin corteza. Uno delgado y blanco. ¿Stenner? Un pájaro esmeralda con aire desarreglado y androjoso, y una presuntuosa y obesa criatura color verde savia. ¿Parsons? ¿Y Birkinshaw?

Busqué a los dos que faltaban, pero no los vi. Luego hubo un ramalazo de color a través de la pajarera, un aullido de vuelo y persecución... Uno pequeño, gris azulado, persiguiendo a uno amarillo con un atisbo de calvicie en la cabeza.

-Esa es otra -dijo el propietario-. La forma en que un pájaro se la puede tomar contra otro, sin ninguna razón aparente. Esos dos, por ejemplo. El azul hace que el amarillo lleve una vida de perros.

Al menos, se los ve más lindos de lo que eran.

Título original en inglés A few kindred spirits (c) 1965 Mercury Press Inc. Traducción de Cecilia Polisena

No nos remuerde la conciencia por insistir con Leiber. El veterano autor de Conjure wife, "Vamos a probar suerte" y del reciente The ghost light nos involucra con una caravana que quizá influya en sus próximas pesadillas.

### LA GRAN CARAVANA

Fritz Leiber \_\_\_\_

No sabía si había llegado a ese sitio de locos en cohete, en burlaespacios, en torcetiempos o incluso a pie, tan fatigado me sentía. Había perdido la memoria.

Cuando me desperté vi sólo el desierto alrededor, y el cielo gris y opresivo como el techo de una enorme habitación. El desierto... y la gran caravana.

Dejé inmediatamente de preocuparme por la memoria y eché un vistazo rápido a mis pantalones para asegurarme de que era un ser humano.

56

Esos, digamos, animales avanzaban en hileras de aproximadamente cuatro, describiendo una línea irregular que salía de un extremo de la nada y se perdía en el otro, pasando por delante del agujero rocoso donde estaba vo. Fuera cual fuese su destino, parecían haber salido de cuanto lugar uno pueda imaginar, y quizá de todas las épocas. Los había grandes y pequeños; algunos eran como niños, y otros muy diminutos. Unos pocos caminaban sobre dos pies, pero más eran los que caminaban sobre seis o

sobre ocho; otros serpenteaban, rodaban, fluían, aleteaban o saltaban. No sabía si los que volaban bajo eran o no parte de la caravana. Los había con escamas, con plumas, con brillantes armaduras de escarabajo o piel de diseños imaginativos, como las cebras; algunos llevaban trajes transparentes que contenían aire u otros gases, o agua u otros líquidos, aunque algunos de esos trajes estaban hechos para una docena de tentáculos y algunos carecían de piernas. Y juraría que ese trajín (para escoger una palabra que describa todos los tipos de movimiento) se parecía más a una danza que a una forma de caminar.

Eran demasiado diferentes entre sí para ser un ejército; tampoco eran refugiados, pues ningunos refugiados danzarían y tocarían música, aunque caminasen sobre dos o más pies y tuviesen voces e instrumentos tan extraños que uno no pudiese diferenciar las unas de los otros. Su confusa variedad hacía pensar en una estampida provocada por algún espantoso desastre, o en una huida hacia algún arca salvadora, pero no notaba en ellos pánico, ni tampoco una intención solemne. Simplemente avanzaban, alegres. Y si fuera un desfile de circo, como podría pensar cualquiera viendo que eran animales, y algunos vestidos de un modo extravagante, ¿quién dirigía el espectáculo, y dónde estaban los guardianes o los espectadores, aparte de mi presencia solitaria?

Tendría que haberme asustado de esa horda de monstruos, pero no fue así; me puse de pie detrás de la

roca por sobre la cual había estado espiando, y eché una última ojeada alrededor, buscando huellas o marcas del aterrizaje, o vórtices causados por la torsión temporal o alguna señal que me aclarase la forma en que había llegado a ese sitio, y luego me encogí de hombros y empecé a bajar hacia la caravana.

Las bestias no se detuvieron ni echaron a correr, no escaparon ni vinieron a capturarme o a escoltarme; continuaron avanzando sin alterar el ritmo, pero un millón de ojos calmos se volvieron hacia mí, desde las puntas de tallos tejidos o desde las profundidades de cavernas óseas; al acercarme, una cosa oscura que rodaba como un neumático suelto, con ojos verdes en el centro inmóvil, aceleró un poco, y un pulpo de color ópalo en un pulcro traje repleto de agua contuvo un poco la marcha, haciendo espacio para mí.

De pronto me encontré avanzando tranquilamente en la caravana, pensando cómo hacía la cosa rodante para no caer, y por qué el pulpo movía las patas de tres en tres, y cómo tantos modos diferentes de movimiento podían someterse a una armonía tan definida, como la de los instrumentos en una banda. A mi alrededor subía y bajaba un murmullo de idiomas incomprensibles, y un irisado río de colores, tal vez una forma de lenguaje para los ojos; el pulpo vestido de agua parecía de vez en cuando una copa de diferentes licores, sacudida por la mano de alguien.

Probé con esos seres las jergas de una docena de planetas, pero nadie me contestó algo directamente: casi llegué a probar el lenguaje terrestre, pero por alguna razón me contuve.

Una especie de pájaro hinchado que flotaba bajo una bolsa de gas adherida al cuerpo se me posó suavemente en el hombro, y me cantó con dulzura al oído, y dejó caer unas sospechosas bolitas negras y luego se alejó subiendo y bajando.

Una cosa que caminaba en dos piernas y que iba más adelante en la caravana volvió danzando hasta quedar a mi lado, y me ofreció un trozo de algo que era lechoso a la luz, y costroso, con un borde irregular. La cosa, de cuerpo esbelto que terminaba en una cresta de plumas violetas, parecía femenina, pero en vez de nariz y boca tenía en la cara un pequeño anillo rosado, y donde deberían estar los pechos había una explosión de pétalos rosados.

Probé otra vez con las jergas no terrestres. La cosa esperó hasta que terminé de hablar, y entonces se llevó el trozo costroso al anillo rosa, que se abrió un poco; luego me lo volvió a ofrecer. Lo tomé y lo probé y era como un queso duro pero escamoso, y lo comí. Asentí con la cabeza y sonreí, y la cosa hinchó los pétalos y trazó un círculo con la cabeza y se volvió para marcharse. Yo casi dije "Gracias, muchacha", porque parecía lo más apropiado pero, sin saber por qué, me volví a contener.

Decidí entonces que la gran caravana me había aceptado, pero a medida que transcurría el día (si es que allí existían los días, recordé) la sensación de acogida no me daba ninguna auténtica seguridad.

No me satisfacía que en vez de comerme me hubiesen dado de comer, y que en vez de ser una discordancia fuese parte de una armonía. Supongo que esperaba demasiado. O tal vez yo estaba descubriendo una extraña parte de mí mismo, y tenía miedo.

Después de todo, no es nada tranquilizador ir en una caravana de animales inteligentes con los que uno no puede hablar, aunque actúen de un modo amistoso y dancen y canten y acaricien de vez en cuando extrañas cuerdas.

No me calmaba la sensación de estar en un sitio que era el mismo tiempo acogedor y tan solitario como las estrellas. Los monstruos que me rodeaban eran cada vez más extraños; dejé de ver sus pequeños matices de personalidad, y sólo les vi las apariencias. Estiré el pescuezo tratando de localizar a la chica de los pétalos rosados, pero se había ido. Después de un rato no lo pude soportar más.

Un tiempo antes habían aparecido ante nuestra vista unas ruinas que recordaban las siluetas de rascacielos tronchados, y ahora pasábamos por delante de ellas, aunque no muy cerca, y a pesar de que el cielo liso se oscurecía y bajaba cada vez más, y a pesar de los distantes destellos de relámpagos y los retumbos de truenos (eso es lo que pienso que eran), giré en ángulo recto y me alejé con rapidez de la caravana.

Nadie me detuvo, y pronto logré ocultarme en las ruinas. Las ruinas más pequeñas me tranquilizaron al principio, y tuve la sensación de que eran obra de mis antepasados. Pero entonces llegué a las más grandes, que eran rascacielos tronchados, y a pesar de eso tan altos que en algunos casos arañaban el cielo chato y oscuro. Por un momento pensé que oía un chillido distante, el chillido de una tiza que se desliza sobre un pizarrón gigantesco; tuve que apretar los dientes.

Me puse a pensar.

Qué habría tronchado esos rascacielos, qué habría pasado con la gente. Empacé a ver cosas oscuras que merodeaban a mi alrededor, apretándose contra los muros derrumbados. Eran más o menos de mi tamaño, pero caminaban en cuatro patas. Comenzaron a seguirme, cada vez más de cerca; cuanto más los estudiaba más me los imaginaba como una variedad de lobos torpes.

Noté que tenían las caras cubiertas de vello, igual que los cuerpos, y que movían las mandíbulas. Empecé a caminar más rápido, y en seguida oí los sonidos. Lo malo era que, aunque esos sonidos estaban a medio camino entre gruñidos y ladridos, yo los entendía.

- -- Hola, Joe.
- -¿Qué sabes, Joe?
- -¿Ah, sí, Joe?
- -Escapemos, Joe.
- Vamos, Joe, vamos, vamos, vanos,

Y entonces me di cuenta del gran error que había cometido al ir a esas ruinas. Di media vuelta y eché a correr hacia el sitio de donde había venido; las cosas oscuras me siguieron



tambaléandose y saltando, tratando de derribarme. Lo peor era que yo sabía que no me querían matar; querían simplemente que me pusiera en cuatro patas y corriera con ellas y ladrara y gruñera.

Las ruinas se habían empequeñecido, pero ya estaba muy oscuro. Al principio temí haberme perdido, y luego temí que el final de la gran caravana hubiese pasado ya. Entonces resurgió un poco de luz bajo el cielo chato, como un resplandor crepuscular, y vi la gran caravana a lo lejos, y corrí hacia ella y las cosas peludas dejaron de acechar a mis espaldas.

Naturalmente, no fui a dar al mismo sitio de la gran caravana, pero eran tantas las similitudes que me asombré. Había otra cosa oscura rodante, pero de ojos azules y pequeña, de modo que tenía que girar más rápido, y otra criatura de muchas patas con un traje de agua, y una chica esbelta con una creta carmesí y una explosión de pétalos anaranjados. Pero la diferencia no me molestó.

La caravana aflojó el paso; el cambio de ritmo me llegó por la hilera como una ola. Miré hacia adelante y descubrí un enorme agujero redondo en el cielo bajo, y a través de ese agujero vi las estrellas. Por allí entraba la caravana, y las criaturas se zambullían una tras otras hacia los parpadeantes puntos de luz suspendidos en la oscuridad.

Contento, seguí avanzando, aunque ya más despacio. A cada lado de la caravana, en el suelo del desierto, veía montones de trajes espaciales diseñados para toda forma imaginable de criatura, trajes que servirían para atravesar sin peligro el vacío de allá arriba.

Llegó por fin mi turno, y encontré un traje adecuado y me metí adentro y lo cerré hasta el cuello y localicé botones de mando en las palmas de los guantes y alcé la mirada. Entonces descubrí que tenía más botones de mando en los dedos, y miré a ambos lados y vi que había tomado de la mano a un pulpo que llevaba un traje espacial de ocho patas sobre el traje de agua, y del otro lado a una chica de cresta negra azabache y pétalos de un gris nacarado también metida en un traje adecuado.

La chica trazó un círculo con la cabeza y yo la imité, y el pulpo trazó un círculo más pequeño con un tentáculo libre; supe entonces que una de las razones por las cuales no había usado el lenguaje terrestre era que yo iba a esperar hasta que aprendiese o recordase los lenguajes de esos seres; además, no ignoraba que los cuadrúpedos peludos que habitaban las ruinas habían sido hombres como yo, y eso despertaba mi odio, pero las criaturas que iban a mi lado eran ahora mis semejantes, y habíamos venido todos a echar una última mirada a una Tierra que se había destruido y a los hombres que se habían quedado en ella y no se habían ido como yo. Ahora yo volvía al espacio, y perdería la memoria, impresionado por la visita a mi degradado planeta ancestral.

Nos tomamos con fuerza de las manos, apretando los botones que teníamos en las palmas; los chorros propulsores se encendieron allá atrás, y juntos nos zambullimos por el agujero suavemente redondeado, fuera de este mundo, hacia las estrellas.

Pronto descubrí que el espacio no estaba vacío, y que los puntos de luz

que pueblan la oscuridad no estaban solos.

Título original en inglés:
"The Big Trek"
(c) 1957, Fantasy House,
(c) 1974, Fritz Leiber.
Traducción de M. D. Prado

Se encuentra abierto el primer CONCURSO de cuentos PARSEC de ciencia ficción y fantasía:

Los participantes deberán enviar una copia de sus cuentos junto con su nombre, domicilio y teléfono (si tienen) a CONCURSO PARSEC, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital Federal.

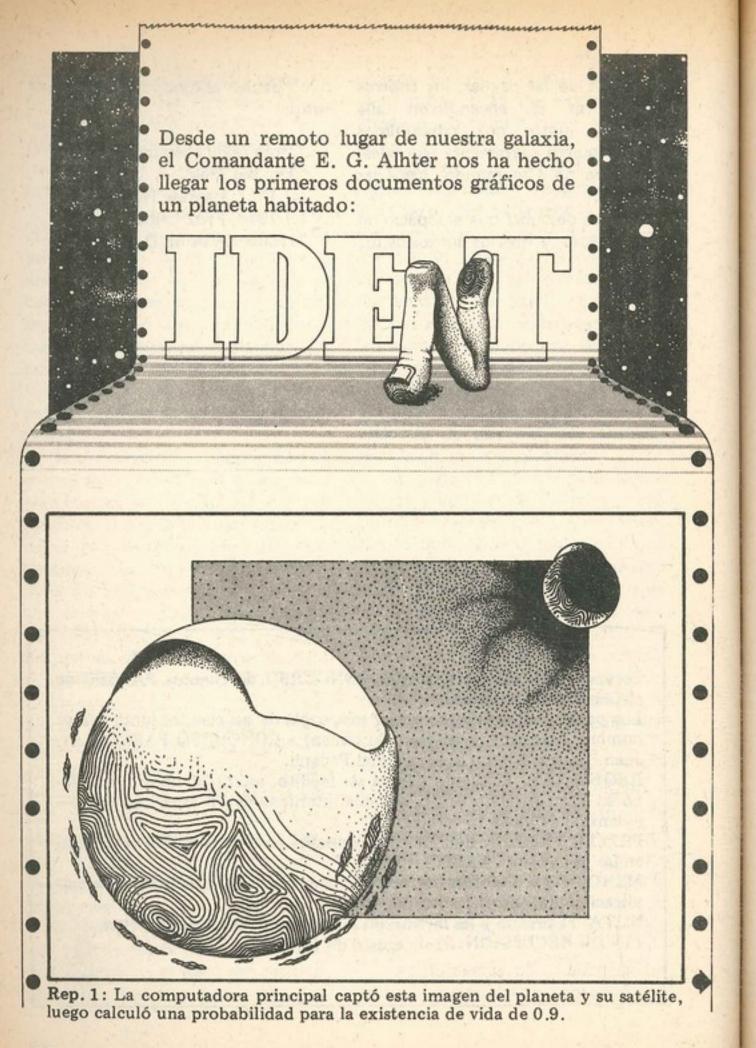
REQUISITOS: El cuento deberá ser inédito, escrito en idioma castellano en hojas formato oficio, a doble interlínea de 70 espacios, con una extensión de hasta 15 carillas.

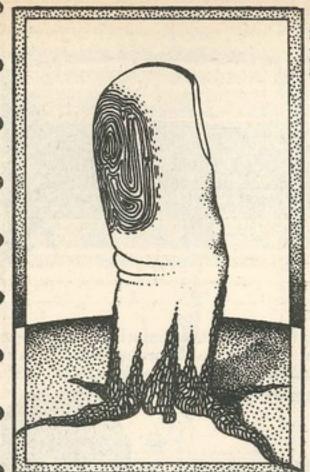
PRIMER PREMIO: Será único y consistirá en la publicación del cuento en las páginas de PARSEC.

MENCIONES: Se otorgarán tres menciones con la posibilidad de su publicación posterior.

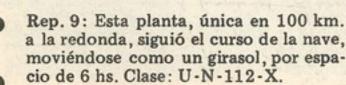
NOTA: El premio y las menciones podrán ser declarados desiertos.

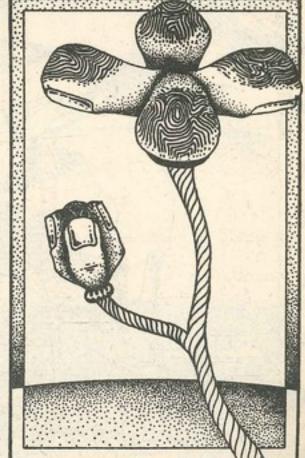
FIN DE RECEPCION: 31 de agosto de 1984.

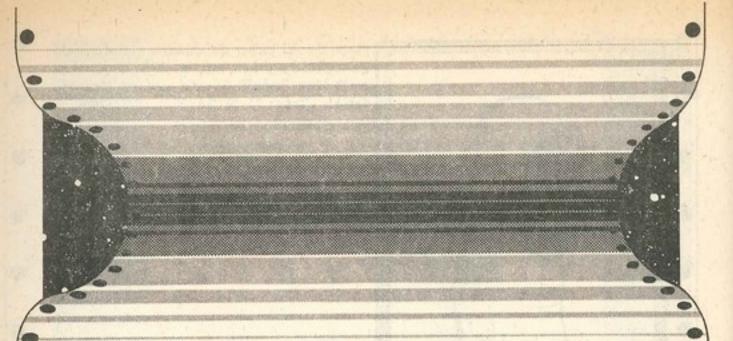




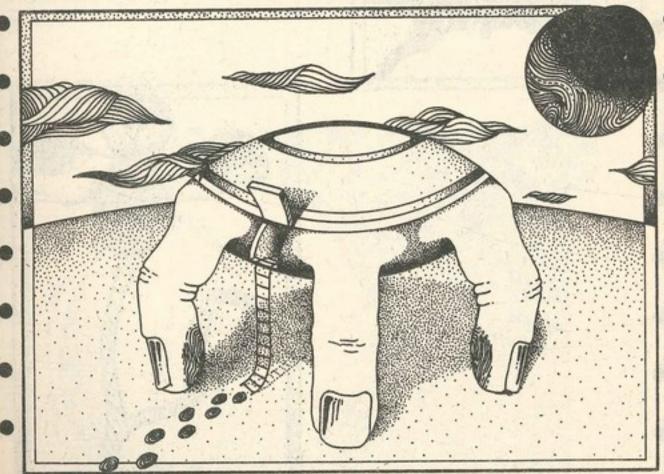
Rep. 6: Al cabo de cuatro semanas de navegación y una vez en órbita, la computadora localizó este nuevo tipo de árbol, Clase: U-N-24-X.



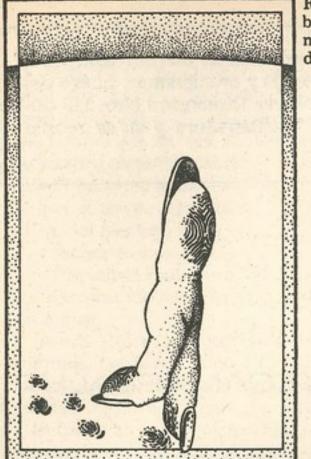




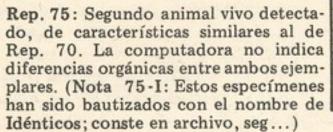
Rep. 61: Después de verificar un alerta, la computadora imprimió esta reproducción de lo que parece ser algún tipo de vehículo; la probabilidad para la existencia de vida inteligente ha sido recalculada dando como resultado: 0.95.

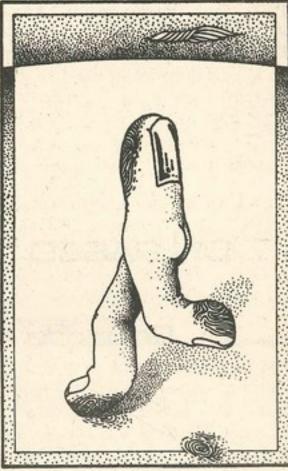


(Nota 61-I: He bautizado al planeta con el nombre de Ident; conste en archivo, según código de navegación planeta madre, 6 ABR 1984, mrdn 8 hprspc.)

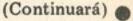


Rep. 70: Luego de varias vueltas en órbita, la computadora principal detectó movimiento e imprimió esta imagen del primer ser vivo animal.





INC: Computadora madre en Tierra informa cese trasmisión y comienza rastreo de búsqueda por SCTR 8 HPRSPC.





Eduardo Abel Giménez (1954) además de escribir compone, toca y graba música, inventa juegos y crucigramas. Luego del precoz "Tan cerca, tan lejos" (Nueva Dimensión Nro. 12) publicó en El Péndulo, Sinergia, Tralfamadore y en su propio fanzine: El Perof.

# UN PASEO POR CAMARJALI

Eduardo Abel Giménez.

Bajábamos por una pendiente, con los bultos a la espalda, tratando de no caernos. Los pájaros nos seguían. Parcino tarareaba una melodía nueva, que había ido tomando forma en los últimos minutos. Guem se preocupaba más por lo que había en el horizonte que por lo que teníamos bajo los pies. Su oficio es hacer mapas, y en un mapa no entran las pisadas. Julmar había tomado la costumbre de frotarse las manos todo el tiempo. El uso del taladro, decía, le había dejado un cosquilleo que no se iba.

Esta vez los pájaros volaban formando una V, tan ordenada como todas las figuras que les gustaba armar sobre nuestras cabezas. Iban a poca altura. Tenían que dar vueltas y vueltas para no avanzar más rápido que nosotros

Tras pasar por el último agujero habíamos desembocado en una región tropical. Diez grados de latitud sur, decía Guem. No había una nube en el cielo. Hacía calor y el aire estaba húmedo, así que sudábamos y nos doblábamos bajo el peso de los bul-

tos, mientras las rodillas sufrían la peor parte del descenso.

-Escuchen -dijo Julmar. Se adelantó unos pasos y nos miró por encima del hombro. Ya sabíamos lo que venía: una de sus adivinanzas. Se aclaró la garganta y recitó:

-El sombrero se menea pero el cuerpo sigue quieto, con los pies bajo la tierra y los brazos en el cielo.

-Demasiado fácil -dijo Parcino.

—Pero no me contestaron —insistió Julmar.

A esta altura ya no conseguía intrigarnos. Habíamos descubierto que las adivinanzas de Julmar siempre se referían a algo que estaba a la vista, y en Camarjali nunca hay muchas cosas distintas a la vista. La solución era evidente: al pie de la pendiente empezaba una llanura salpicada de árboles.

Eran los primeros que veíamos, y eso sí nos intrigaba. Queríamos saber cómo hacían para crecer en ese lugar. La curiosidad nos llevaba a bajar lo más rápido que podíamos. Sin embargo éramos prudentes: la experiencia nos había mostrado lo peligroso que es caerse en el suelo de hormigón de Camarjali.

-Con ustedes no se puede -dijo Julmar, cuando entendió que no íbamos a contestarle. Es lo que dice siempre. Se dejó alcanzar otra vez, y seguimos avanzando.

Guem iba a la derecha. De vez en cuando señalaba algo a lo lejos, una loma más alta que las otras, un canal más ancho o una veta más oscura. A su espalda llevaba la computadora y dos colchonetas. En el centro, Parcino empezaba a ponerle una que otra
palabra a su melodía, en los primeros
pasos de transformarla en canción.
El tarareo era entrecortado, y ya no
podía mantener la afinación. Cargaba su guitarra y casi toda la comida.
Julmar iba a la izquierda, con el taladro, el resto de la comida y la otra
colchoneta. Los tres estábamos cansados, pero ya nos habíamos acostumbrado a las exigencias de Camarjali. Teníamos por delante varias horas de trabajo.

Por suerte el día iba a ser corto. Además de llevarnos a una zona calurosa, el último agujero nos había trasladado muchos kilómetros hacia el este, obligándonos a adelantar los relojes cuatro horas.

Los pájaros debían ser tan curiosos como nosotros, porque de pronto dejaron de dar vueltas y volaron derecho hacia el primer árbol, dando graznidos. La V se deshizo en un segundo contra la copa, que quedó cubierta de alas que se agitaban.

Nunca habíamos visto tanto color junto en Camarjali. Es un planeta gris. Parecía que en medio de una película en blanco y negro alguien se hubiera equivocado de rollo. Los pájaros ya nos tenían acostumbrados, pero eran como esos puntos que aparecen en las copias viejas: pequeñas fallas. Los árboles, en cambio, formaban todo un paisaje.

Nosotros Ilegamos cinco minutos después que los pájaros. Elegimos el mismo árbol, y amontonamos los bultos alrededor del tronco. Julmar se sentó a la sombra. Guem sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente. Parcino miró hacia arriba.

- -Parece un tilo -dijo.
- –¿Y cómo es un tilo? –preguntó Julmar.
  - -Así -contestó Parcino.
- Los tilos no son árboles tropicales –dijo Guem.
- Y yó no tengo la culpa —dijo
   Parcino. Se sentó al lado de Julmar.

Los pájaros estaban nerviosos, esperando que hiciéramos algo. Algunos saltaban de una rama a otra, y se encontraban sin espacio para apoyar las patas. De vez en cuando uno era desalojado de su lugar y caía unos centímetros, antes de abrir las alas y atacar por otro lado. El ruido de las alas y los graznidos tapaban el silencio de Camarjali.

Alrededor todo era quieto: el hormigón caliente, los árboles que llegaban al horizonte y el sol. A cien metros había un canal, demasiado lejos para ver el movimiento del agua. Las vetas del suelo bajaban transversales a la pendiente, y se repetían entre los árboles. Blanco, gris, blanco, negro, gris, blanco, gris, negro. Siempre igual, miles y miles de kilómetros.

Nos pusimos a trabajar. Mientras Guem alejaba los bultos para que no molestaran, Parcino estudió la base del tronco, buscando un resquicio en el hormigón. Parecía que alguien hubiera construido una losa alrededor: tal vez el mismo del rollo equivocado, que se estaba burlando de nosotros. Julmar sacó el taladro de su caja, y todos nos preparamos para sufrir otra vez el ruido del metal perforando la piedra. Los pájaros también:

habían tenido tiempo para aprender. Cuando veían el taladro se alejaban varios metros. Y si no se iban del todo era por no perderse los agujeros.

\* \* \*

Durante esos días trabajábamos mucho. Teníamos ganas de saber más sobre Camarjali, y también de terminar pronto y volver a casa. Al principio, en cambio, pasábamos horas y horas sin hacer nada. Casi no nos apartábamos de la nave. Parcino se sentaba a la sombra del casco a tocar la guitarra, mientras Guem subía a una loma con la computadora a cuestas, para tomar notas. Julmar se negaba a sacar el taladro. A cada rato nos interrumpía para que adivináramos:

Ni nubes ni hojas, ni restos de un sueño, ni duendes ni sombras. Pedazos de viento.

O algo por el estilo. En esa epoca, Julmar pensaba que los pájaros se dejarían acariciar. Andaba de un lado a otro persiguiéndolos. Parcino los veía volar por delante, por encima y por detrás de Julmar y se reía. Guem no decía nada. Si alguno se acercaba a su computadora lo dejaba, y el pájaro respondía observando sin molestar.

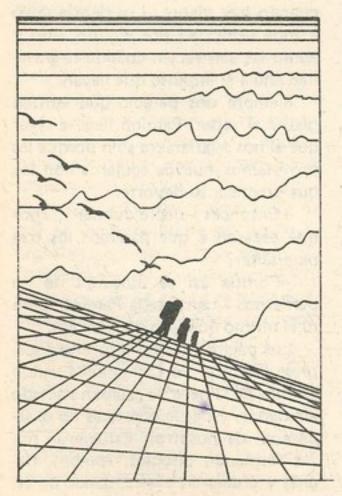
Pero Camarjali es demasiado grande y extraño para darle la espalda. Guem empezó a insistir para que nos moviéramos.

-Nos dieron una misión -decía-, y hay que cumplirla. —A mí nadie me habló de plazos —decía Parcino. Mirábamos a Julmar, que miraba a los pájaros, que nos miraban sin entender.

Por supuesto, con el paso del tiempo Guem empezó a ganar. Hasta que consiguió lo que quería. Tres días después del descenso hicimos nuestro primer agujero, y nos dimos cuenta de lo difícil que era.

El suelo de Camarjali tiene unos treinta centímetros de espesor, y aunque parezca hormigón es mucho más duro. Julmar tenía que trabajar media hora para hacer un agujero que nos permitiera pasar al otro lado.

El primer agujero nos despertó del letargo en que estábamos, y cumplió la función de interesarnos en algo,



ahora que los pájaros habían dejado de ser una novedad. Nos arrodillamos a su alrededor, para ver el cielo al otro lado. Los tres sentimos vértigo. Guem pasó un brazo y notó el tirón de la gravedad en dirección contraria.

-Era cierto -dijo. Todos pasamos los brazos para comprobarlo otra vez. Así nos quedamos durante varios minutos, poco seguros de lo que debíamos hacer. Al final, fue Parcino quien habló.

--Uno de nosotros tendría que pasar --dijo. Miramos a Guem, como es lógico.

Todavía no teníamos experiencia, así que el salto le resultó desagradable. Cuando uno es nuevo en Camarjali, la forma más segura de saltar es agarrarse a los bordes del agujero y lanzarse cabeza abajo con todo el impulso posible. De ese modo se llega al otro lado cabeza arriba, y el cambio de la gravedad confunde menos. Los demás tienen que ayudar para que uno termine de pasar enseguida, porque a medio camino la sensación es molesta. De la cintura para abajo, la gravedad tira en dirección a la cabeza. De la cintura para arriba, en dirección a los pies. Recién cuando se consigue hacer pie del otro lado uno comprende que no hay de qué extrañarse, y las cosas se vuelven a acomo-

A Guem se le ocurrió pasar primero las piernas. Cerró los ojos, se sentó en el borde y empezó a deslizarse despacio. Es algo que no se debe hacer. Se asutó antes de tomar el impulso necesario, y hubo que empujarle los hombros con fuerza para que consiguiera atravesar el agujero. Cuando llegó al otro lado se había mareado. Tardó bastante en contestar nuestras preguntas. Después pidió que le alcanzáramos la computadora, y empezó a hacer cálculos.

-Estoy a mil seiscientos kilómetros al norte de ustedes -dijo, hablando fuerte para que escucháramos-. El paisaje es parecido a ése, pero hace más frío.

-Ver para creer -comentó Julmar. Ya habíamos perdido el miedo, aunque todavía nos costaba mirar el vacío a nuestros pies. Julmar palpaba el interior del agujero, tratando de entender por qué le había costado tanto hacerlo.

Un rato después, Guem terminó sus anotaciones y volvió. Esta vez pasó la cabeza primero. Le agarramos los brazos y tiramos hacia arriba antes de que se diera cuenta de nada. Casi no se mareó. Los pájaros se habían posado a nuestro alrededor, formando una ronda. Sentados en torno al pozo, decidimos que no había otro remedio que alejarse de la nave y empezar la exploración. Hasta Julmar estuvo de acuerdo.

Al día siguiente, Guem adoptó como meridiano cero el que pasaba por la nave, y completó el programa de la computadora. Julmar preparó los bultos con comida. Parcino trató de comunicarse con el Centro, pero, como ocurre casi siempre, no contestaron. Cuando todo estuvo listo saltamos los tres por el agujero, y detrás saltaron los pájaros.

No lo esperábamos. Estábamos reponiéndonos del salto cuando vimos que un bulto amarillo atravesaba el agujero a toda velocidad y salía disparado hacia el cielo. Quisimos seguirlo con la mirada, pero medio segundo después pasó un bulto verde, y luego uno rojo, y otro amarillo, y ya no sabíamos dónde mirar. Así saltaron todos los pájaros, con la misma regularidad que ponen en el resto de sus costumbres.

\* \* \*

Los pájaros saltan de un modo que vale la pena ver. Se elevan a gran altura, y se dejan caer justo en medio del agujero. Tienen mucha puntería, pero a veces uno o dos calculan mal y se estrellan en el borde, sobre todo cuando hay viento. Los demás salen a toda velocidad por el otro lado y abren las alas recién cuando la gravedad anula el impulso que llevan.

Siempre nos pareció que sentían placer al saltar. Parcino llegó a creer que si nos seguían era sólo porque les proveíamos nuevos agujeros con los que practicar su deporte.

-Entonces -decía Julmar-, ¿por qué esperan a que pasemos los tres para saltar?

—Porque así se aseguran de no perdernos —contestaba Parcino, pero ni él mismo quedaba convencido.

Los pájaros fueron la primera sorpresa que nos dio Camarjali. Cuando salimos de la nave ya estaban volando alrededor, y desde entonces no se separaron de nosotros. Estuvieron horas formando círculos, rombos, flechas y cruces en el aire, dando un espetáculo de fuegos artificiales, subiendo y bajando contra el cielo. Nuestra primera idea fue que habíamos descendido sobre sus nidos, pero en el suelo no había ningún rastro de ramas, piedras, huevos, ni nada que se pudiera confundir con un nido. Después pensamos que nos daban la bienvenida.

Guem no les dio importancia, y al principio Parcino tampoco. A Julmar, que se fija más en las cosas pequeñas, le llamaron la atención sus colores. Los rojos eran mayoría, pero había muchos amarillos, verdes y marronnes. Los azules, en cambio, escaseaban. Un tiempo después, Parcino decubrió que eran los más propensos a estrellarse al tratar de cruzar un agujero. A Parcino le preocupaban ese tipo de cosas.

En Camarjali hay muchas bandadas de pájaros, y nos íbamos a cruzar con varias todos los días. Pero las otras no nos prestaban atención. Parecía que ésta nos hubiera adoptado, o nos estuviera vigilando, o hubiera previsto nuestra capacidad para hacer agujeros a su medida.

Parcino trató de convencernos de que la bandada podía ser un único organismo inteligente, que trataba de transmitirnos un mensaje con sus figuras acrobáticas. Una idea tan vulgar, decía, que parece mentira que nadie haya descubierto organismos así. Primero comprendió que nuestra ingenuidad no llegaba a tanto. Luego compuso una canción en la que comparaba sus vuelos con nuestros movimientos fijos al suelo. En la canción los pájaros se burlaban de nosotros;

mientras hay quienes deben explicar las cosas, decían, en nuestros vuelos las mostramos.

Cuando no volaban, los pájaros picoteaban el hormigón. Tal vez consiguieran sacar alguna clase de alimento del suelo, pero nunca nos pusimos a investigar. De todos modos, no sabíamos qué otra cosa se podía comer en Camarjali. Por lo menos no tocaban nuestra propia comida.

Mientras no empezamos a explorar, y hasta que Camarjali ocupó toda nuestra atención, dedicamos más tiempo a los pájaros que a nosotros mismos. Pero no necesitábamos excusas para ignorarnos mutuamente. Durante el viaje a Camarjali habíamos estado solos, y sin embargo apenas nos conocíamos. En todo ese tiempo sólo aprendimos que Julmar es una colección de adivinanzas, que Parcino canta casi siempre, y que Guem conoce su trabajo. Lo más que conseguimos fue hacernos la pregunta tradicional, la única que se repite en cada grupo. Por qué nos habían sorteado. Quien la hace conoce la respuesta, porque figura en el resumen, y quien responde no tiene razones para mentir.

—Me dijeron que hacía falta alguien que manejara el taladro —contestó Julmar. Julmar es una mujer maciza, pesada y fuerte. Tiene brazos gruesos, que le permiten sostener el taladro sin que se mueva, y hacer un corte perfecto.

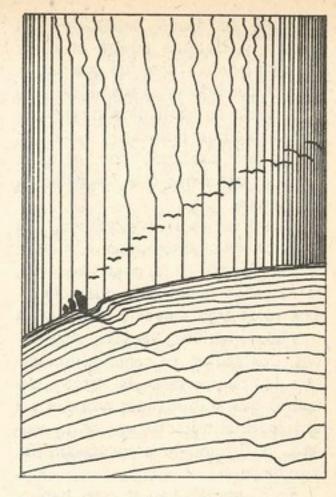
—Querían a alguien que trazara los mapas —contestó Guem. Los dedos de Guem tienen la forma justa para trabajar sobre el teclado de la computadora. Al revés que Julmar, ella es angosta por todas partes, menos a la altura de los hombros. Da la impresión de que su espalda está hecha especialmente para llevar la computadora.

—Y alguien tenía que completar el trío —dijo Parcino, el único hombre de la tripulación. Parcino insistió mucho para que le permitieran llevar su guitarra en la nave, y nos entretuvo muchas noches con sus canciones. Cada tanto, las canciones dejaban paso a otros juegos, que practicábamos en silencio y sin alegría, como todos los ritos que impone el reglamento.

Tras los primeros días de dudas y tanteos, resultó que Parcino prefería a Guem, y Julmar también, así que nos ahorramos muchas tensiones. En perfecta armonía, Guem no prefería a nadie, o por lo menos tuvo el buen gusto de engañarnos.

Nos reuníamos sólo para comer, para jugar, o para escuchar a Parcino. Durante las comidas, Julmar nos aburría contando las películas románticas que había visto. Hablaba y hablaba, y en el fondo se lo agradecíamos, porque preferíamos eso a mirarnos sin decir nada. Guem fue un poco más lejos, y empezó a llevarse algunas películas de Julmar a su camarote, para ver qué pasaba. Se aburría el doble, porque eran las mismas que Julmar contaba, pero lo siguió haciendo hasta el final del viaje.

A nadie le interesaba hacer preguntas, ni contar algo de su vida. Nos alcanzaba con el resumen del Centro, que tiene todo lo que hay que saber de los compañeros de grupo. El pro-



blema es que uno conoce los datos de los otros, pero jamás llega a enterarse de qué dice el Centro de uno mismo. Es un buen motivo para hablar poco.

Con el transcurso del viaje el Centro se fue olvidando de nosotros, y la radio empezó a estar en silencio durante días enteros. Era otra parte de la rutina. Hicimos la cantidad normal de intentos de comunicarnos, y devolvimos la cortesía olvidándonos nosotros también. A partir de entonces, y hasta que salimos a explorar Camarjali, sólo Parcino se acercó a la radio, no más de dos veces por semana.

En el Centro algo sabían sobre Camarjali, y nos habían avisado de lo que ocurría con el suelo. Sin embargo, nos asombramos al ver que desde el espacio parecía un planeta como todos. Quién sabe qué esperábamos, pero parpadeamos varias veces cuando la pantalla de la nave nos mostró una esfera azulada, medio cubierta de nubes, que se iba agrandando de a poco.

-Miren -dijo Guem-. Ya se distinguen las vetas.

-¿Qué tiene de malo? -preguntó Parcino.

Guem tenía ganas de empezar a trabajar. Para un geográfo, lo peor que hay es estar en una nave en medio del espacio: un lugar cerrado, angosto, demasiado pequeño para ocupar un mapa, y sin tierra para medir bajo los pies. Ahora que sentía a Camarjali al alcance de sus manos, empezaba a querer meternos en su mundo formado por mundos.

—Hay una teoría interesante —dijo, por ejemplo—. Tal vez las vetas se vean siempre iguales, no importa a qué distancia esté uno.

-¿Cómo puede ser? -preguntó Julmar, siempre dispuesta a conversar.

—Fácil. A medida que nos acerquemos, van a notar que las vetas grandes se dividen en vetas más chicas, que a su vez se dividen en vetas más chicas todavía, y así siempre. La teoría dice que estadísticamente no hay diferencia entre la superficie completa de Camarjali y un fragmento cualquiera de esa superficie.

– ¿No importa el tamaño del fragmento? –dijo Parcino.

-No importa -dijo Guem.

—Pero los colores tienen que cambiar —dijo Julmar. -Los colores sí -contestó Guem-. Lo que no cambia es la forma general de las vetas.

-¿Cuándo se empezó a hablar de esa teoría? -preguntó Parcino.

-Bueno -Guem dudó-. Es muy reciente.

-¿A quién se le ocurrió?

Guem fijó los ojos en la pantalla.

-A mí -dijo.

-Entonces insisto. ¿Cuándo se empezó a hablar de eso?

-Hace un minuto.

Excepto Guem, casi hubiéramos preferido que Camarjali fuera un engaño del Centro. Y Guem hubiera preferido estar sola. Es que teníamos poco entusiasmo. A todos nos parecía que no éramos un grupo adecuado, aunque el sorteo sólo se hace entre personas que puedan llevarse bien. Pero cambiamos de idea en cuanto empezamos a explorar. Cada uno cumplía bien su parte, dejaba tranquilos a los otros y colaboraba con ellos cuando era necesario. Además, a todos nos habían sorteado otras veces. Teníamos esa mezcla de conocimientos, resignación y tolerancia que se va adquiriendo después de los primeros viajes.

Ahora, por ejemplo, mientras Julmar hacía su agujero junto al tronco del árbol, Parcino iba alejando las piedras que se desprendían, y Guem, que había conectado su computadora, anotaba las coordenadas del lugar y reproducía en la pantalla la disposición de los árboles que estaban a la vista.

Al otro lado llovía. Las gotas saltaban del pozo y se elevaban por el aire, salpicando todo. Era la primera vez que nos pasaba, y a Julmar no le hizo gracia recibir la lluvia en la cara mientras ampliaba el agujero. Empezó a quejarse, y estuvo a punto de apagar el taladro. La calmamos diciéndole que faltaba poco para terminar.

Cuando el agujero quedó listo, el sol estaba casi en el horizonte. Entre todos quitamos los restos de polvo y piedras que se acumulaban en el borde, mientras los pájaros contemplaban esa especie de fuente que habíamos creado y empezaban a acercarse de nuevo.

A través del agujero se veía poca luz, pero llegaba una corriente de aire frío que nos alivió. Como ya era costumbre, Guem fue la primera en pasar.

Guem había dejado ocho satélites en órbita, que transmitían su posición continuamente. A cada salto los rastreaba con la computadora: siempre había por lo menos tres a su alcance. Con la ayuda de los satélites podía determinar a dónde llevaba un agujero, casi sin error. Pero el trabajo le llevaba varios minutos. Esperamos sus noticias, viendo cómo el sol del atardecer se ponía cada vez más rojo.

—Dos mil kilómetros al sur —gritó, al fin—, mil ochocientos al oeste. Alcáncenme un abrigo.

–¿Y el árbol? –preguntó Parcino, mientras Julmar arrojaba una capa por el agujero. Pero Guem había terminado la parte del informativo que más le interesaba, y no contestó. Decidimos pasar todos. Nos pusimos nuestras capas y saltamos. Detrás saltaron los pájaros, un poco sorprendidos por la Iluvia.

Al otro lado el tronco del árbol continuaba, y terminaba en una segunda copa. Julmar amplió el agujero hasta llegar al tronco, y comprobamos que era el mismo. El árbol no tenía raíces.

 Una solución inteligente –dijo Parcino.

Julmar levantó los brazos para llamarnos la atención. Dijo:

Crezco a un lado, crezco al otro. Bien parado,

y no me apoyo.

Parcino estaba decepcionado. El árbol era lo primero que veíamos que podía atravesar el suelo sin nuestra ayuda, y tenía la esperanza de descubrir, con sus raíces, el verdadero interior de Camarjali. Según él, debía haber algún modo de encontrarlo. Y si la evidencia en su contra era cada vez mayor, no se daba por enterado.

A Guem, en cambio, el asunto no le interesaba.

Soy especialista en superficies
 solía decir—, no en interiores.

Como esperábamos, aquí el árbol estaba solo. Los demás seguramente tenían sus otras mitades repartidas por toda la superficie del planeta. El suelo era ondulado, como la arena de las dunas. La Iluvia formaba pequeñas corrientes de agua, que avanzaban, retrocedían y daban vueltas has-

ta llegar a un canal que pasaba a pocos metros de nosotros. En algunos lugares el canal desbordaba.

Después de un minuto de deliberación resolvimos que lo mejor era volver a cruzar el agujero. Al otro lado faltaba poco para la noche, y ya estábamos lo bastante cansados como para querer que el día terminara. De modo que saltamos otra vez, arrastrando a los pájaros con nosotros. Luego transportamos los bultos hasta otro árbol, para alejarlos de la lluvia que venía de abajo. Era hora de cumplir la tarea de cada atardecer: nos quitamos la ropa y fuimos a lavarnos y jugar al canal más próximo.

Julmar se nos adelantó corriendo y entró al canal de un salto. Los canales no son profundos. Se sentó en el fondo, chapoteó un poco con las manos y nos gritó para que nos apuráramos. No le hicimos caso. Parcino iba silbando algo, y Guem hubiera preferido quedarse a trabajar con la computadora, si el reglamento no se lo prohibiera.

A pocos metros de Julmar había una turbulencia en el agua. Se acercó, andando de rodillas, para ver qué pasaba. Tanteó el fondo con un pie, luego con las manos y nos miró. Estaba sorprendida por algo. Un segundo después se había hundido.

No volvió a aparecer. Ahora sí corrimos. Cuando llegamos junto a la turbulencia, Guem se echó en la orilla y metió un brazo en el agua.

-Hay un agujero -dijo.

-¿Natural? -preguntó Parcino,
 como si hubiera otra alternativa. No era el primero que encontrábamos,

aunque el anterior no nos había tomado tan por sorpresa: estaba en una ladera de la única montaña verdadera que habíamos visto en Camarjali. Era grande, mucho más que los agujeros que hacía Julmar, tanto que los pájaros volaron a través de él sin darse cuenta, y se produjo una desbandada.

Sin contestar, Guem se zambulló en medio de la turbulencia. Parcino la siguió. Sacar la cabeza del agua, al otro lado, fue difícil. No había cómo tomar impulso, y tampoco dónde hacer pie. Procuramos ayudarnos mutuamente, pero sólo conseguimos complicar la situación. Cuando ya nos faltaba el aire, Guem se golpeó el costado contra el borde del agujero, y eso le ayudó a encontrar dónde apoyarse. Estiró un brazo, encontró la cintura de Parcino y lo empujó



para que saliera de la turbulencia. Los dos nos levantamos por encima del agua al mismo tiempo y buscamos a Julmar.

Estaba a unos metros de nosotros, frotándose las manos y todavía temblando por el susto. Lentamente fuimos saliendo de la zona del agujero. Habíamos tenido suerte: de este lado también daba a un canal poco profundo. De un lado a otro lado había algo más de un metro y medio de agua.

-Estuvo bueno -dijo Julmar.

Nos echamos en la orilla, junto a ella. Hacía frío, aunque el sol estaba alto. Por lo menos no llovía. Guem se frotaba el costado, donde se había dado el golpe, y miraba a su alrededor. No podía olvidarse de su trabajo. Ahora que le faltaba la computadora para orientarse se sentía perdida.

Cuando recién nos habíamos acomodado, Julmar señaló la turbulencia, y tardamos en entender lo que veíamos: algo se movía en el agua.

 Los pájaros –gritó Parcino–. Están tratando de pasar.

Nos lo tendríamos que haber imaginado. Los pájaros nos seguían a todas partes, así que no podían dejar de hacerlo ahora. No les debíamos nada, ni les teníamos un cariño especial, pero tampoco fuimos capaces de quedarnos quietos mientras se ahogaban.

Volvimos a zambullirnos. Esta vez fue todavía más difícil cruzar, porque el agua estaba llena de pájaros muertos y pájaros que luchaban por sobrevivir. Los que aún no se habían zambullido seguían arrojándose en picada, como si no se hubieran dado cuenta de lo que ocurría. Uno de ellos cayó sobre Parcino, que estuvo a punto de perder pie.

Fue un trabajo pesado. Mientras Guem sacaba los pájaros que ya se habían hundido, tratando de distinguir entre los vivos y los muertos, Julmar rescataba uno a uno a los que iban cayendo. El golpe que se daban era demasiado fuerte, así que la mayoría moría al instante, o quedaba aturdida. Parcino estaba en la orilla, asustado, sin poder moverse. Es bajo y flaco, y ahora, desnudo, mojado, tiritando de frío y de miedo, parecía más bajo y más flaco que nunca.

Estaba oscureciendo, y el trabajo se hizo imposible. A nuestro alrededor se iba juntando una mezcla de pájaros ahogados, pájaros golpeados y pájaros que apenas se movían. Algunos resbalaban y caían otra vez al agua. Le gritamos a Parcino que hiciera algo. Dio media vuelta, trató de correr y se estrelló contra el suelo.

Cuando terminamos ya era de noche. Procuramos alejar a los sobrevivientes del canal, y nos echamos junto a Parcino, para descansar. Todavía faltaban los juegos, y aunque no tuviéramos ganas debíamos cumplir con el reglamento.

Empezó Julmar, y poco a poco los tres nos fuimos entrelazando y transformando en una masa de brazos y piernas que se sacudían y rodaban entre los pájaros.

Camarjali no tiene lunas, y las no-

ches son oscuras. Cuando nos pusimos de pie no sabíamos dónde estaba el árbol con los bultos. Tardamos diez minutos en darnos cuenta de que buscábamos del lado equivocado del canal. Después nos separamos para cubrir un espacio más amplio, y fue Guem quien lo encontró. Nos llamó a los gritos.

Para entonces ya estábamos secos. Julmar trató de hacer un chiste, pero ni ella misma se rió. Guem encendió la pantalla de la computadora para que nos diera luz. Nos vestimos. La brisa movía las hojas del árbol: algo nuevo en Camarjali. Julmar juntó las cantimploras y, guiándose por la luz de la pantalla, fue a llenarlas al canal, lo más lejos que pudo de los pájaros. Mientras volvía, Parcino y Guem abrieron las colchonetas, las echaron sobre el hormigón y las inflaron. Pronto todo estuvo en orden, y nosotros más tranquilos. Sacamos una ración de comida del bulto de Parcino, y la mezclamos con agua en los jarros, para hacer el guiso frío que a duras penas tragábamos todos los días.

 Creo que esto demuestra que los pájaros no tienen nada de inteligencia
 dijo Guem—. Nunca vi animales más estúpidos.

-¿Seguro? -dijo Parcino-. Quién sabe por qué se metieron en el agua. Vi cosas peores entre personas.

Por ejemplo lo que hizo Parcinodijo Julmar.

-¿Qué tiene que ver? -saltó Parcino-. Ustedes solas se bastaban para hacer el trabajo.

-Dejémosloasí-intervino Guem-.

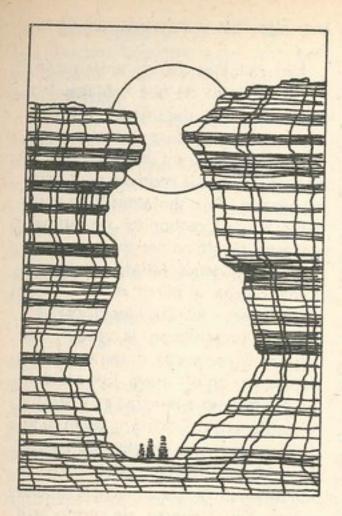
Hay algo más importante que discutir.

Nos callamos. Guem tenía razón, y ya sabíamos de qué hablaba. Era costumbre que durante la cena pusiera la computadora frente a nosotros y nos mostrara imágenes de Camarjali. No había motivos para dejar de hacerlo. Nos sentamos bien apretados en la colchoneta de Julmar, y el espectáculo comenzó.

Eran imágenes falsas, que la máquina creaba a partir de los datos que Guem le iba incorporando. Primero presentaban la región que habíamos recorrido durante el día, vista como en un mapa. Los accidentes del terreno aparecían en distintos tonos de verde y marrón, según su altitud, y en medio de ellos surgía una línea blanca: nuestra ruta. Luego la pantalla cubría una superficie mucho mayor. En el centro, un punto azul indicaba la zona que habíamos visto antes. Ahora se distinguían pequeños círculos rojos: uno por cada agujero que habíamos hecho en la zona.

-Hace diez días -comentó Guem a esta altura- pasamos a sólo cincuenta kilómetros al noroeste de aquí.

La información no significaba nada para nosotros. Camarjali nos parecía una sucesión de paisajes sin conexión entre sí. No teníamos experiencia ni estábamos entrenados para comprender las distancias. Sólo Guem sacaba conclusiones. Así como no conseguía ver las cosas con una resolución mejor que la de una cámara en órbita, tenía habilidad para interpretar las grandes extensio-



nes. Nosotros ni siquiera sabíamos de quién era el mérito de poner tantos datos en la pantalla, si de Guem o de la computadora.

Para terminar la función, Guem Ilenaba la pantalla con una vista de todo Camarjali, como si fuera una pelota detenida ante nuestros ojos. Seguían presentes los círculos rojos de los agujeros, aunque más pequeños. Ahora ambos lados de cada agujero estaban unidos por una línea de puntos que recorría la superficie. Después de veinte días de exploración, las líneas se cruzaban, se superponían y creaban un caos en el que nadie, salvo Guem, podía orientarse. Y no del todo: su trabajo era encontrar un patrón, una ley que permitie-

ra determinar de antemano a qué lugar llevaría un agujero hecho en un punto dado, pero le habían bastado los datos de cinco o seis agujeros para sospechar que no existía ninguna ley. A partir de entonces, cada nuevo agujero confirmaba sus sospechas, pero no se daba por vencida.

—A todo agujero —decía— le corresponde un lugar de entrada y uno de salida. Camarjali no es infinito. Soy capaz de buscar punto por punto, hasta encontrar lo que necesito.

No lo dudábamos, pero tampoco estábamos dispuestos a seguirla. Mientras tanto, ahí delante, en la pantalla, Camarjali giraba lentamente. Después de quince minutos había dado una vuelta completa. Entonces, Guem apagaba la computadora.

-¿Cuánto falta para terminar la exploración? -preguntó Parcino.

Julmar hizo un gesto de no saber, y miró a Guem.

-Unos días, pienso -dijo Guem-. Depende.

-¿De qué? -preguntó Parcino-. Porque a mí nadie me consulta.

-Nadie consulta a nadie - dijo Julmar-. Me parece que cuando la exploración se acabe todos nos vamos a dar cuenta.

–Para mí ya se está acabando –dijo Parcino–. Estoy cansado.

-Mala suerte -dijo Guem-. A mí me queda trabajo por hacer.

Parcino se golpeó una pierna con el puño.

-Muy bien -dijo-. Cuando estábamos en la nave, era Julmar la que manejaba todo. Ahora, Guem nos lleva por donde se le ocurre. Es hora de que me toque también a mí. Y yo quiero que esto se termine pronto.

—A Parcino le hizo mal lo de los pájaros —trató de explicar Julmar—. Lo entiendo, porque a mí también me hizo mal.

-No es eso -dijo Parcino, pero no siguió.

Julmar eligió una postura intermedia:

-Yo no sé nada -aclaró-, pero ¿cómo tienen que ser de precisos los mapas?

-Buena pregunta -dijo Parcino-.
Es algo que deberíamos saber.

-Tienen que ser mapas que sirvan -dijo Guem-. Así como estamos, todavía no se pueden usar para nada.

-¿Y todas esas líneas? -preguntó Parcino-. ¿Están de adorno?

—No —dijo Guem, con un tono que indicaba que no quería hablar más.

—Supongo que habrá regiones sin explorar que todavía tengan algo nuevo —dijo Julmar—. Aunque no sean muchas.

-Esa es la idea -dijo Guem-. Quiero estar segura de que no perdemos nada importante.

-Entonces es cuestión de seguir unos pocos días más -dijo Julmar-. Ya que llegamos hasta aquí...

Parcino no encontró nada que decir. Julmar aprovechó la oportunidad.

—Mañana nos vamos a entender mejor —dijo—. ¿Qué les parece si dormimos?

Parcino tenía ganas de discutir otro poco, pero sabía que era mejor

no pasar los límites que impone el reglamento. Se calló. Palpó la funda de su guitarra, y optó por dejarla donde estaba.

En realidad ya no quedaba nada que hacer, salvo dormir. Era la hora en que el reglamento nos dejaba solos. Cada uno se tendió en su colchoneta, y los ojos se nos fueron cerrando mientras mirábamos el árbol recortado contra las estrellas. De vez en cuando nos llegaba un graznido desde el canal.

A la mañana siguiente el árbol se había vuelto a llenar de pájaros. Era otra bandada. Fuimos hasta el canal, y resultó que los nuestros habían muerto todos. Al ver que nos movíamos, los pájaros nuevos empezaron su demostración, formando figuras en el aire. Después del desayuno teníamos la sensación de que no había cambiado nada.

Al otro lado del agujero que había hecho Julmar ya no llovía, pero seguía siendo de noche. Nos asomamos para ver lo mejor de Camarjali: el sol de nuestro lado iluminaba las nubes del otro, y creaba paisajes de montañas nevadas. Julmar se aclaró la garganta para decir:

en un cuenco de aire, muy negro delante, muy blanco de espalda.

Parcino estiró la mano, para que su sombra bailara sobre las nubes, pero la luz era demasiado difusa. Luego decidimos hacer un nuevo agujero, que diese a un lugar donde fuera de día.

Podríamos aprovechar — dijo
 Parcino— y hacerlo junto a otro árbol.

Parcino estaba mejor que el día anterior. Le había hecho bien dormir. Aceptamos su idea, y volvimos al árbol donde estaban los bultos. De algún modo, los pájaros nuevos habían heredado la sabiduría de los viejos: se alejaron cinco segundos antes de que Julmar encendiera el taladro.

Perforamos a un par de pasos del tronco y tuvimos suerte. Al otro lado no sólo era de día, sino que el cielo estaba despejado.

Ni siquiera hubo que tocar los relojes: el agujero daba a un lugar ubicado exactamente al norte, a más de dos mil kilómetros de nosotros.

En cuanto dio el salto, y mientras hacía los cálculos, Guem nos llamó.

—Hay algo interesante —dijo.

La seguimos, primero Julmar y luego Parcino. Nuestros saltos, ahora, eran más elegantes que al principio. Habíamos aprendido a imitar a los pájaros. Nos poníamos de cuclillas junto al borde, y con el impulso más fuerte de que éramos capaces nos elevábamos en el aire, para caer a través del agujero. Al otro lado dábamos media vuelta, y aterrizábamos sobre los pies. Por supuesto, teníamos que

Los pájaros saltaron inmediatamente después que nosotros. Ya empezábamos a olvidar que no eran los mismos del día anterior. Cuando habían saltado todos, formaron una lí-

pasar primero los bultos.

nea recta en el cielo, que se fue arqueando hasta que quedó una circunferencia y empezaron a girar cada vez más rápido. Finalmente deshicieron la formación, bajaron y se pusieron a picotear el suelo.

Lo interesante de que hablaba Guem era el árbol: de este lado no estaba. El agujero daba a una zona llena de pequeñas elevaciones, como si un camión hubiese repartido cargas de hormigón hasta sembrar todo el terreno. No había un solo árbol a la vista.

-Qué raro -dijo Julmar.

Parcino se rascaba la cabeza. Después miró a Julmar. Como para mostrarnos que estaba de buen humor, sonrió y dijo:

Medio cuerpo en medio suelo, medio algo y medio nada. Nada sobra y algo falta. Si lo busco no lo encuentro. Julmar tardó unos segundos en responder, porque Parcino la había

tomado desprevenida. Dijo: Cuatro a un lado, tres al otro, y el que falta es de madera. Tres se mueven, uno espera,

porque es mudo, ciego y sordo.

-Podrían dejar eso para después

-dijo Guem.

Guem volvió a saltar, midió la distancia justa que había del borde del agujero al tronco y volvió. Julmar tomó la misma distancia a este lado y perforó otra vez. Sin embargo, no tropezamos con raíces ni nada parecido. Terminado el agujero, Guem nos informó que daba a otra región, ubicada hacia el oeste.

Cuando volvió, sonreía.

-Creo que encontramos una línea de ruptura -dijo.

Las estaba buscando casi desde nuestra llegada. Era el nombre que ella misma les había puesto, sin siquiera saber si existían. Empezó a sospechar que debía haber líneas de ruptura el día que hicimos un experimento. Julmar había terminado un agujero, cuando Guem le pidió que perforara otro a cien metros de allí. Julmar la miró durante un segundo, luego miró su taladro y se fue contando los pasos. La seguimos. Cuando nos pusimos de acuerdo en que habíamos llegado a los cien metros hizo la nueva perforación. Guem saltó al otro lado y tomó las coordenadas. Luego volvió y saltó por el primer agujero. Las coordenadas no coincidían. Al otro lado, ambos pozos distaban casi mil kilómetros. Julmar hizo varios agujeros más, en puntos ubicados entre los dos primeros. A veces llevaban a lugares diferentes, a veces a alguno de los que Guem había catalogado. Por ejemplo, dos pozos ubicados a cinco metros uno del otro llevaban a puntos ubicados a cinco metros de distancia. Pero otros aún más próximos llevaban a puntos muy alejados entre sí. Julmar amplió algunos de los pozos, tratando de descubrir en qué lugar exacto cambiaba lo que había al otro lado. Pero no llegamos a nada. Al principio creíamos que las vetas podían tener alguna relación, aunque Guem se encargó de demostrar que estábamos equivocados. Si un agujero atravesaba el límite entre una veta y otra, no pasaba nada raro. A

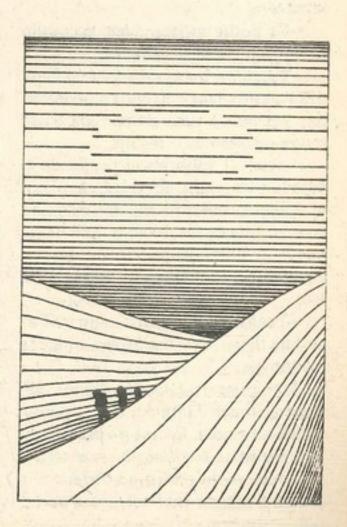
pocos centímetros de profundidad, además, las vetas desaparecen. El resto del suelo es de un gris claro y parejo.

A partir de entonces, las líneas de ruptura fueron el principal tema de conversación de Guem. Y si no seguimos con el estudio fue porque íbamos a demorar demasiado el resto de la exploración.

Ahora, en cambio, parecía que Guem había encontrado lo que buscaba. Le pidió a Julmar que ampliara ambos agujeros, y nos sentamos a esperar qué ocurría.

—No puedo seguir —dijo Julmar luego de un rato.

Nos acercamos.



Estaba trabajando en el primero de los dos agujeros, y había llegado a un punto en que el taladro no era capaz de perforar el hormigón. Guem le dijo que sacara los trozos pequeños que aún se desprendían. Quedó a la vista una especie de pared negra y lisa, impenetrable, que atravesaba el agujero de lado a lado.

—Veamos el otro pozo —dijo Guem. Al rato, Julmar volvió a alcanzar la pared, por el lado opuesto. Usó el taladro con precisión, para no dejar ni una piedra que pudiera ser arrancada, y pudimos ver la pared desnuda.

No tenía espesor. Vista desde un costado era perfectamente opaca, pero si uno la miraba desde arriba desaparecía.

-Se podía esperar algo así -dijo Guem, sin explicar nada más.

-Déjenme hacer una prueba -pidió Parcino. Nos corrimos a un costado, y sacó un tubo de comida de su bulto-. Veremos si resulta.

Apoyó el tubo en el borde de la pared, y lo soltó. El tubo cayó por el agujero, cortado en dos. Parcino levantó una de las mitades, que había quedado flotando donde ambas gravedades se equilibran, y nos la mostró.

-Tengamos cuidado -dijo-. Eso es tan filoso que no ofrece ninguna resistencia.

Julmar se frotaba las manos, sin mostrar mucho interés. Guem pensaba en otra cosa. En vez de escuchar a Parcino tomó la dirección que seguía la pared. A un metro de distancia le indicó a Julmar que volviera a perforar. Julmar miró a los pájaros, y los pájaros la miraron. Estaban tan aburridos como ella.

Terminado el nuevo agujero, vimos que allí no había rastros de la pared. Tras perforar un poco más, Julmar nos mostró que se bifurcaba. Las dos paredes resultantes se separaban en ángulo recto. El nuevo agujero llevaba a un lugar ubicado hacia el sur.

-Esto es extraordinario -dijo Guem. Nunca había estado tan contenta. No es linda, pero en ese momento parecía, entre los tres, quien más se acercaba a la belleza-. ¿Se dan cuenta?

-La verdad es que no -dijo Julmar.

-¿De qué hay que darse cuenta? -preguntó Parcino.

-Las líneas de ruptura deben dividir la superficie de Camarjali en pequeños sectores -dijo Guem-. Como un panal de abejas. Me quedaría años aquí, hasta hacer el mapa completo de todos los sectores -miró a Julmar-. Claro que no podría hacerlo sola.

-Claro que no -dijo Parcino. Julmar guardó el taladro en su caja y nos hizo entender que ya era hora de ir a otro lado.

Guem se acomodó la computadora en la espalda y no insistió. Un minuto más tarde, con los pájaros volando sobre nuestras cabezas, empezamos a caminar hacia el norte.

Los montículos de hormigón se repetían a lo largo de muchos kilómetros. Había que avanzar en zig zag. No teníamos necesidad de andar tanto entre un agujero y otro, pero Guem siempre quería saber qué había un poco más allá, antes de saltar mil o dos mil kilómetros en cualquier dirección. Era uno de nuestros problemas en Camarjali: nos faltaba un transporte intermedio, algo más rápido que los pies y menos que los agujeros.

\* \* \*

Camarjali resultaba monótono, aunque todos los días encontráramos algo nuevo. Parcino solía compararlo con una tela en blanco, en la que alguien había repartido unos pocos puntos de color. Cada punto tenía su propia textura, y era diferetne de los otros. Tal vez uno nunca terminara de estudiarlo. Pero la tela en conjunto no interesaba a nadie.

Habíamos encontrado varios de esos puntos de color. Los árboles eran un ejemplo, y la montaña otro. La montaña debía tener cuatro o cinco kilómetros de altura, era escarpada, y dominaba una llanura lisa como una playa de estacionamiento. Estuvimos casi una hora contemplando su agujero natural, que se abría a cien metros por encima de la base. Ninguno terminó de comprender cómo era posible ver el cielo en medio de las rocas.

Otro punto de color fue la región de los monumentos. Eran esculturas de hormigón de formas raras, con alturas que iban de los diez centímetros a los diez metros. Estaban repartidas a lo largo de la orilla de un lago. Algunas asomaban por encima del

agua. Guem supuso que eran el resultado de algún cataclismo, pero Parcino no estaba de acuerdo.

–¿Quién las hizo, entonces? –preguntó Guem.

-Yo no fui -dijo Parcino.

La mayor parte de las esculturas no representaba nada que pudiéramos reconocer. El único que se paraba ante ellas era Parcino. A veces nos llamaba para que viéramos lo que, según él, era la marca de un cincel, o un ángulo demasiado elaborado para ser natural. Sin embargo eran argumentos débiles. Lo que más nos llamó la atención fue otra cosa: una escultura de cada doce o quince imitaba a un ser humano en posición ridícula. Si uno se acercaba mucho, la imitación resultaba demasiado imperfecta, y hasta Parcino tuvo que reconocer que podía ser casual. Pero mirando el conjunto, nos sentíamos rodeados de gente que se rascaba la espalda, se miraba los pies, se tocaba los codos, se abrazaba las rodillas y andaba sobre las manos.

Julmar nos sorprendió cuando diio:

De piedra por dentro, de piedra por fuera. Posturas que el tiempo les mancha y les quiebra.

La respuesta no eran las esculturas, sino nosotros mismos. Julmar perforó una de las esculturas más grandes. Apoyó el taladro en un tobillo gigantesco, y a treinta centímetros de la superficie encontró el vacío, como siempre.

A veces era Guem quien nos mostraba nuevos descubrimientos, o puntos de color, que nosotros éramos incapaces de ver. Por ejemplo, nos hizo notar que los puntos cardinales no conservan la misma dirección a ambos lados de un pozo. Lo que a un lado es el este, al otro puede ser el norte, el sudoeste, o cualquier otra cosa. Eso complica los cálculos. Luego de cada salto, Guem tenía que trabajar bastante con la computadora para orientarse.

Si el descubrimiento no lo hacía Guem, lo hacía Parcino. Una vez, Julmar estaba perforando la cima de una elevación, y llevaba un rato trabajando, cuando Parcino señaló hacía nuestras espaldas. En un punto ubicado a tres metros de nosotros estaban saltando pequeñas piedras hacía arriba. Julmar apagó el taladro y dejaron

de saltar. Lo encendió, y saltaron otra vez.

Pronto nos dimos cuenta de que el agujero que hacíamos llevaba justamente allí. Era la primera vez que ambos lados de un agujero quedaban tan próximo entre sí. Julmar terminó su parte, y Parcino metió la cabeza por el agujero de entrada. Vimos cómo aparecía por el otro lado, a tres metros de distancia. El también se vio, y primero abrió los ojos bien grandes. Luego movió una pierna en el aire y empezó a reírse. Nos reímos los tres durante un rato, y Julmar insistió para hacer lo mismo.

Después, Parcino tuvo una idea que prolongó la diversión. Eligió, entre las piedras que habían salido del agujero, la más redondeada. La pulió

contra el suelo y la soltó sobre el pozo de salida. Ese lado estaba un poco más bajo que el de entrada. La piedra salió por el pozo de la cima, rodó hacia abajo, volvió a entrar por el otro, salió de nuevo por el de la cima, y así eternamente.

Guem se apartó el pelo de la cara, para ver mejor. Julmar tuvo un ataque de entusiasmo y aplaudió. Parcino se sentó a contemplar el movimiento de la piedra. Un rato después la agarró con una mano.

-Creo que hay una ley física importante que prohíbe esto -dijo, mientras se ponía de pie-. En ese caso, ya no es ninguna ley.

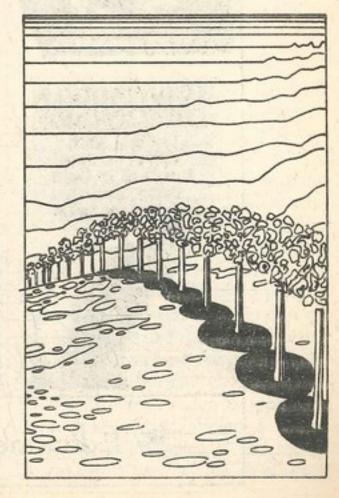
Los pájaros no se preocuparon por las dudas de Parcino. Cuando se cansaron de esperar que saltáramos por el agujero y se animaron a saltar por su cuenta, hicieron su propio descubrimiento: se lanzaban a través del agujero de la cima, salían por el otro, y con un leve movimiento de alas conseguían caer otra vez en el primero. Así pasaron horas, cayendo contínuamente.

A pesar de tantas variaciones, el tema era siempre el mismo, y nuestros días no cambiaban. El trabajo y los juegos se repetían iguales, o casi iguales a sí mismos. A cada agujero que saltábamos, Guem anotaba la posición en su computadora, y esa noche había una nueva línea de puntos en la pantalla. La computadora conservaba el orden en que hacíamos los pozos, para que pudiéramos encontrar el camino de regreso. Adelantábamos o atrasábamos los relojes, y procurábamos adaptarnos a la dura-

ción cambiante de los días. Nos poníamos más ropa o nos la quitábamos según las variaciones de la temperatura. Hablábamos cuando era necesario, o cuando teníamos ganas. Ibamos a los saltos sobre un mundo que se negaba a parecerse a los otros.

(c) Eduardo Abel Giménez, 1984.

Continuará en Parsec 4



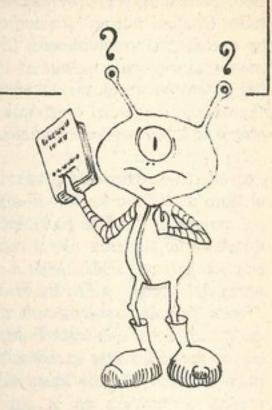
# La imaginación

La ficción especulativa. Las conjeturas de la ciencia y de la fantasía. El pensamiento alternativo. Los maestros de la imaginación. Cuentos, artículos, libros, cine, noticias.

Publicación bimestral.



## UN PARCEC DE INFORMACION



#### Libros

Utilizando un símil gastronómico preparar esta entrega de Un Parsec de Información equivale a leer y releer la carta de un restaurante mientras se aguarda la llegada del primer plato. ¿Qué otra cosa sugiere la enumeración de todos estos libros que nuestros informantes en España se empeñan en anticipar? En fin, haremos caso omiso a la cuota de masoquismo necesaria para desearlos—por ahora—con la ñata contra el vidrio...

Acervo lanzó la novela ganadora del premio Nebula 1973: El único enemigo: el tiempo de Michael Bishop (que como podrán apreciar difiere un poco del título anticipado en Parsec/1). Los críticos españoles no parecen dispuestos a ponerse de acuerdo en cuanto a la calidad de la obra y mientras Alejo Cuervo y Albert Solé baten palmas, Enrique Serra y Juan Carlos Planells tienden a lapidarla. Aquí tuvimos un anticipo de Pablo Capanna en Minotauro/5 (un sólido desencanto), pero basada en el origi-

nal inglés. Polémicas al margen, es un libro premiado, y los premios, en Estados Unidos, indican fehacientemente qué se está produciendo. Cuanto menos sirven para evaluar el estado del género en un momento en que el fenómeno comercial desborda con amplitud lo meramente creativo.

Con Martínez Roca nos quedamos en el libro de Wilson Tucker El año del sol tranquilo. Tucker participó con novelas que tuvieron cierta repercusión en la revista Más Allá: Los señores del tiempo y El clamor del silencio. También apareció una novela en la recordable colección Fantaciencia; se llamaba Poder extraño. Y después un largo silencio hasta esa sorpresiva reaparición en la antología Universo 1 con "Exposiciones de tiempo". El año del sol tranquilo es de 1970 y recibió el premio Memorial John Campbell Jr.

El No. 86 de la colección Super Ficción, Vinieron del espacio exterior es una antología de Jim Wynorski con un olor a refrito insuperable. Se trata de cinco relatos que dieron origen a otras tantas películas. "El amo ha muerto" de Harry Bates (Ultimátum a la Tierra), "El enigma de otro mundo" de John Campbell Jr. (ídem). Y por el estilo.

Afortunadamente Martínez Roca se rehabilita con los siguientes dos libros. Mecasmo (innecesariamente subtitulada "Orgasmo mecánico") la primera novela de John T. Sladek (el de "Los nuevos apócrifos", ¿recuerdan?) y La persistencia de la visión de John Varley. En el primer



caso cabe reiterar el reproche vertido con referencia a Visiones peligrosas: dieciséis años es mucho tiempo (sin contar el efecto multiplicador —negativo— de las transformaciones sobre la ciencia ficción). Mecasmo fue escrita en 1968... y se le nota. Basta con leer al Sladek apenas posterior de "Nombre (por favor en letras de imprenta)" o de los ya citados "apócrifos" para descubrir la razón. Pero no deja de ser valiosa la iniciativa de la editorial al ponernos en contacto con una "ópera prima" de un autor tan valioso como... temido.

En cambio Varley es casi terso, moderno (audaz) pero complaciente. El No. 88 de Super Ficción está dedicado a la mitad de la colección de relatos La persistencia de la visión (la otra mitad -según nuestros informantes españoles- acaba de aparecer). Si bien tres de los cuatro relatos ya fueron publicados en diversas revistas y antologías, ese material no está siempre disponible. Y la novela corta que da título al volumen es indudablemente una de las hondas y sentidas exploraciones del universo de la comunicación entre seres separados por muros aparentemente infranqueables.

Siempre según los mismos informantes (invalorables colaboradores), en Super Ficción siguen una segunda antología de relatos que dieron origen a películas, Crónicas del gran tiempo de Fritz Leiber y Dramocles de Sheckley.

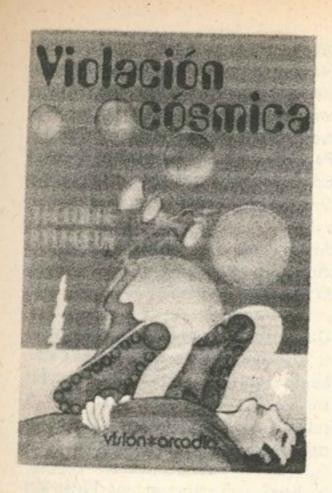
Minotauro, en España, parece muchísimo más activa desde hace algún tiempo. A continuación de El verano del pequeño St. John y El Silmarillion publicó Ultimas órdenes y Heliconia primavera de Aldiss (autor que recibe mucha atención por parte de Porrúa). Y fuera de colección (sello Edhasa) Antología de la literatura fantástica de Borges, Silvina Ocampo y Bioy Casares y Cartas de Papá Noel de J. R. R. Tolkien (para fanáticos muy pero muy fanáticos del autor de El Señor de los anillos).

Una editorial desconocida para nosotros (Cumbre, colección Hache) acaba de lanzar El extraterrestre rosa del ínclito Domingo Santos. Las únicas referencias disponibles oscilan en calificar al libro entre malo y pésimo...

Y llegó a nuestras manos Violación cósmica de Sturgeon (Visión, colección Arcadia) y la abrimos casi con unción (como solemos abordar cada Sturgeon) y la leimos con interés (igual que Los cristales soñadores por enésima vez, del mismo modo que Venus más X hace un par de años) y... no nos decepcionamos en absoluto. (Preferimos inhibirnos de ahondar el comentario; porque Sturgeon nos resulta particularmente caro, porque Parsec tiene planes con respecto a Sturgeon y todo eso). Sólo decir que esperamos que Violación cósmica se distribuya en Argentina.

#### Revistas y fanzines

Minotauro No. 6 apareció finalmente en mayo. Y se trata de una entrega



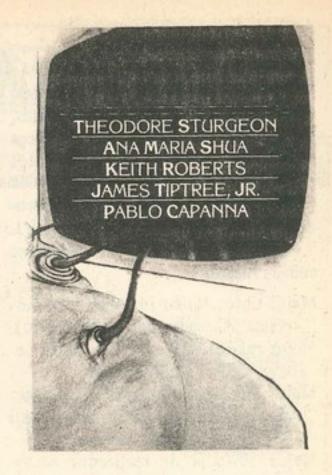
atractiva. Por Sturgeon (y sí, otra vez por él) y el reportaje realizado por Charles Platt y por el relato "Y ahora las noticias". Pero de ningún modo podemos pasar por alto el magnífico cuento de Keith Roberts (de quien esperamos tener muy pronto un trabajo en Parsec). Completan el número: "Octavio, el invasor" de Ana María Shua, "Las formas del dolor" de Tiptree/Sheldon, "Sobre la multiplicidad de la luna" de Norma Viti, "El bosque de Zil" de Kris Neville; notas de Capanna, Gandolfo, Faretta, y Gardini. Se incluye un índice general 1/6 (y eso siempre es bienvenido).

Pero Nueva Dimensión se sigue haciendo esperar. ¿Será imprescindible que una absurda ley del sube y baja obligue a fenecer las revistas españolas cuando emergen publicaciones argentinas? Deseamos de todo corazón que no.

El fanzine de Luis Pestarini y Mónica Nicastro sigue su marcha. En el No. 2: "Sueños en la marea" (Alberto Greenberg), "El brindis del ersatz" (Priest), "Tres cuentos" (Esteban Sayegh), "Los fantasmas" (Claudio Barbeito), "La velada" (Hermes Gosso), "Víctima propiciatoria" (Ellison) y la primera parte de "El regreso de Espartaco" (Gaut vel Hartman) forman el bloque de ficción. Entre las notas y secciones fijas se destacan "La cf dura" (Norma Dangla) y algo más sobre Los desposeídos (Mónica Nicastro). Para los interesados en Cuásar: escribir a Canning 2069, 11 F. 1425 Buenos Aires.

Clepsidra (Juan B. Justo 3167, 1414 Buenos Aires) lanzó su No. 2. Siempre bajo la dirección de Alejandro Schwerdel contiene: "Filimor forrado de niño" (Witold Gombrowicz), "El mecánico, I" (Tarik Carson), "Manuscrito encontrado en la memoria" (Angélica Gorodischer), "Porcelana china" (S. Gaut vel Hartman), "Cuaderno de notas" (Raúl Gustavo Aguirre), "Avatares de la dignidad humana" (Fernando Savater), "Iniciación" (Silvia Grénier), "Cumpleaños" (Cecilia Polisena), "El embrujo hervía en su sangre..." (David Fourcaud), "Esa prepotente verdad" (Leonardo Sacco), "El rey del mundo" (Luis Benítez), etc.

Sinergia No. 6 (casilla de correo No. 200, 1453 Sucursal 53, Buenos Aires) ya está en la calle. Se compone de los relatos "Flor amarilla llamando" de Norma Dangla y Marcela Fuentes, "El suicidio" de Sergio Fá, "El valle" de Juan Carlos Prieto Cané, "La creación" de Juan José Parera, "El plumero" de W. Gabriel Mainero y "Correo de Imaginaria" de Eduardo A. Giménez; relatos cortos y cortísimos de Malzberg, McAnn, Blake, Hafiz, Aragón, Barea, Barbeito y Carletti; notas de Pablo Fuentes, Daniel Mourelle, Marcelo Figueras, Raúl Alzogaray, Miguel Pepe y Litto Imwinkelried. Y cartas, muchísimas cartas. (¿Cómo hace esta gente para que le escriban tantas cartas?)



El viernes 15 de junio de 1984 se realizó en el auditorio de Promúsica, Florida 638, Buenos Aires, la entrega de los premios Más Allá concedidos por el CACyF (Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía) a la producción literaria y fílmica 1982/83.

Los vencedores en los diferentes rubros fueron:

Mejor libro: Kalpa Imperial I de Angélica Gorodischer (Minotauro). Mejor relato: "El lugar" de Mario Levrero (El Péndulo No. 6).

Mejor fanzine: Sinergia de Sergio Gaut vel Hartman, Graciela Parini y Carlos A. Sánchez.

Mejor película de realizador nacional (paso reducido): "Mi objetivo sublime" de Juan Bucich y "Cosas que no existen" de Claudio Bollini (compartido).

Mejor relato inédito: "El colectivo" de Marta Esviza Garay y "Circuito atemporal" de Claudio Noguerol (compartido). En esta categoría se otorgaron menciones a los relatos "Peligro en la galaxia" de Alberto D. Curto, "La absorción" de "Ocho" –seudónimo— y "Cuento 1, cuento 4, cuento 5" de Alberto Sejas.

Como puede apreciarse el CACyF sigue adelante con su plan de expansión. Desde estas páginas daremos cuenta de todas sus actividades. En la próxima entrega de Parsec reseñaremos la reunión constitutiva del Círculo en Rosario de acuerdo con la versión de nuestros corresponsales.

### En próximos números de Parsec

La continuación de "Un paseo por Camarjali" de Eduardo A. Giménez; "La gran caravana" de Fritz Leiber; "Los buenos amigos" de Cordwainer Smith; "Mopsi, te odio" de Eduardo Carletti; "Los ratones y Otis" de F. M. Busby; "Talento" de Theodore Sturgeon; "La última batalla" de Harry Harrison; "Danza" de Barry Malzberg; "Noche de estreno" de Alec Geo. Effinger; "Los muertos

llaman" de William F. Nolan; "El ocaso de un cantante" de David Buch; "Hombres de trapo y hueso" de Algis Budrys; "El futuro perdido" de Robert Sheckley; "El polvo del verano" de Pamela Sargent; "Por la gracia de Dios" de Gilbert Thomas; "El jardín de las sirenas" de Lee Killough y Anderson, Brunner, Dozois, Tuttle, Dickson, Haldeman, Bishop, McCaffrey, Niven, Scott Card, Wilhelm, Roberts, Bretnor, Knight... (¿Suficiente?)





Apareció en mayo, se agotó y ya está reimpreso; por el momento no será distribuido nuevamente en los quioscos, pero quien quiera obtenerlo puede hacerlo a vuelta de correo enviando giro o cheque por \$a 120.- (su precio original) al TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) CAPITAL FEDERAL. Contiene cuentos inéditos en español de Thomas Disch, Brian Aldiss, Roger Zelazny, James Tiptree Jr., Barry Malzberg y Algis Budrys.

Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital.

Señor Director:

Soy aficionado a la CIENCIA-ficción, pero por lo regular no encuentro eco en las revistas que se publican en castellano, Ni Nueva Dimensión, El Péndulo, Minotauro y ahora Parsec cumplen con los mínimos requisitos como para satisfacer el tipo de lector que creo ser. ¿Por qué se utiliza invariablemente el material del F & SF o de Galaxy? ¿Por qué no Analog, que es una revista tan respetable como las otras? Hay autores que parecen malditos para las revistas: Anderson, Kapp, Anvil, Niven, Clement, Van Vogt, Schmitz. Estoy un poco cansado de que los ingenieros resulten subestimados porque defienden la cf "hard"; dejen que el lector se pueda arrimar a "la otra CF" (y la escribo con mayúscula porque es la verdadera) y la juzgue después de leerla.

Por lo demás Parsec parece una revista atractiva y rescato "Una estación del camino" y el chiste de Wolfe en el Nro. 1 y el relato de Tarik Carson en el Nro. 2 (y eso sí que fue una auténtica sorpresa).

Espero que me presten un mínimo de atención.

Suerte y adelante.

Gustavo Orlandi

PARSEC: No nos proponemos complacer, pero en su caso lo complaceremos... naturalmente. Es decir, tomamos relatos de Analog tanto como de las revistas llamadas "blandas". Sin ir más lejos es de Analog el relato de Tiptree de la antología Parsec y también sacamos de ahí el material de Anderson, Woodhams, Brunner, Bova y Haldeman que irá en futuros Parsec. Y también tendremos relatos duros originalmente publicados en otras revistas. Parsec trata de cubrir todo el espectro. Pero todo el espectro es... TODO el espectro.

Estimado Sergio:

Si bien sabía de la inminente aparición de Parsec-revista, quedé gratamente sorprendido al ver el primer número. Realmente la presentación impacta, lo cual creo que es un gran acierto. Una revista de estas características debe entrar por los ojos, pero a partir de ahí se tendrá que mantener por su calidad. Lo mismo puedo decir de la diagramación, especialmente por el uso de gran cantidad de ilustraciones pequeñas a lo largo de cada relato.

Sobre los cuentos en sí voy a extenderme un poco. "Una estación del camino": un Leiber no en su mejor nivel. Es una historia interesante pero le falta fuerza al final. "Creación": sólo un juego de palabras. "Un cuerpo en la mira": un buen cuento, pero como sucede con el de Leiber, no es de lo mejor de Sheckley. "Fiebre de coleccionista": intrascendente, pero divertido. "El judío errante": ???. "Chop-suey": otro buen relato. Angélica Gorodischer siempre mantiene su habilidad de narradora. Lo mejor del número junto con el de Zelazny. "Cauterización": lo más flojo, sólo un montón de palabras que ocultan la falta de una historia coherente. "Un parsec de información": sensacional.

En resumen, creo que se puede mejorar el nivel literario pero manteniéndose en este camino Parsec llegará lejos. Mucha suerte y hasta la próxima.

Juan Carlos Verrecchia

PARSEC: Gracias por las opiniones vertidas, que por supuesto no conciden con las nuestras. Pero eso es harina de otro costal. Aunque suene a disculpa medió poco tiempo entre la

decisión de sacar Parsec y su efectiva aparición. Ahora hemos formado un bagaje de material importante y empezamos a seleccionar despiadadamente. En algún momento podrás opinar sobre este número y comparar lo andado desde que comenzamos. Gracias una vez más.

(Nos habíamos propuesto no publicar cartas de amigos, pero Juan Carlos es nada menos que el Presidente del Círculo Argentino de CF y F... y preferimos claudicar, por esta vez.)

Estimado Director:

Soy un viejo aficionado a la ciencia ficción y recibo alborozado su nueva revista. ¡Bravo! Mientras publiquen cosas como "Cauterización" y "Un cuerpo en la mira" me tendrán como incondicional (y si no las publican también). Giro un importe estimado por la suscripción (ajusten la diferencia a la cantidad de números que caben o ábranme cuenta corriente, que pienso acompañar la empresa de aquí a la eternidad —espero que por lo menos duren eso).

Por último un pedido: ¿qué tal si publican algo de Boucher, un escritor lamentablemente olvidado, fino y sutil como pocos?

Mis mejores deseos de éxito.

Rubén Cousillas

PARSEC: También a nosotros nos gusta Boucher, pero no tenemos material disponible. Buscaremos, buscaremos.

Por lo demás, muy significativa su opinión sobre el cuento de Hubert, absolutamente opuesta a la de Verrecchia, publicada en esta misma sección.

### TITULOS PUBLICADOS POR EDICIONES FILOFALSIA:

FILOFALSIA OTOÑO 1983, cuentos y ensayos de varios autores. FILOFALSIA PRIMAVERA 1983, cuentos y ensayos de varios autores. CLEPSIDRA, revista cuatrimestral nacida en enero de 1984 con cuen-

tos y ensayos referidos a la fantasía, la ciencia ficción y la filosofía.

PARSEC - CIENCIA FICCION - ANTOLOGIA Nro. 1, con cuentos inéditos en español de Disch, Aldiss, Zelazny, Tiptree Jr., Malzberg y Budrys.

PARSEC - CIENCIA FICCION - REVISTA, aparece mensualmente con informaciones y cuentos inéditos en español, nacida en junio de 1984.

#### Serie de La Brujutrampa:

ALGUNA MEMORIA, (segunda edición, 1983) de Raúl Gustavo Aguirre.

EL PENULTIMO CANTO DE LOS PAJAROS, de Daniel Joanen.

EL SUEÑO EN QUE VIVIMOS, de Osvaldo Elliff.

LOS MUNDOS QUE TE HABITAN, de Osvaldo Elliff.

### Libros referidos a la Ronda de Almarmira:

REENCUENTRO EN ALMARMIRA, grupo de cuatro libros supervisados por Daniel Rubén Mourelle, con los siguientes títulos:

EN LOS OJOS EN EL UMBRAL

EN LA TRAMA DE FUEGO, 1: Las Visiones

EN LA TRAMA DE FUEGO, 2: El Inicio

ALMARMIRA, novela de Miguel Doreau. (En prensa)

DIALOGOS INTERRUMPIDOS, supervisados por Elvira Puzzó y Raúl D'Antonio. (En prensa)

DZANA, supervisado por el Consejo Superior de Investigaciones Arturas y Daniel Rubén Mourelle. (En prensa)

PRIMERAS INVESTIGACIONES ARTURAS, edición no comercial en cassette de Los Cómplices. (Agotado)

Para informes sobre suscripciones y/o envíos, dirigirse al TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Buenos Aires, República Argentina. Teléfonos: 855-3472 y 854-9982.

### CONTENIDO:

EDITORIAL	2
George R. R. Martin LA CRUZ Y EL DRAGON	4
Fred Saberhagen LA AVENTURA DEL ASESINO METALICO	23
Frederik Pohl LA SEGUNDA VENIDA	31
an Watson JNA JAULA PARA LA MUERTE	35
John Christopher JNOS POCOS ESPIRITUS AFINES	46
Fritz Leiber . LA GRAN CARAVANA	56
Comin / Doreau DENT	62
Eduardo Abel Giménez JN PASEO POR CAMARJALI	66
JN PARSEC DE INFORMACION	87
LA NAVE CORREO	94



Archivo Histórico de Revistas Argentinas Filofalsía - Buenes Aires - República Argentina www.ahira.com.ar